

DIRECTORIO

DIRECCION

Observatorio Eclesial

CONSEJO EDITORIAL

Observatorio Eclesial

Colectivo Alas

DISTRIBUCIÓN

Observatorio Eclesial

www.observatorioeclesial.org.mx

SUSCRIPCIONES

observatorioeclesial@gmail.com

Alases un boletín semanal que recopila la información hemerográfica sobre el tema religioso. Su objetivo es contribuir a difundir los vínculos que se establecen entre el ámbito religioso con las esferas de lo político y lo social. El punto de partida es que mientras más se conozca el fenómeno religioso más podremos avanzar hacia una comprensión del mismo y podremos vivir en un ambiente de mayor libertad religiosa.

Alas es elaborado por un grupo de creyentes con una visión ecuménica que sabemos que la construcción de un mundo mejor requiere de la suma de esfuerzos y no de la exclusión de los diferentes.

Alas es elaborado en México y refleja la realidad mexicana, pero incluye algunas notas sobre el fenómeno religioso en otros países.

La información contenida en este boletín es propiedad de las publicaciones citadas; *Alas* no produce información, se limita a reproducir las notas publicadas en los diversos medios locales, nacionales e internacionales; tanto impresos como electrónicos.

NÚMERO ESPECIAL

A 50 AÑOS DE APERTURA DEL CONCILIO VATICANO II 3

1. Teología de la liberación: el congreso de Brasil preocupa al Vaticano 3
2. Este domingo inicia congreso disidente que equipara Vaticano II con teología marxista de la liberación 4
3. Congreso Continental de Teología en Brasil 6
4. Hace 50 años los católicos renovaban mucho más que su liturgia 6
5. Rubén Dri: "El Concilio Vaticano II cambió obediencia por diálogo" 8
6. Urge una teología viva para la liberación: inicia el Congreso Continental de Teología 9
7. A 50 años, ¿qué queda del Concilio Vaticano II? 10
8. Juan XXIII, el Papa desconcertante 11
9. A 50 años del Vaticano II: Cambios en la Iglesia (4) 12
10. 50 aniversario del Vaticano II: ¿qué pasó? 13
11. Hace 50 años los católicos renovaban mucho más que su liturgia 16
12. La Teología y la Iglesia después del Vaticano II 17
13. Nuevas interpelaciones y preguntas a la Teología de la Liberación 18
14. El Vaticano II, que lanzó la Iglesia hacia el tercer milenio, cumple 50 años 18
15. El Vaticano II aprobó 16 documentos que cambiaron a la Iglesia Católica 20
16. Los veinte años del Catecismo de la Iglesia Católica 21
17. Magisterio paralelo en el periodo posconciliar 22
18. La Iglesia dejó su vestidura dogmática y causó confusión 22
19. El Papa, un entusiasta decepcionado por los resultados 24
20. El Dios de la vida no quiere desigualdad 25
21. Hans Küng: "Juan XXIII deseaba reformas, pero cedió demasiadas veces" 27
22. Requiem por un concilio importante: José Ignacio Gonzalez Faus 28
23. "La Iglesia ha perdido el paso en el acompañamiento de los cambios culturales": Andrés Torres Queiruga 29
24. Cuarenta años de "Jesucristo Liberador" 31
25. La Teología de la Liberación lucha contra la pobreza y busca la dignidad entre las personas 31

26. Del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización, por Eugenio Nasarre en Páginas Digital 32
27. La Iglesia que buscó renovarse 33
28. A 50 años de la gran reforma: reclaman más cambios a la Iglesia 36
29. A medio siglo del Concilio que le cambió la cara a la Iglesia 38
30. Gustavo Gutiérrez: "Hoy la mejor respuesta teológica que podemos dar a es la solidaridad con los pobres" 38
31. José Luis Martín Descalzo: "La primavera ha venido" 42
32. "Algunos piensan que en la Iglesia Católica hay una contra reforma en marcha" 46
33. Papa: "Aggiornamento no significa ruptura con la tradición" 47
34. La luna contempló el espectáculo 48
35. Bartolomé I : "El Concilio, piedra angular y transformadora" 50
36. El Concilio Vaticano II: un asunto inconcluso para el papa Benedicto XVI 52
37. Impacto regional del CVII 54
38. El elogio de los masones al Concilio: "Nos enseñó el valor del diálogo" 54
39. El Patriarca de Constantinopla alaba los frutos ecuménicos del Concilio Vaticano II 55
40. Vaticano II, una puerta que nosotros debemos mantener abierta 56
41. El Congreso Continental de Teología vuelve a leer la realidad a la luz del Concilio Vaticano II 60
42. ¿Nueva Evangelización de la Iglesia Católica? 62
43. El Vaticano II, que lanzó la Iglesia hacia el tercer milenio, cumple 50 años 64
44. Vaticano II: reforma e involución 65
45. Aquella primavera que quería Juan XXIII 66
46. Teologías Indígenas en las Iglesias Cristianas - Congreso Continental de Teología 67
47. Jóvenes teólogos relacionarán discurso de la Teología de Liberación con nuevos aspectos de la sociedad, dice estudiante de teología 67
48. Entrevista: Ermanno Allegri habla sobre sus impresiones del Congreso Continental de Teología 68
49. Crónica del Congreso Continental de Teología 70
50. Destacada presencia claretiana en Congreso Continental de Teología Latinoamericana 71

A 50 AÑOS DE APERTURA DEL CONCILIO VATICANO II



ORGANIZACIONES EN MÉXICO QUE PROMUEVEN EL CONGRESO



1. Teología de la liberación: el congreso de Brasil preocupa al Vaticano

Del Vatican Insider (ITA)

La Teología de la Liberación de corte marxista no está muerta en América Latina. Aunque sus tesis y eslóganes han evolucionado, esconden los mismos objetivos de siempre: demoler el “pensamiento único romano” y proponer “otra iglesia posible”. Sus exponentes más polémicos se reunirán del 7 al 11 de octubre en Brasil con la excusa de recordar el Concilio Vaticano II. Aunque, en realidad, será una ocasión para afinar la agenda del “progresismo católico”.

En la Santa Sede se encendieron las alarmas y no es para menos. El Congreso Continental de Teología, que será acogido por el Instituto Humanitas Unisinos de la Compañía de Jesús en la localidad brasileña de San Leopoldo, pretende también celebrar los 40 años del libro de Gustavo Gutiérrez “Teología de la Liberación. Perspectivas”. Un texto que fue corregido en muchos de sus pasajes a instancias de la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Entre los oradores destacan Jon Sobrino y Leonardo Boff, sobre los cuales se mantienen vigentes las sanciones eclesíásticas por difundir doctrinas contrarias al magisterio de la Iglesia. Pero también otros teólogos de dudosa ortodoxia como Andrés Torres Queiruga, quien –en marzo último- fue invitado por los obispos españoles a aclarar su pensamiento que, en varios aspectos, no puede ser considerado católico.

Aunque los organizadores se han empeñado en sostener que el congreso no busca provocar un “duelo teológico” con El Vaticano, en la práctica será así. Porque iniciará el mismo día de la apertura en Roma del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización durante el cual Benedicto XVI abrirá el Año de la Fe, en una ceremonia por el 50 aniversario del Concilio.

En estos términos la cita de Unisinos reforzará aún más su carácter disidente. No sólo por una cuestión de fechas coincidentes, sino especialmente por los tópicos sobre los cuales girarán las discusiones de esos días.

La Fundación Amerindia, organismo convocante, incluyó en el programa los temas más defendidos por los movimientos radicales de la iz-

quiera: desde la ideología de género hasta los derechos humanos, de la justicia a la migración, desde el mestizaje a la “relectura liberadora de la historia latinoamericana”, de la economía y la ecología a los sistemas políticos emergentes.

Pese al discreto número de sacerdotes que asistirán a los trabajos, no está programada celebración religiosa alguna. No se previó la misa, ni siquiera el domingo. Tampoco fue considerada una ceremonia ecuménica. Sólo se reservó media hora a un “momento de espiritualidad” dedicado, cada día, a una situación distinta: la “entronización de la Biblia”, “lo ecuménico”, el “testimonio martirial” y “lo indígena”.

El movimiento teológico que dará vida al congreso continental es discreto en sus números y aguerrido en sus postulados. Ninguna de las cuatro reuniones preparatorias al congreso, realizadas durante el 2011 en Guatemala, México, Chile y Colombia, superó la cifra de 300 asistentes. El resultado de las mismas es un prueba de las ideas que se impondrán en San Leopoldo.

Por ejemplo en Guatemala el sacerdote brasileño Ermanno Alegri, coordinador de la agencia Adital, sostuvo “la necesidad de elaborar una agenda teológica para el futuro que nos lleve a abrirnos a un Dios vivo y libre, contrario a la visión de un Dios preso en dogmas, ritos, normas morales y patriarcalismos”. El jesuita Sobrino aclaró: “fuera de los pobres no hay salvación” y “la Iglesia traicionó a Jesucristo”.

En resumen: el encuentro de Brasil será una mezcla entre algunas ideas teológicas, pensamientos eclécticos varios y propuestas culturales variopintas, con una fuerte matriz política. Todo acogido por una institución católica, gestionada por una congregación religiosa cuyo cuarto voto es de fidelidad al Papa (los jesuitas).

Una situación que preocupa en la Curia Romana. Como lo confirmó Boff a través de su cuenta de Twitter el 14 de septiembre: “Vistazo a la voluntad persecutoria del Vaticano: presiones para que el congreso de liberación a celebrarse en

octubre en el sur no se realice. El Vaticano considera que con los dos documentos (mal) escritos sobre la teología de la liberación enterrarán a los oprimidos. Mientras exista el grito de un oprimido vale luchar por su liberación, inspirada por Cristo liberador. Una Iglesia cínica se vuelve sorda”.

<http://infocatolica.com/blog/sacroprofano.php/1209281109-teologia-de-la-liberacion-el>

2. Este domingo inicia congreso disidente que equipara Vaticano II con teología marxista de la liberación

REDACCIÓN CENTRAL, 06 Oct. 12 / 10:30 am (ACI).-Desde este domingo 7 hasta el jueves 11 de octubre se realizará en una universidad jesuita de Brasil un Congreso Continental de Teología que equipara el Concilio Vaticano II con la teología marxista de la liberación (TML). En el evento participarán teólogos y pensadores sancionados por la Iglesia por difundir ideas contrarias a la doctrina católica.

El Congreso se llevará a cabo en el centro de estudios Unisinos de los jesuitas en São Leopoldo (Brasil). La presentación del evento señala que “el año 2012 será un año muy significativo para la Iglesia en América Latina y el Caribe: son los 50 años de la inauguración del Concilio Vaticano II, celebrada por el Papa Juan XXIII, y los 40 años de publicación del libro Teología de la Liberación. Perspectivas, de Gustavo Gutiérrez”.

Los organizadores equiparan el libro de Gutiérrez con el Concilio Vaticano II —el evento eclesial más importante del siglo XX— al señalar que “en el marco de estos dos acontecimientos que marcan a la Iglesia en general, particularmente en América Latina, surge la propuesta de un Congreso Continental de Teología”.

“La finalidad del Congreso Continental es sobre todo mirar hacia el futuro, un congreso prospectivo, que se pregunte sobre los desafíos y tareas futuras de la teología en América Latina, desde nuestro nuevo contexto cultural, social,

político, económico, ecológico, religioso y eclesial, globalizado y excluyente", indican.

Entre las instituciones participantes están conocidas entidades eclesiales partidarias de la TML como la agencia brasileña Adital, la Asociación de Teólogos de México, la Confederación Latinoamericana de Religiosos (CLAR), la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia (dirigida por jesuitas entre los que está el Padre Carlos Novoa que apoya públicamente la despenalización del aborto ante el silencio de sus superiores), la Red Teológico-Pastoral de Guatemala y la Sociedad de Teología y Ciencias de la Religión (SOTER) de Brasil.

El Congreso contará con la presencia del teólogo español Andrés Torres Queiruga, cuyas obras han sido recientemente consideradas por la Conferencia Episcopal Española como incompatibles con la doctrina de la Iglesia.

Otro de los participantes en el evento es Leonardo Boff, considerado uno de los principales propulsores de la TML, quien hace algunos años abandonó el sacerdocio, se casó, y se alejó de la Iglesia Católica para convertirse en lo que él llama un "ecoteólogo de matriz católica" dedicado a escribir libros de ecología y cocina.

Jon Sobrino, sacerdote jesuita y líder entre los teólogos marxistas, también hará parte del evento pese a que sus ideas "no están en conformidad con la doctrina de la Iglesia", según dictaminó la Congregación para la Doctrina de la Fe en el año 2007 a través de una notificación.

El Obispo de Jales (Brasil), Luiz Demétrio Valentini, que apoyó abiertamente la candidatura de la abortista Dilma Rouseff a la presidencia de Brasil y que criticó a un obispo por defender el derecho a la vida durante toda la campaña electoral, también asistirá.

La teóloga María del Pilar Aquino, que ha calificado al pontificado del hoy Beato Papa Juan Pablo II como autoritario, centralista, conserva-

dor e imperialista, dirigirá una ponencia sobre "Teología y Espiritualidad liberadora".

El jesuita español y radicado en Bolivia, Víctor Codina, que en un escrito consideró a la Iglesia Católica como una anciana, miope, sorda y con Alzheimer, dictará la conferencia "Las Iglesias en el Continente 50 años después del Vaticano II: cuestiones pendientes".

Raúl Fonet Betancourt, filósofo que sostiene que para la realización de la "opción por los pobres" difundida por los teólogos marxistas de la liberación es necesaria una opción "por otro mundo, y por otra Iglesia y por otro cristianismo", participará con la ponencia "Nuevos sujetos e interculturalidad".

Una conferencia abierta será dirigida por el sacerdote dominico Gustavo Gutiérrez, considerando el padre de la teología marxista de la liberación, el 9 de octubre.

La realización del evento ha merecido la desaprobación pública y explícita de la Diócesis de Ciudad del Este (Paraguay) encabezada por Mons. Rogelio Livieres. En un texto publicado el viernes 5 de octubre afirman que esta diócesis "se une a la preocupación de la Santa Sede ante el Congreso Continental de Teología a realizarse entre el 7 al 11 de octubre en Brasil".

El texto señala luego que "la Teología de la Liberación, aunque sus tesis y eslóganes han evolucionado, esconden los mismos objetivos de siempre: demoler el 'pensamiento único romano' y proponer 'otra iglesia posible'".

Por este motivo, concluye el mensaje, "la Iglesia Católica presente en esta Diócesis se une al Santo Padre Benedicto XVI y desaprueba firmemente este Congreso que, aunque sus organizadores sostienen lo contrario, sólo será una ocasión para afinar la agenda del 'progresismo católi-

co". <http://www.aciprensa.com/noticias/este-domingo-inicia-congreso-disidente-que->

equipara-vaticano-ii-con-teologia-marxista-de-la-liberacion-71302/#.UHSXWBh202s

3. Congreso Continental de Teología en Brasil

Publicado el 06.10.2012

Teólogos conmemoran 50 años de inicio del Vaticano II y 40 años del libro Teología de la liberación

La celebración de los 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II y de los 40 años del libro Teología de la liberación, de Gustavo Gutiérrez, congregará a casi 700 teólogos de todo el mundo, principalmente de América Latina y el Caribe, del 7 al 11 de octubre en el campus de la Unisinos (São Leopoldo/RS – Brasil), en la realización del Congreso Continental de Teología.

De acuerdo con el teólogo Agenor Brighenti, quien hace parte de la comisión organizadora, “este Congreso es el pretexto y el contexto de un evento que quiere traer nuevamente nuestra teología a la plaza pública. Lo estamos haciendo, primero a través de la movilización de la comunidad teológica del Continente, a través de cuatro Jornadas de Reflexión que se realizaron en el 2011 en diferentes regiones de América Latina y el Caribe; segundo, promoviendo un Congreso Continental que contará también con la presencia de teólogos de Europa, África y Asia, para discernir los nuevos desafíos y las tareas de la teología, en fidelidad al nuevo contexto y a las intuiciones y ejes fundamentales del Vaticano II y de la tradición liberadora latinoamericana y caribeña”. Además, puntualizó el teólogo brasileño, “la teología de la liberación está viva, como las brasas que se esconden debajo de las cenizas. En este sentido, este congreso pretende ser un soplo para prender nuevamente el fuego de una teología que quiere continuar siendo profecía en la Iglesia y en la sociedad”.

Por eso, la finalidad del Congreso es sobre todo preguntarse sobre los desafíos y tareas futuras

de la teología en América Latina, desde el nuevo contexto cultural, social, político, económico, ecológico, religioso y eclesial, globalizado y excluyente. “En gran medida, es el congreso mismo que va a decir, dado que será un evento no para hacer balance, sino un congreso prospectivo, para mirar lejos, hacia el futuro. Evidente que llegaremos cargados de esperanza y sueños, que también pertenecen a la realidad”, agrega Brighenti. Además, “uno de estos sueños es lograr que teólogos jóvenes acojan la herencia de los teólogos de la primera generación. Sin embargo, nuestra teología, como ‘momento segundo’, depende de un ‘momento primero’, que es la praxis de comunidades eclesiales insertas en el mundo, en perspectiva profética y transformadora. Sin ellas y sin el vínculo estrecho del teólogo con ellas, muere la teología”.

En tiempos de involuciones y crisis de utopías, se espera que el congreso contribuya a la renovación conciliar y de la tradición latinoamericana, para que la Iglesia sea para el mundo, casa y esperanza de los pobres y excluidos.

<http://www.vidanueva.co/blog/2012/10/06/congreso-continental-de-teologia-en-brasil/>

4. Hace 50 años los católicos renovaban mucho más que su liturgia

El 11 de octubre de 1962, el Papa Juan XXIII daba inicio al Concilio Vaticano II, un encuentro que más allá de renovar las celebraciones cristianas dejando de lado el uso del latín en la misa y el respetar el idioma de cada país, sentó las bases para un diálogo interreligioso y buscó una mayor participación de la iglesia ante los problemas sociales.

El inicio del Concilio Vaticano II, considerado como uno de los hechos más relevantes del siglo pasado, reunió en la Basílica de San Pedro, en Roma, a 2.450 sacerdotes conciliares de todos los continentes, encargados de debatir cuestiones de fe y el rol de la iglesia católica ante cambios sociales y políticos.

También, había en el comienzo del Concilio misiones oficiales de 85 países y de organizaciones internacionales y 28 observadores de 15 confesiones cristianas, que siguieron cada paso del encuentro.

Pero la celebración del concilio se vio opacada el mismo año en que comenzó, debido a que falleció del Papa Juan XXIII que fue su propulsor y debió continuar al frente de ese encuentro religioso su sucesor, Paulo VI, que lo dio por culminado en 1965.

A partir del Concilio, la iglesia católica se aprestó a trabajar más fuerte para lograr una mejor interrelación con las otras religiones, asumió la responsabilidad de adaptar su doctrina a las necesidades sociales y, en lo formal, respetó el idioma de cada país en la celebración de misas, dejando de lado el uso del latín.

El presbítero Víctor Manuel Fernández, rector de la Universidad Católica Argentina (UCA), sostuvo que "el contexto mundial en el que se preparó y realizó el Concilio era complejo y controvertido".

"Desde el punto de vista socioeconómico, en Occidente predominaba la idea del desarrollo y algunos autores hasta hablan de los felices 60, porque se esperaba que los países desarrollados ayudarían al resto a lograr ese objetivo, expectativas que más tarde, quedó demostrado, fueron declinadas", señaló Fernández.

Refiriéndose a los nuevos desafíos que enfrentaba la Iglesia en ese momento, rescató que "Juan XXIII decía, por ejemplo, que la Iglesia debía mirar al presente, considerando las nuevas condiciones de vida introducidas en el mundo moderno".

Pero en materia ecuménica, "llamó la atención el deseo de Juan XXIII de que las demás iglesias cristianas participaran en el Concilio y que se creara un secretariado para la promoción de la unidad de los cristianos".

Fernández opinó que "el Concilio cambió el rostro del catolicismo con una mayor atención a la Palabra de Dios, una nueva forma de celebrar la liturgia, un novedoso impulso evangelizador, y también con un notable acercamiento al mundo, promoviendo el diálogo con las culturas y alentando la participación de los laicos".

"Hubo un nuevo sentido de ecumenismo, una apertura respetuosa al diálogo con el Judaísmo y muchas otros puntos que dieron a la Iglesia un renovado dinamismo", puntualizó.

En ese sentido, Daniel Goldman, rabino de la comunidad Bet-El, reconoció que el Concilio "produjo un acto importante" en materia de diálogo interreligioso, y destacó que "hubo varios antecedentes fuertes para que se produzca esa situación, una de las cuales es la Shoá", término usado para referirse al Holocausto.

"Eso es algo que no podemos obviar y olvidar, y frente al mayor horror del siglo XX, la jerarquía religiosa tuvo que hacer un cambio", añadió Goldman.

El rabino reflexionó que "hoy tomamos el tema del diálogo interreligioso con cierta naturalidad, pero más allá de ciertos puntos en común, tenemos que ver si estamos diciendo lo mismo".

"Yo festejo la posibilidad de la existencia del diálogo y hubo avances gigantes en los últimos 40 años en esos términos, pero hay que profundizar qué entendemos por diálogo", puntualizó.

En este sentido, reflexionó: "Si uno no sale del diálogo diferente de como entró significa que no hubo diálogo, y para que exista verdaderamente hay que superar -en todas las religiones- los propios prejuicios", destacó.

La celebración central en Argentina de los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II se realizará en la UCA el jueves próximo a las 18.45, en la sede de Alicia Moreau de Justo 1680, en la Capital Federal, donde hablarán representantes de distintos credos.

<http://www.telam.com.ar/nota/40252/>

5. **Rubén Dri: "El Concilio Vaticano II cambió obediencia por diálogo"**

Cecilia Aldini

El Concilio Vaticano II, del que el jueves se cumplen 50 años, fue "la oportunidad histórica que la iglesia católica tuvo para cuestionar su propio poder, cambiar obediencia por diálogo, y poner al pueblo en el centro de la relación con Dios", reivindicó el teólogo y filósofo.

En diálogo con Télam, Rubén Dri, que se ordenó sacerdote durante el papado de Juan XXIII e integró el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo durante su trabajo pastoral como cura en Resistencia, Chaco, aseguró que "el Concilio nos hizo sentir que estábamos vivos, nos dio la posibilidad de dejar de estar apartados dando un mensaje prácticamente de muerte".

Para Dri, que dejó la función sacerdotal en 1976, "la iglesia, que hasta antes del Concilio Vaticano II se había comportado como una fortaleza, empezó a plantear una nueva relación entre Dios y su pueblo, lo que significó abrir las compuertas y cuestionar el propio poder eclesial", sostuvo al intentar definir con precisión el alcance del sínodo de obispos que se reunió en Roma, entre 1962 y 1965.

A partir de ese momento, explicó Dri, "la iglesia, que se definía ya no como una institución integrada solo por obispos y sacerdotes sino por el pueblo de Dios, inició un proceso de democratización interna, y buscó dar respuestas al mundo desde una concepción teológica diferente".

"La iglesia nueva que se empezaba a vislumbrar iba a romper con la concepción individualista que le daba al obispo todo el poder para manejar su diócesis, sin un proyecto común, sin una pastoral", recordó.

Para Dri, "en América Latina, donde se venían gestando movimientos de liberación contra el poder de las oligarquías, el Concilio abrió la posibilidad de avanzar hacia la construcción de una iglesia viva, comprometida con el mundo".

Más tarde, la encíclica "Popularum Progressio" (1967) y la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) de Medellín, Colombia, (1968) se convertirán en los documentos más revolucionarios que producen el Papado (Paulo VI) en el primer caso, y los obispos en el segundo.

Los documentos hablan de la Justicia y la Paz, cuestionan el imperialismo y los poderes económicos de la región.

"Medellín fue un especie de milagro. Hubo algunos obispos que no estaban de acuerdo, pero la tendencia era acompañar a los movimientos de liberación en sus luchas", sostuvo el escritor de "La Hegemonía de los Cruzados" (2011) y el "Movimiento Antiimperial de Jesús" (2004).

Muchos de esos curas fueron sancionados, suspendidos, excomulgados, perseguidos y más tarde engrosaron las listas de asesinados y desaparecidos.

"El Concilio había hecho una lectura de los Evangelios, y de los escritos del Nuevo Testamento, que rescataba las primeras comunidades de cristianos, y el proyecto liberador de Jesús".

En esas comunidades, dijo Dri, "no había jerarquía, no había sacerdocio, sí había roles (maestros, doctores). Los primeros grupos cristianos se reunían en asambleas. De hecho, el significado de "iglesia" del griego (eclesía) es "asamblea" y el concepto de Jesús de "poder" es "servicio" (diaconía), no "jerarquía" (arquía)".

El movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo, que tuvo su expresión máxima en 1968 en Medellín, desarrolló un compromiso con el pueblo que chocaba con los compromisos de las jerarquías de la iglesia argentina con los pode-

res económicos, políticos, e incluso militares, que recrudeció en la dictadura (1976-1983).

"Para Benedicto XVI, el actual Papa, el Concilio provocó el debilitamiento del poder de la iglesia católica, lo que desde su mirada es correcto: la iglesia perdió poder al abrirse como estructura" aclaró Dri, y añadió que "al hacerlo, el poder bajó a las bases".

Lo que se propuso este Papa, y antes Juan Pablo II -dijo Dri- "fue terminar con todo lo que había gestado el Concilio Vaticano II a través de la destrucción de los centros de formación de la Teología de la Liberación".

"No pueden decir que creen que el Concilio `se equivocó` pero lo piensan", afirmó Dri, quien destacó: "Para nosotros, la iglesia es la asamblea. Ahí donde nos reunimos, ahí es donde luchamos, ahí es donde resolvemos nuestros conflictos".

<http://www.telam.com.ar/nota/40253/>

6. Urge una teología viva para la liberación: inicia el Congreso Continental de Teología

Adital

En un desbordado auditorio, en la Universidad de Unisinos, este domingo 7 dieron inicio los trabajos del Congreso Continental de Teología de la Liberación en Sao Leopoldo, Brasil, con una importante representación de la mayoría los países de América Latina y Caribeña, Estado Unidos y Europa. Más de 700 gentes, revivieron el nacimiento y desarrollo de la teología de la liberación, acompañados de 7 obispos católicos y protestantes. Se han congregado las y los principales exponentes de la teología de la liberación del continente.

La apertura del Congreso Continental de Teología (CCT), inició con un momento de reflexión donde se invocó a la sabiduría del Espíritu Santo, para luego, el P. Marcelo Fernández de Aquino, rector de la Universidad de Unisinos

dar la bienvenida a los congresistas, recordando que la teología de la liberación nos invita al diálogo, la polémica y a la reflexión, y señalando la necesidad de explorar nuevas hermenéuticas del Concilio Vaticano II.

Por su parte, Agenor Brighenti, presidente de Amerindia Continental, habló del contexto y pretexto que convocan al Congreso, desde la realidad actual de pobreza del continente, e hizo un homenaje a obispos católicos y no católicos, teólogos y teólogas, que han sido figuras proféticas del caminar eclesial latinoamericano y han abonado a una verdadera recepción del Vaticano II, entre los que destacó a Samuel Ruiz, Sergio Méndez Arceo, Hélder Cámara, Gustavo Gutiérrez, José María Pirres, Leonardo Boff, Jon Sobrino, entre otros. También hizo un reconocimiento a los conferencistas, talleristas y todas las personas participantes en el Congreso.

Para concluir la tarde, se realizó el Panel "Un nuevo congreso y un congreso nuevo", con la participación de los teólogos Geraldina Céspedes y Jon Sobrino, destacando éste último por su sentido y sencillo testimonio de su caminar por la teología de la liberación, de sus nuevos desafíos, de sus urgencias. Mientras Geraldina Céspedes, señaló que es necesario seguir acompañando los procesos de lucha por la justicia que están tejidos en nuestra historia latinoamericana y caribeña con hilos rojos, por la sangre de las y los mártires, de quienes tenemos que seguir haciendo memoria, ya que nos alientan y nos ayudan a decir no a cualquier injusticia.

Desbordando las expectativas en el número de participantes, el Congreso ha iniciado con gran ánimo, con voz profética, con hondura y mirada crítica, con deseos de unir la teología con la vida de los pueblos del continente. En los días siguientes se espera la participación de Leonardo Boff, Gustavo Gutiérrez (por videoconferencia), entre otros y otras importantes exponentes de la teología de la liberación.

La transmisión en vivo de las principales conferencias del Congreso sigue día a día por: <http://www.ustream.tv/channel/congresoteologico-brasil>

7. A 50 años, ¿qué queda del Concilio Vaticano II?

Bernardo Barranco

Así como el mundo mira con amable desconfianza la conclusión negociada del Vatileaks, la fuga de documentos clasificados y, el desenlace de un juicio pactado en torno al mayordomo de Benedicto XVI, Gabriele Palo; asimismo se asiste con escepticismo a la inauguración del nuevo sínodo de los obispos, sobre la evangelización, donde la Iglesia se apresta para celebrar los 50 años del Concilio Vaticano II. Los tiempos han cambiado y pocos recuerdan aquella noche fría e iluminada por una esplendorosa luna llena, 25 de enero de 1959, en la que Juan XXIII el Papa bueno, anuncia con emoción la realización de un nuevo concilio ecuménico con vocación universal. La empresa era ardua desde todos sus ángulos principalmente por las reticencias internas. Sin embargo, el papa Roncalli (1958-1963) sortea las oposiciones y condensa con una sola palabra que simplifica toda su compleja iniciativa: *aggiornamento*, o puesta al día de la Iglesia. Otra célebre expresión clave y mediática de Juan XXIII que esboza la actitud católica de entonces, fue: "Abrir las ventanas de la Iglesia al mundo", aquí se ponía de manifiesto la apertura de diálogo con el mundo moderno.

El 11 de octubre de 1962 se inicia solemnemente la primera sesión del Concilio. Fue majestuosa y espectacular. La escala de la iniciativa no tenía precedente. Dentro de la historia de los concilios ecuménicos, es el primer concilio moderno tanto por el uso de los medios tecnológicos como por la presencia de los obispos procedentes del mundo entero: 2 mil 450. En ningún concilio se había desplazado tal cantidad de personas ni ninguno tuvo la cobertura mediática a escala mundial. Un enorme esfuerzo inte-

lectual de preparación; una notable y costosa logística para realizar un acto global de la Iglesia católica. Muchos consideran que el Concilio fue una verdadera revolución del catolicismo, una especie de antítesis del Syllabus de 1864 en que Pío IX había condenado duramente el liberalismo, el ateísmo, el panteísmo, la incompatibilidad entre fe y razón y la modernidad en su conjunto civilizatorio. Sin embargo, muchos otros opinan que el Concilio fue una simple actualización de forma pero no de fondo. Una pregunta flota actualmente entre los católicos contemporáneos: ¿realmente el Concilio se ha implementado? Con sutileza muchos monseñores de la curia responden: "Sí, pero todavía no".

El Concilio arrojó toneladas de documentos, no es una exageración. El Concilio Vaticano II es un episodio de una vieja relación, controvertida y llena de tensiones que ha existido entre la Iglesia y la modernidad. Por ello, el posconcilio fue una larga batalla de interpretaciones en las que subyacen posicionamientos e intereses. Para muchos católicos el Vaticano II fue un acto de una gran ruptura con el pasado; hay otros, en contraste que vieron reformas en continuidad con su identidad y tradición. Los que perciben el Concilio como una ruptura, pueden dividirse en dos: el de los grupos tradicionalistas y ultracconservadores que creen que se cede identidad a la modernidad y esto atenta la misión civilizatoria de la Iglesia. Entre ellos, nos encontramos *LeFebvristas*. Por otro lado tenemos los sectores progresistas de católicos, que cree que esta ruptura con el pasado monárquico de la Iglesia ha sido altamente positiva pero inconclusa. El Concilio debe llevarse a aplicar tanto en espíritu como en la letra. La Iglesia desde Roma ha impedido, señalan, la puesta en marcha de las principales directrices conciliares, especialmente el paso de una concepción jerárquica de la Iglesia a la idea de comunión el pueblo de Dios. Teólogos de la liberación, feministas, indigenistas y personajes como Hans Küng reprochan que la Iglesia se haya convertido en una institu-

ción cada vez más vertical y centralista. Se ha venido desdibujando un rasgo esencial del Concilio: la colegialidad, es decir, la participación de los obispos en la misión del Papa. Benedicto XVI, ha expresado en diferentes foros su postura cautelosa frente al Concilio que contrasta con el joven Ratzinger que participó como asesor de los obispos alemanes, destacándose por posturas de avanzada. También se ha alejado del llamado "espíritu conciliar". En contraparte, su balance de los resultados del concilio son severos, por ejemplo en la audiencia pública del 9 de marzo de 2010 reconoció: "Sabemos que después del Concilio Vaticano II algunos estaban convencidos de que todo era nuevo, que era otra Iglesia, que la Iglesia preconiliar había acabado y teníamos otra, completamente diferente... Un utopismo anárquico, pero gracias a Dios los timoneles sabios de la Barca de Pedro, Pablo VI y Juan Pablo II, defendieron –de una parte– la novedad del Concilio y al mismo tiempo la unicidad y la continuidad de la Iglesia, que es siempre Iglesia de pecadores y siempre lugar de gracia".

Sería ingenuo afirmar que el Concilio fue un ejercicio de reconciliación con la modernidad. Pero sí existió la aspiración de concluir el enfrentamiento con la cultura moderna. Con el Concilio la Iglesia aceptó la historia, es decir, reconocer que el cristianismo vive y respira dentro la vida histórica de la humanidad. Y no fuera de, o, a pesar de ella. Se reconocen valores de la sociedad moderna, también se matizaron posturas radicales que condenaban la cultura como pecaminosa, sucia y amenazante. El Concilio percibe la modernidad como tierra fértil para que los cristianos puedan discernir los signos de los tiempos. Ser sal en la masa, se decía entonces. Hace 50 años, sobre el tema, hubo una lucha entre tradicionalistas y aperturistas: inicialmente dominaron los progresistas pero finalmente en el pos concilio se impusieron los conservadores. Incluso estos últimos desataron una ola de represión y disciplinamiento doctri-

nal tanto a los ultratradicionalistas como a los progresistas. En América Latina no fue casual el embate de Roma contra la Teología de la Liberación que había sido precisamente un fruto conciliar. Sin nostalgias, el Concilio Vaticano II sigue vivo, la pregunta clave siguiendo al fallecido cardenal Carlo María Martini: ¿será necesario convocar un Concilio Vaticano III para aplicar este Concilio?

8. Juan XXIII, el Papa desconcertante

A los 50 años de la inauguración del concilio Vaticano II, el papa al que se le ocurrió convocar aquel concilio, el papa Roncalli, nos sigue desconcertando. Entre otras razones, porque son pocos los que se imaginan hasta dónde llegó la bondad de aquel hombre.

Nadie sabe, a ciencia cierta, cómo ni por qué este anciano cardenal de Venecia llegó a ser papa. Lo que se dijo en Roma, para explicar su designación, es que el cónclave se había atascado y los cardenales, como solución de transición, decidieron poner en el papado a un hombre de transición, para salir del paso y buscar así una salida digna, utilizando un papa que pudiera vivir poco tiempo. Lo que no sospechaban los hombres del cónclave es lo que supo formular K. Rahner: «El papa de transición, Juan XXIII, ha puesto en marcha la transición de la Iglesia hacia el futuro».

Lo más probable es que habrá gente que se sonría con desdén al leer lo que acabo de decir. Porque no son pocos los que piensan que aquel papa bonachón, viejo y rechoncho, fue el hombre que puso en marcha el doloroso proceso de descomposición de la Iglesia. Y es cierto que fue Juan XXIII el papa que, con su desconcertante libertad al servicio de la bondad, desatascó la situación que el genial eclesiólogo, que fue Y. Congar, apuntó en su Diario personal:

«Me impresiona constantemente el irrealismo de un sistema que tiene sus tesis y sus ritos, también sus servidores, y que canta su canción

sin mirar a las cosas y a los problemas tal como son. El sistema está satisfecho con sus propias afirmaciones y sus propias celebraciones. Todo se desarrolla en un plano diferente al de los problemas reales, en un universo completamente distinto del de los hombres».

Esto anotaba Congar el 24 de noviembre de 1954. Y ésta fue la situación que desatascó Juan XXIII. No como tendría que haberse hecho, reorganizando el papado y modificando la curia vaticana. Pero no pudo ser así, entre otras razones y por más extraño que parezca, por la incomprendible bondad de aquel papa. Pero fue precisamente aquella bondad la que abrió nuevos caminos a la Iglesia. ¿Qué quiero decir con todo esto?

Roncalli fue un hombre de una humildad tan profunda, que, dándose cuenta de que era urgente una reforma de la Iglesia, jamás quiso delimitar los detalles. Se sabe con certeza que, entre sus más allegados, le gustaba decir que él no tenía competencia universal alguna. Por eso él no quiso presidir las asambleas conciliares. Se fiaba del cuerpo episcopal.

Y su desapego personal llegó hasta límites impensables. Por ejemplo, nombró como cardenales a algunos de sus más conocidos adversarios. Y puso como presidentes de las comisiones del concilio a los más destacados dirigentes de la curia. Su bondad (¿bien entendida? ¿mal entendida?) llegó a rebasar la línea roja que marca el límite de lo «razonable» y se metió de lleno en las aguas pantanosas de lo que no es fácil entender desde la lógica del «orden que marcan los poderes de este mundo».

Esto tuvo sus consecuencias. La principal de ellas, es bien conocida: los documentos del concilio fueron el resultado de fórmulas de compromiso. Fórmulas en las que las dos partes, progresistas (centroeuropeos) y conservadores (curiales), no tuvieron más remedio que llegar a acuerdos en los que cada parte tuvo que ceder. Y a eso, se vinieron a sumar las in-

tervenciones posteriores de Pablo VI, a veces, atormentado por sus dudas.

El ejemplo más claro, fue la famosa Nota explicativa previa, que, en gran medida, dejó el «poder pleno, supremo y universal» en manos del papa. Con lo que se quedó sin resolver el problema principal que tenía que resolver el concilio: dónde y cómo reside el sujeto de suprema potestad en la Iglesia. Pero de esto hablaremos otro día.

Entonces, ¿qué aportó Juan XXIII con su pontificado y su concilio? Lo más decisivo para los discípulos de Jesús: que la bondad es la fuerza que cambia el mundo, que renueva la Iglesia, que nos lleva por los mismos caminos que trazó Jesús. ¿Esto no dice nada? Más aún, ¿esto fue y sigue siendo un fracaso? ¿No terminó la vida de Jesús en el más estrepitoso de los fracasos? Y, sin embargo, ¿no decimos los creyentes que ahí, en eso, está el misterio de lo que más nos humaniza y más felices nos hace? Amigos, aquí estamos tocando el fondo. Como el papa Roncalli lo tocó.

José María Casti-
llo <http://teologialibre.wordpress.com/2012/10/11/juan-xxiii-el-papa-desconcertante/>

9. A 50 años del Vaticano II: Cambios en la Iglesia (4)

Desde 1800 la Iglesia Católica sufrió muy serios ataques. Desde la persecución sangrienta de la Revolución Francesa, pasando por la captura del Papa por Napoleón hasta la pérdida de los Estados Pontificios. Compartía la transición revolucionaria y violenta que vivía el mundo de una cultura de gobierno monárquico a uno democrático.

Los Papas perdieron los Estados Pontificios y se exilaron en el Vaticano como defensa y como protesta. Con ello se generó una cultura eclesial defensiva en lugar de misionera, de condena en lugar de diálogo con el mundo, de añoranza idealista de la 'protección de los mo-

narca' con sus concordatos con los que los gobernantes 'piadosos' obtenían privilegios en las iglesias nacionales y amordazaban cualquier intento de libertad o crítica a su injusta administración pública. Hoy todavía los 'pios poderosos' utilizan esa 'cultura'.

Esta cultura de mordaza interna fue tan severa que cualquier cambio era visto como amenaza teológica, pastoral o jurídica. "El Santo Oficio" y el "Índice de Libros Prohibidos" eran herramientas de control para condenar cualquier leve intento de novedad en el pensamiento teológico-histórico-bíblico-eclesial, no se diga en el campo filosófico o científico.

Juan XXIII sufrió en su ministerio esta rigidez mórbida que en 1960 seguía manteniendo una cultura eclesial de un control tan rígido que no solo se hacía insostenible, dentro de la Iglesia, sino que la alejaba de su finalidad más importante: dar el servicio —no la conquista— de enseñar al hombre moderno el Evangelio y aliviar "la tristeza y angustia de los hombres de nuestro tiempo" (Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual).

El Concilio Vaticano II convirtió a los obispos participantes de pastores tímidos y sumisos en líderes del Amor y la Justicia que se decidieron a dejar atrás la mentalidad y las costumbres monárquicas con las que se habían contaminado—desde los anacrónico ropajes principescos, hasta los anillos y joyas signos contradictorios de su investidura de pobreza evangélica—.

Con ellos toda la Iglesia recuperó su vocación y su preocupación más fundamental: "los pobres y cuantos sufren"... que fueron redescubiertos y se convirtieron en "la tristeza y angustia de los discípulos de Cristo"...

Desde ese momento la Iglesia dejó de ser una comunidad amurallada en su comodidad de riquezas espirituales, educativas y culturales que pretendía aliviar sus culpas y pecados contra los pobres con acciones compasivas estériles que nunca transformaron las estructuras sociales de

injusticia en comunidades de fraternidad de justicia y amor cristiano. El Catolicismo solidario con las actitudes, costumbres y políticas corruptas e injustas fue denunciado como traición al Evangelio, un pecado que antes pasaba desapercibido entre el clero y los fieles.

Hoy la Iglesia que realmente lleva a cabo los dictados del Vaticano II, no solo tiene en su agenda las preocupaciones por la dignidad de la mujer, la salud de los ecosistemas, la globalización humana, sino una estrategia integral y misionera para construir 'estructuras sociales humanas' que construyan la Justicia y la Paz verdaderas.

Hoy los católicos sufren angustia y ya "no pasan de largo" frente a la pobreza del hermano. <http://www.vanguardia.com.mx/a50anosdelvaticanoiicambiosenlaiglesia%284%29-1389733-columna.html>

10. 50 aniversario del Vaticano II: ¿qué pasó?

Tres evaluaciones protestantes evangélicas de las consecuencias del Concilio

El Vaticano II (1962-1965) es ampliamente considerado como uno de los acontecimientos más significativos del Siglo XX. El día 11 de octubre próximo señalará el 50 aniversario de su apertura y el "Año de la Fe", que Benedicto XVI está a punto de inaugurar oficialmente, proporcionará la oportunidad de tener un año más para reflexionar sobre su legado.

Llegar a un acuerdo con el Vaticano II no es una tarea sólo para los católicos romanos. Incluso los cristianos no católico-romanos están llamados a lidiar con ella. Su percepción del catolicismo romano actual depende en gran medida de la forma en que interpreten el Vaticano II.

Durante y después del Concilio, tres teólogos protestantes evangélicos se ocuparon del mismo a fondo y con detalle.

Estos tres enfoques son probablemente indicativos de las diferentes lecturas evangélicas del Vaticano II, que a su vez han contribuido a la configuración de tres maneras de relacionarse con Roma como un todo .

1. GERRIT BERKOUWER Y EL NUEVO CATOLICISMO

Gerrit Berkouwer (1903-1996) fue un teólogo reformado holandés que tuvo una experiencia de primera mano en el Vaticano II como observador oficial en representación del “Gereformeerde Kerken” (Iglesias Reformadas). Esta experiencia dio lugar a la escritura de su libro “The Second Vatican Council and the New Catholicism” (El Concilio Vaticano II y el nuevo catolicismo) (1965), el cual lo escribió a pesar de que los debates del concilio estaban todavía en plena marcha y los dos principales documentos eclesiológicos (*Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*) no habían sido aún aprobados.

Según Berkouwer, el Vaticano II debe mucho a la *Nouvelle théologie* (o sea, la nueva teología) que él ya había estudiado en el libro que escribió en 1958 “Recent Developments in Roman Catholic Thought” (Desarrollos recientes en el pensamiento católico romano). El Concilio podría considerarse como la aceptación cautelosa de la Iglesia oficial, incluso con sus tensiones y conflictos, de la agenda propuesta por los “nuevos” teólogos que habían sido la oposición a la Curia en años anteriores.

El “Nuevo Catolicismo” que Berkouwer contempla está basado en el *ressourcement* , es decir, la apreciación de nuevo de las fuentes patrísticas y bíblicas, y el *aggiornamento* , o sea, una actitud marcada por la apertura hacia una renovación interior y nuevas formas de relacionarse con el mundo .

Si el libro pre-Vaticano II *Conflict with Rome* (1958) (Conflicto con Roma) de Berkouwer se centra en la fisura entre las teologías católicas y protestantes relativas a la doctrina de la gracia, su “Nuevo Catolicismo” post-Vaticano II gira en

torno a la doctrina de la Iglesia como la cuestión real que todavía sigue en pie entre ellos .

Por supuesto, Berkouwer es completamente consciente de que estos nuevos énfasis no sustituyen a los antiguos sino que están simplemente añadidos al panorama tradicional católico romano, haciendo así la agenda ecuménica con Roma más fácil, por una parte, pero más matizada por la otra.

Antes de establecerse este escenario, Berkouwer hizo un llamamiento para un “ecumenicidad realista” –una ecumenicidad que superara antiguas actitudes polémicas mientras se esperaban posteriores evoluciones dentro del catolicismo romano.

2. DAVID WELLS Y LA CONFUSIÓN EVANGÉLICA

En los años setenta, David Wells (nacido en 1939) era uno de los pocos teólogos evangélicos que contendía con el catolicismo romano sobre las repercusiones del Concilio. En los últimos años, el interés de Wells se volvió progresivamente hacia otro campo de investigación, a saber, el evangelicalismo en sí mismo, y este cambio dejó un vacío importante en la reflexión evangélica sobre el catolicismo romano.

Su libro *Revolution in Rome* (Revolución en Roma) (1972) compendia muy bien un sentido evangélico de confusión antes del *aggiornamento* propuesto por el Concilio. El principal avance de su lectura del Concilio es la observación de que el Vaticano II, en algunas puntos estratégicos, parece aprobar “teologías incompatibles mutuamente”, una conservadora, la otra progresista; una reafirmando la tradición, la otra yendo más allá de la tradición . Estas dos tendencias conflictivas pueden hallarse en todas partes en los textos del Vaticano II y contribuyen a la formación de su completa teología marcada por un inconfundible modelo “ambos-y” católico.

Frente a la inherente estereofonía, si no cacofonía, del Vaticano II, Wells argumenta que el

Concilio ha practicado la “yuxtaposición de ideas” de tal forma que la recepción y la interpretación de la redacción final de los documentos pueden localizarse tanto según las líneas tradicionales como según las más innovadoras. El principal problema de luchar a brazo partido con el catolicismo romano es el hermenéutico, a saber, “¿qué interpretación es la correcta?”, “¿cómo debemos interpretar?”, lo cual está todo conectado a la cuestión de la autoridad magisterial: “¿quién habla hoy en nombre de Roma?” Desde la perspectiva del Vaticano II, Roma parece tener una “mente dividida”, como muestran claramente los títulos de los capítulos de *Revolución en Roma*: “Autoridad: ¿interna o externa?”, “Dios: ¿en la ciudad terrena o la celestial?”, “Cristianismo: ¿una definición amplia o estrecha?”, “la Iglesia: ¿las personas o el papa?”.

El libro atestigua la confusión evangélica al llegar a un acuerdo con la complejidad de la mentalidad católica. Antes del punto crucial interpretativo, Wells propone el criterio de que el Concilio represente un equilibrio temporal y transitorio que finalmente conducirá a la afirmación de una parte sobre la otra. En otras palabras, “esperar y ver” lo que va a ocurrir.

Mientras tanto, los protestantes evangélicos necesitan analizar una “nueva apologética” en su conocimiento del catolicismo, porque el modelo apologético antiguo no se ajusta a Roma por más tiempo.

3. HERBERT CARSON Y LA TESIS SEMPER EADEM

En la escena británica, los escritos de Herbert Carson (fallecido en 2004) representan bien la forma menos académica pero más fuertemente apologética de mirar a Roma. Sus libros sobre el catolicismo (*Roman Catholicism Today*, 1964 [El catolicismo romano hoy]; *Dawn or Twilight? A Study of Contemporary Roman Catholicism*, 1976 [¿Amanecer o atardecer?, un estudio contemporáneo del catolicismo romano]; *The Faith of the Vatican*, 1996 [La fe del Vaticano]) pue-

den considerarse como una obra única, revisada y actualizada cuyo principal avance interpretativo y crítica teológica permanece constante, incluso cuando interactúa con diferentes fases de la historia y la teología católicas recientes.

Carson lee el Vaticano II en términos de la tesis *semper eadem*, es decir, siempre lo mismo. La estructura teológica de Roma puede haber cambiado en su envoltura lingüística, pero no en su orientación fundamental. Según él, a pesar de toda una apariencia que sugiere ser diferente, el Vaticano II de ninguna manera ha modificado su actitud Tridentina y anti-Reformista por la sencilla razón de que: primero, nunca la ha abandonado formal y abiertamente y, segundo, la nueva enseñanza puede estar plenamente armonizada con la antigua sin subvertirla.

Carson observa que “el tono puede que sea más amable y la presentación más adecuada a los lectores de finales del siglo XX, pero los decretos de Trento están todavía allí”, particularmente en lo que se refiere a la transustanciación, la justificación por la fe y el purgatorio. La inevitable conclusión de esta lectura es que si Roma es *semper eadem*, la aproximación evangélica al catolicismo romano será también siempre la misma.

CONCLUSIÓN

Después del Vaticano II, los protestantes evangélicos trataron el mismo de tres maneras diferentes: Roma realmente ha cambiado (Berkouwer), Roma todavía tiene que decidir donde situarse (Wells), Roma es siempre la misma (Carson).

Posteriormente los enfoques de los evangélicos respecto a la ICAR dependieron de cuál de estos tres enfoques del Vaticano II fue el elegido.

Leonardo de Chirico,

<http://www.protestantedigital.com/ES/Magacin/articulo/5035/50-aniversario-del-vaticano-ii-ue-paso>

11. **Hace 50 años los católicos renovaban mucho más que su liturgia**

El 11 de octubre de 1962, el Papa Juan XXIII daba inicio al Concilio Vaticano II, un encuentro que más allá de renovar las celebraciones cristianas dejando de lado el uso del latín en la misa y el respetar el idioma de cada país, sentó las bases para un diálogo interreligioso y buscó una mayor participación de la iglesia ante los problemas sociales.

El inicio del Concilio Vaticano II, considerado como uno de los hechos más relevantes del siglo pasado, reunió en la Basílica de San Pedro, en Roma, a 2.450 sacerdotes conciliares de todos los continentes, encargados de debatir cuestiones de fe y el rol de la iglesia católica ante cambios sociales y políticos.

También, había en el comienzo del Concilio misiones oficiales de 85 países y de organizaciones internacionales y 28 observadores de 15 confesiones cristianas, que siguieron cada paso del encuentro.

Pero la celebración del concilio se vio opacada el mismo año en que comenzó, debido a que falleció del Papa Juan XXIII que fue su propulsor y debió continuar al frente de ese encuentro religioso su sucesor, Paulo VI, que lo dio por culminado en 1965.

A partir del Concilio, la iglesia católica se aprestó a trabajar más fuerte para lograr una mejor interrelación con las otras religiones, asumió la responsabilidad de adaptar su doctrina a las necesidades sociales y, en lo formal, respetó el idioma de cada país en la celebración de misas, dejando de lado el uso del latín.

El presbítero Víctor Manuel Fernández, rector de la Universidad Católica Argentina (UCA), sostuvo que "el contexto mundial en el que se preparó y realizó el Concilio era complejo y controvertido".

"Desde el punto de vista socioeconómico, en Occidente predominaba la idea del desarrollo y

algunos autores hasta hablan de los felices 60, porque se esperaba que los países desarrollados ayudarían al resto a lograr ese objetivo, expectativas que más tarde, quedó demostrado, fueron declinadas", señaló Fernández.

Refiriéndose a los nuevos desafíos que enfrentaba la Iglesia en ese momento, rescató que "Juan XXIII decía, por ejemplo, que la Iglesia debía mirar al presente, considerando las nuevas condiciones de vida introducidas en el mundo moderno".

Pero en materia ecuménica, "llamó la atención el deseo de Juan XXIII de que las demás iglesias cristianas participaran en el Concilio y que se creara un secretariado para la promoción de la unidad de los cristianos".

Fernández opinó que "el Concilio cambió el rostro del catolicismo con una mayor atención a la Palabra de Dios, una nueva forma de celebrar la liturgia, un novedoso impulso evangelizador, y también con un notable acercamiento al mundo, promoviendo el diálogo con las culturas y alentando la participación de los laicos".

"Hubo un nuevo sentido de ecumenismo, una apertura respetuosa al diálogo con el Judaísmo y muchas otros puntos que dieron a la Iglesia un renovado dinamismo", puntualizó.

En ese sentido, Daniel Goldman, rabino de la comunidad Bet-El, reconoció que el Concilio "produjo un acto importante" en materia de diálogo interreligioso, y destacó que "hubo varios antecedentes fuertes para que se produzca esa situación, una de las cuales es la Shoá", término usado para referirse al Holocausto.

"Eso es algo que no podemos obviar y olvidar, y frente al mayor horror del siglo XX, la jerarquía religiosa tuvo que hacer un cambio", añadió Goldman.

El rabino reflexionó que "hoy tomamos el tema del diálogo interreligioso con cierta naturalidad, pero más allá de ciertos puntos en común, tenemos que ver si estamos diciendo lo mismo".

"Yo festejo la posibilidad de la existencia del diálogo y hubo avances gigantes en los últimos 40 años en esos términos, pero hay que profundizar qué entendemos por diálogo", puntualizó.

En este sentido, reflexionó: "Si uno no sale del diálogo diferente de como entró significa que no hubo diálogo, y para que exista verdaderamente hay que superar -en todas las religiones- los propios prejuicios", destacó.

La celebración central en Argentina de los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II se realizará en la UCA el jueves próximo a las 18.45, en la sede de Alicia Moreau de Justo 1680, en la Capital Federal, donde hablarán representantes de distintos credos.

<http://www.telam.com.ar/nota/40252/>

12. La Teología y la Iglesia después del Vaticano II

Adital

Invitado a disertar sobre "Teología y nuevos paradigmas", el profesor Dr. Andrés Torres Queiruga, de la Universidad de Santiago de Compostela, inició su conferencia ayer por la mañana, (9 de octubre), en el Congreso Continental de Teología, avisando al público que abordaría como tema: la Teología y la Iglesia después del Concilio Vaticano II.

El conferencista dividió su exposición en tres puntos: "la orientación objetiva del Concilio; los grandes temas de la teología postconciliar; y el futuro, las tareas y las esperanzas". Para Queiruga, el Vaticano II tiene una importancia trascendental, cambio de época, que sólo puede percibirse en una perspectiva largo alcance en la historia.

Para muchas personas, el foco del Vaticano II está la Constitución *Gaudium et Spes*, destacó el ponente. Luego lamentó que la Iglesia haya "perdido paso" en el acompañamiento de los cambios culturales. "Nos damos cuenta que la

Iglesia se coloca contra la cultura, demostrando una inercia institucional, la tendencia a ver las cultura desde el poder, una oposición a la modernidad, la democracia y la libertad". Sin embargo, destacó, no era la Iglesia toda que tomaba esta posición. "Había personas que pensaban diferente. A pesar del enfriamiento del Vaticano II, había personas que trataban de renovar el debate".

Felizmente, continúa "la teología no se resignó, pero tenía que esconderse un poco. En esta situación, nace la teología positiva, como una forma alternativa a la teología oficial, abstracta y escolástica".

Luego, en los años 1950, el Papa Pío XII había frenado esa corriente [de la teología positiva]. "Todo lo que estamos diciendo hoy, en este evento, sería imposible en la época de Pío XII".

En la visión de Queiruga, el Espíritu continúa soplando en la Iglesia y eso es esperanzador.

Y agrega, a pesar de que algunos de los protagonistas del Concilio no pudieron acompañar el proceso posterior, no pudieron ir más allá en sus esfuerzos renovadores. El Vaticano II, "Fue el único concilio que no se propuso definir dogmáticamente nada". El expositor continuó, presentando al público la siguiente pregunta:

"¿Habría sido el Concilio la causa de todos los males de la iglesia actual?".

Para Andrés Torres, la modernidad ha colocado a la teología ante una realidad radical. "Este es un legado que la reflexión teológica no puede ignorar", afirma.

Al abordar las grandes cuestiones del Concilio Vaticano II, Queiruga recordó el problema de mal en la humanidad, así como también el reto de la distribución de los alimentos en el mundo. "El Concilio nos dio la autonomía de las realidades terrenas, que son finitas y nos muestran que el mal es inevitable. Dios podría no haber creado el mundo, pero lo creó y en él aparece el mal. Dios nos convoca a la lucha contra el mal.

Él necesita nuestras manos para acabar con el mal. Dios no está en el hambre, ni en la enfermedad; El está en los hambrientos y enfermos. Debemos reflexionar en esto”, afirmó.

Fue entonces que el teólogo destacó que la Teología de la Liberación se atrevió a decir: "bienaventurados los pobres". Y argumentó su afirmación: A pesar de todo, Dios está dentro de la Iglesia. No debemos quedar desesperados, sino tener confianza en que unidos tenemos fuerza. El mundo continuará avanzando, porque Dios está con nosotros”.

Así expresando esperanza, termino su exposición.

Texto de Graziela Wolfart

<http://www.adital.com.br/site/noticia.asp?lang=ES&cat=92&cod=71215>

13. Nuevas interpelaciones y preguntas a la Teología de la Liberación

Las conferencias del segundo día del Congreso continental de Teología respondieron al método del ver-juzgar y actuar que está llevando el Congreso, iniciando el día con VER el análisis de la realidad mundial y Latinoamericana a través de la participación de Pedro Ribeiro de Oliveria, quien hizo un análisis de la situación socio-cultural, económica y política latinoamericana.

La conferencia sobre Económica y Teología el Dr. Jung Mo Sung de la Universidad Metodista de Sao Paulo, comentó que los sueños del pueblo fueron capturados por el sistema del imperio y la crisis de la Teología de la Liberación se acentuó con más fuerza pero no así se termino. En la iglesia existe una sacralización de un sistema dominante, un imperio que busca dominar al otro, esto tiene que ver como un problema ético de la iglesia, afirmó el ponente.

Jung Mo Sung, también mencionó el vacío generacional que existe en la reflexión de la Teología de la Liberación ya que la reflexión teológica de los nuevos teólogos/as se debe a una

pereza intelectual, se vive cómodamente en el mundo moderno y en una dinámica de consumismo tecnológico. Es necesario que estas nuevas generaciones de teólogos/as se liberen de sí mismos para realizar teologías liberadoras desde los pobres. Si la teología se encierra en la academia en medio del consumismo tecnológico se pierde el espíritu de liberación.

Por otra parte se realizaron talleres a mitad del día en los que hubo participaciones interesantes como fue en el taller de "La Mujer y el Vaticano II" en el cuál se comento que en la organización de la iglesia la mujer no va tener un lugar en ésta, si no tiene acceso al ministerio sacerdotal.

Se finalizó el segundo día con la conferencia de Chico Whitaker, "Otro mundo es posible y contexto latinoamericano" quien enfatizó la necesidad de una nueva manera de hacer política desde la diversidad de culturas, donde se pase del liderazgo dominante al liderazgo facilitador. Enfatizó el compromiso de contribuir a cambiar y luchar por otro mundo es posible, dinámica por la que se está luchando a través del Foro Mundial Social iniciados en el 2005 y con más de 50 foros realizados.

<http://www.periodistadigital.com/religion/america/2012/10/10/nuevas-interpelaciones-y-preguntas-a-la-teologia-de-la-liberacion-iglesia-religion-congreso-unisinos-brasil.shtml>

14. El Vaticano II, que lanzó la Iglesia hacia el tercer milenio, cumple 50 años

Ciudad del Vaticano, 10 oct (EFE).- Los católicos celebran mañana el 50 aniversario del Concilio Vaticano II (1962-1965), el evento eclesial que revolucionó a la Iglesia Católica y la encaminó hacia el tercer milenio.

Medio siglo después, son muchos los que piensan, al igual que el papa Benedicto XVI, que la riqueza de los documentos emanados entre 1962 y 1965 todavía no ha sido asimilada.

El mismo Joseph Ratzinger, que participó en el concilio, dijo hoy que los textos hay que volver a leerlos, pero liberándoles de "una masa de publicaciones que muchas veces en vez de permitir que se conozcan los han escondido.

El Vaticano II, uno de los eventos que marcaron el siglo XX, fue un concilio ecuménico que superó todas las expectativas, ya que rompió con cuatro siglos de Iglesia tridentina y cambió sus relaciones con la sociedad y con las otras religiones.

Nadie esperaba que Juan XXIII, que tenía 77 años cuando en 1958 fue elegido papa y a quien muchos le consideraban de transición, convocase un evento de tal envergadura para enfrentarse a las muchas tendencias que agitaban a la Iglesia, que vivía en una sociedad marcada por la Guerra Fría y dividida por el Telón de Acero.

Sin embargo, Angelo Roncalli, ese papa bonachón, con aspecto de cura de pueblo, que pedía a los padres que besaran siempre a sus hijos, sorprendió al mundo sólo tres meses más tarde de ser elegido. Era el 25 de enero de 1959 cuando en la basílica romana de San Pablo Extramuros convocó el Vaticano II.

Lo convocó 90 años después de que se celebrase bajo el pontificado de Pío IX el Vaticano I, que tuvo que clausurarse de manera anticipada debido al clima de guerra que vivía Roma en aquellos años.

El Vaticano I proclamó la autenticidad de la doctrina católica y la infalibilidad del Papa, por lo que muchos pensaron, dada esa infalibilidad, que no había razón para un nuevo concilio.

Hoy, Benedicto XVI recordó que en anteriores concilios se trataron errores de fe, para corregirlos o condenarlos, pero que el Vaticano II lo convocó Juan XXIII sin que hubieran específicos problemas de doctrina o disciplina de clarificar. De ahí, señaló, la sorpresa que causó el anuncio.

El papa Roncalli creía que había que renovar la Iglesia, ponerla al día en su lenguaje, ritos y rezos y en sus relaciones con la sociedad y otras culturas y religiones.

La palabra en uso en aquellos días romanos era "aggiornare", es decir, poner al día.

Juan XXIII lo convocó -dijo hoy Ratzinger- porque estaba convencido de que la fe "tenía que hablar de una manera renovada, más incisiva, porque el mundo estaba cambiando rápidamente, pero manteniendo intactos sus contenidos perennes, sin ceder y sin compromisos".

Con ese espíritu, "de alegría, de cambio, de una iglesia viva que miraba al mundo", según recordó hoy Benedicto XVI, se abrió el Vaticano II, el concilio número 21 de la historia de la Iglesia.

Era el 11 de octubre de 1962 y duró hasta el 8 de diciembre de 1965. La apertura fue solemne, en la basílica de San Pedro, y con la presencia de 2.540 obispos de todo el mundo.

Juan XXIII no pudo clausurarlo ya que murió el 3 de junio de 1963, enfermo de cáncer, y le tocó a su sucesor, Pablo VI.

Desde el primer momento se impusieron dos tendencias, la conservadora, liderada por obispos españoles e italianos, y la renovadora, integrada por obispos de Centroeuropa y América.

El Vaticano II emanó 16 documentos, entre ellos "Gaudium et Spes", con la que se pasaba de una Iglesia encerrada en sí misma a una que se sentía parte del mundo.

Otro documento es "Nostra Aetate", con el que se retiraron las acusaciones contra los judíos, al cancelar la acusación histórica de deicidio.

El Vaticano II reformó la liturgia, cuyo cambio más visible fue el de adaptarla a las lenguas vernáculas, para que los fieles pudieran dirigirse a Dios en sus propios idiomas, y el que los sacerdotes oficiase de cara a los fieles, sin darles la espalda.

El Vaticano II dio mayor papel a los laicos, aunque todavía hoy, 50 años después, quedan por dar respuesta a asuntos como el celibato o el sacerdocio de la mujer, que parece seguirán, de momento, sin respuesta.

<http://feeds.univision.com/feeds/article/2012-10-10/el-vaticano-ii-que-lanzo?refPath=/noticias/mundo/noticias/>

15. El Vaticano II aprobó 16 documentos que cambiaron a la Iglesia Católica

Ciudad del Vaticano, 10 oct (EFE).- El Concilio Vaticano II emanó 16 documentos, que van desde la celebración de la misa en las lenguas vernáculas a la reconciliación con los judíos, al cancelar la acusación histórica de deicidio, o precisar el papel de los laicos en el mundo.

Los Padres Conciliares, como se conoce a los obispos que asistieron a ese evento del que se cumple mañana 50 años, aprobaron cuatro constituciones (actos legislativos emanados del Papa para dar disposiciones de carácter general y permanente); tres declaraciones (aclaraciones sobre un tema particular), y nueve decretos (decisiones con carácter normativo).

Las constituciones son: "Lumen Gentium", sobre la Iglesia; "Dei Verbum", sobre la revelación Divina; "Gaudium et Spes", sobre la Iglesia en el mundo actual; y "Sacrosanctum Concilium", sobre la Sagrada Liturgia.

Con "Gaudium et Spes" se pasaba de una Iglesia encerrada en sí misma a una libre y sin teocracias, que se siente parte del mundo y se abre a sus problemas.

La "Lumen Gentium" proclamaba a la Iglesia como el pueblo de Dios, integrado por cristianos responsables y solidarios.

La "Sacrosanctum Concilium" relegaba las misas en latín, hasta entonces celebradas por un sacerdote de espaldas a los feligreses.

En 2007, Benedicto XVI para lograr cerrar el cisma abierto en 1988 por el arzobispo tradi-

cionalista francés Marcel Lefebvre, autorizó de nuevo la celebración de la misa en latín y que el sacerdote pudiera oficiar de espaldas a los fieles. Él mismo, en un par de ocasiones, ha celebrado a la vieja usanza.

Las declaraciones son: "Dignitatis Humanae", sobre la libertad religiosa; "Gravissimum Educationis", sobre la educación cristiana; y "Nostra Aetates", que puso en marcha un nuevo diálogo con las religiones no cristianas y, sobre todo, con los judíos al cancelar la acusación histórica de deicidio.

Los decretos fueron: "Christus Dominus", sobre los obispos; "Apostolicam Actuositatem", sobre los laicos; "Ad Gentes", sobre la actividad misionera de la Iglesia; "Inter Mirifica", sobre los medios de comunicación social.

Además de "Orientalium Ecclesiarum", sobre las iglesias orientales católicas; "Unitatis Redintegratio", sobre el ecumenismo; "Praefatioe Caritatis", sobre la renovación de la vida religiosa; "Presbyterorum Ordinis", sobre los presbíteros; y "Optatam Totius", sobre la formación sacerdotal.

El Concilio Vaticano II concluyó con un mensaje a la humanidad, en el que los padres conciliares pidieron por la paz y la salvación de los hombres.

Recordando ese hecho, mañana, el papa Benedicto XVI en la misa con la abrirá el Año de la Fe entregará mensajes similares a personalidades de la política, la ciencia, el mundo del trabajo, artistas, mujeres, pobres, enfermos y jóvenes.

Uno de los que recibirán el mensaje será el minero chileno Luis Alberto Urzua Iribarrem, que permaneció atrapado junto a 32 compañeros durante más de dos meses a 700 metros de profundidad en la mina San José, en el desierto chileno de Atacama.

Urzua Iribarrem fue el primero que comunicó con el exterior y el último que abandonó la mina.

También lo recibirá la periodista mexicana Valentina Alazraki, que ha cubierto los viajes por el mundo de Juan Pablo I. EFE

http://www.elnortedecastilla.es/agencias/2012/10/10/mas-actualidad/vida-ocio/vaticano-aprobo-documentos-cambiaron-iglesia_201210101939.html

16. Los veinte años del Catecismo de la Iglesia Católica

Por Mons. Ángel Saiz Meneses el 10 de octubre de 2012

Mons. Àngel Saiz Meneses El pasado 11 de octubre ha sido un día memorable para la Iglesia contemporánea. Ese día ha comenzado el Año de la Fe, se han conmemorado los cincuenta años del inicio del Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962) y los veinte años de la publicación por Juan Pablo II del Catecismo de la Iglesia Católica. Además, ha comenzado –desde el 7 de octubre– sus trabajos el Sínodo de los Obispos sobre el tema de La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Y ese día se celebra también la memoria litúrgica del beato Juan XXIII, el Papa que tuvo la valentía de convocar y abrir el Vaticano II.

En la carta apostólica *Porta fidei* (n. 4), Benedicto XVI dice que Juan Pablo II publicó este catecismo de adultos “con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y la belleza de la fe”. Recuerda asimismo que este catecismo, que es un “auténtico fruto del Vaticano II”, fue querido por el Sínodo extraordinario de los Obispos de 1985, como instrumento al servicio de la catequesis y que fue realizado mediante la colaboración de todo el episcopado de la Iglesia.

Los símbolos de la fe –que son como un catecismo abreviado– y la elaboración de los catecismos han constituido siempre un gran servicio a la fe. La relación entre el Año de la Fe y el Catecismo del Concilio Vaticano II era lógica y diríamos que casi obligada.

El Vaticano II fue un Concilio sin anatemas, sin condenaciones de herejías o de determinadas doctrinas. En la homilía pronunciada en la misa de la inauguración de los trabajos, Juan XXIII no propuso a la asamblea conciliar la redacción de un catecismo, pero insistió en la necesidad de que la Iglesia, en el

Concilio, se proponía sobre todo difundir positivamente la doctrina cristiana en nuestro tiempo, “mostrando la validez de su doctrina más que condenando las doctrinas falaces”.

Entre otros, existe el precedente del llamado “Catecismo Romano”, o Catecismo del Concilio de Trento, resumen de la doctrina cristiana y de la teología tradicional para uso de los sacerdotes, en especial de los párrocos, que fue redactado a petición del Concilio de Trento por una comisión presidida por San Carlos Borromeo y publicado en 1566, con la aprobación de San Pío V. Más recientemente, Pablo VI, al final del Año de la Fe, de 1967, publicó el llamado “Credo del Pueblo de Dios” (30/06/1968). En treinta breves puntos, Pablo VI, tomando como punto de partida el Credo de Nicea, añadía algunas nuevas formulaciones de acuerdo con las necesidades de nuestro tiempo.

Podemos decir que el Catecismo de la Iglesia Católica es el verdadero Catecismo del Concilio Vaticano II. Así lo propuso Juan Pablo II y así han juzgado teólogos y expertos en catequesis prestigiosos, que han subrayado el valor de esta nueva formulación de la doctrina cristiana, enriquecida con las aportaciones del último de los concilios ecuménicos.

Por ello, el Año de la Fe ha de ser también una ocasión para valorar de nuevo la formación cristiana de los adultos y para reconocer el valor de este nuevo instrumento nacido del Vaticano II y que evidencia que la Iglesia de Jesucristo ha de ser siempre una Iglesia confesante, que recibe, confiesa y anuncia la fe recibida de su Señor y Maestro.

+ Josep Àngel Saiz Meneses

<http://www.agenciasic.es/2012/10/10/los-veinte-anos-del-catecismo-de-la-iglesia-catolica/>

17. Magisterio paralelo en el periodo posconciliar

En el período posconciliar llegó a construirse un magisterio paralelo, sobre todo mediático, según el profesor Roberto Di Mattei. Pero, ¿cómo llegó a suceder eso? Di Mattei afirma que "fue una consecuencia del carácter pastoral del Concilio, que buscaba un nuevo lenguaje con el que dirigirse al mundo".

"Una vez aceptado el primado de la pastoral sobre la afirmación clara y neta de la Verdad - dice-, se llegó a la asunción de los criterios mediáticos como verdaderas y propias categorías eclesiales". "La asunción del lenguaje mediático propio del mundo obligó a someterse a sus reglas. Esto explica el papel del "paraconcilio", al que se le han querido atribuir responsabilidades que, sin embargo, brotaban del mismo acontecimiento conciliar", concluye.

<http://www.laprensa.com.ar/397308-Magisterio-paralelo.note.aspx>

18. La Iglesia dejó su vestidura dogmática y causó confusión

"En los veinte concilios ecuménicos precedentes, la forma era siempre dogmática y normativa, sin que esto excluyese la dimensión pastoral", recuerda Di Mattei, autor del libro El Concilio Vaticano II, una historia jamás contada.

Por Agustín De Beitia

Cuando el 25 de enero de 1959 Juan XXIII anunció la convocatoria de un Concilio Ecuménico aclaró que tendría un carácter pastoral, y esto lo confirmó en su discurso de apertura, el 11 de octubre de 1962, hecho del que mañana se cumplen 50 años. Para el profesor italiano Roberto Di Mattei, "se trataba de una característica sorprendente".

"En los veinte concilios ecuménicos precedentes, la forma era siempre dogmática y normativa, sin que esto excluyese la dimensión pastoral", recuerda Di Mattei, autor del libro El Concilio Vaticano II, una historia jamás contada (Lindau, Turín, 2010), en un diálogo por correo electrónico con La Prensa.

"En el Vaticano II -dice- la dimensión pastoral, accidental y secundaria por sí misma respecto de la doctrinal, se convirtió en prioritaria, provocando una revolución en el lenguaje y en la mentalidad. La Iglesia se despojó de su vestidura dogmática para ponerse un nuevo hábito pastoral y exhortativo, no obligatorio ni definitivo. Pero eso significó una transformación cultural más profunda de lo que se pueda imaginar".

Di Mattei es profesor de Historia de la Iglesia y del Cristianismo en la Universidad Europea de Roma, director de las revistas Raíces Cristianas y Nueva Historia, y colaborador del Pontificio Comité de Ciencias Históricas.

- ¿Por qué consideró que la historia del Concilio debía ser reescrita o completada?

- Porque ha llegado la hora de historiar el Vaticano II, que no es un dogma, sino un acontecimiento histórico que, a diferencia de Trento y del Vaticano I, no ha sido un concilio dogmático. De hecho el Vaticano II ha sido un concilio pastoral que no se ha propuesto elaborar nuevos dogmas, sino un lenguaje nuevo con el que hablar al mundo.

DOS MINORIAS

- Usted analizó el contexto histórico. ¿Qué corrientes de pensamiento prevalecieron en el Concilio?

- Si nos limitásemos a una historia "oficial del Concilio", basada en los resultados de las votaciones, deberíamos negar la existencia de una lucha interna en el Concilio entre facciones opuestas, visto que los documentos conciliares fueron todos aprobados por una aplastante

mayoría. En realidad, ningún Concilio conoció más tensiones y conflictos entre grupos contrapuestos que el Vaticano II. Los historiadores, sin negar esta evidencia, la circunscriben al enfrentamiento entre una "mayoría" progresista y una "minoría" conservadora, destinada a ser derrotada. En realidad, el desencuentro advino entre dos minorías que, en el año 1963, el teólogo de Lovaina Gerard Philips describía como dos "tendencias" contrapuestas de la filosofía y la teología del siglo veinte: una más preocupada por ser fiel a los enunciados tradicionales; otra más atenta a la difusión del mensaje al hombre contemporáneo. Sin embargo, la primera "tendencia" era la posición oficial del Magisterio de la Iglesia, ratificada siempre hasta el pontificado de Pío XII; la segunda era heterodoxa y había sido repetidamente censurada y condenada por el mismo Magisterio eclesiástico.

- ¿Cómo se explica el surgimiento de ese sector reformista? ¿Cuál fue su gravitación?

- Yo no lo llamaría sector reformista, sino "revolucionario", porque muchas de las ideas que se difundieron en el Concilio, si bien no todas fueron realizadas, tenían un carácter revolucionario, en cuanto contradecían abiertamente la doctrina tradicional de la Iglesia. Basta pensar en la negación del carácter monárquico de la Iglesia, luego corregida por la Nota praevia de Pablo VI en noviembre de 1964. Por lo demás, los ásperos ataques al mismo Pablo VI, cuando el 25 de julio de 1968 promulgó la Encíclica *Humanae Vitae*, tenían su raíz en las intervenciones de los Padres conciliares en el aula, como el cardenal belga Leo Jozef Suenens.

EL ARBOL Y LOS FRUTOS

- Usted separa las buenas intenciones que pudo haber tenido Juan XXIII de los resultados del Concilio.

- Para Juan XXIII la tarea principal del Concilio era la de custodiar el Magisterio de la Iglesia y enseñarlo "de la manera más eficaz". El Concilio se había convocado no para condenar errores o

formular nuevos dogmas, sino para proponer, con lenguaje adaptado a los nuevos tiempos, la perenne enseñanza de la Iglesia. Se trata de un punto central. Juan XXIII no pretendía realizar una Revolución en el interior de la Iglesia. Su temperamento era dado a un optimismo que tenía por predisposición psicológica, más que por una razón ideológica. Su idea era la "adaptación" ("aggiornamento"). Él pensaba que el Concilio se podría realizar en poco tiempo, llegando a aprobar, tal vez por aclamación, pocos documentos. En julio de 1962 recibió en audiencia a monseñor Pericle Felici, quien le presentó los esquemas conciliares revisados y aprobados. "El Concilio está hecho - exclamó con entusiasmo el papa Roncalli-, en Navidad podemos concluir". Sin embargo, el Concilio no duró tres meses, sino tres años, y los resultados fueron muy distintos a las expectativas.

- ¿Esto es producto del Concilio mismo o de la época posconciliar?

- El árbol será reconocido por sus frutos, como dice nuestro mismo Señor en el Evangelio (Mt 7, 17-20). Hoy, los monasterios son abandonados, las vocaciones religiosas se desploman, la frecuencia a la misa y a los sacramentos ha caído en picada; las librerías, las casas editoras, los periódicos y las universidades católicas definden errores a manos llenas; el catecismo ortodoxo ya no se enseña más; los párrocos e incluso los obispos se rebelan contra el Santo Padre; los fieles católicos de todo el mundo están sumidos en una confusión religiosa y moral y el mismo Benedicto XVI, durante la homilía de Pentecostés, ha hablado de la "Babel" en la que vivimos.

- ¿Son todos resultados atribuibles al Concilio?

- Si todo esto no tiene sus causas en un cierto "espíritu del Concilio", que ha invadido la Iglesia católica en los últimos cincuenta años, ¿de dónde procede? Y si estos son los malos frutos, no del Concilio, sino de su errada interpretación, ¿cuáles son los buenos frutos de la justa

interpretación del Concilio? No quiero negar la existencia de tantas cosas buenas en la Iglesia contemporánea. Más bien estoy convencido de que, con la ayuda de la Gracia, se ven ya los gérmenes de un renacer. Pero estos frutos buenos y santos ¿tienen su raíz en el espíritu del Concilio o en la Tradición, que todavía hoy continúa deslizándose por las fibras del cuerpo místico de Cristo?

<http://www.laprensa.com.ar/397306-La-Iglesia-dejo-su-vestidura-dogmatica-y-causo-confusion.note.aspx>

19. El Papa, un entusiasta decepcionado por los resultados

Del Ratzinger del Concilio al Benedicto XVI del Año de la Fe

Participó en Alemania en reflexiones sobre el divorcio y la posibilidad de que los sacerdotes se puedan casar

Redacción, 04 de octubre de 2012 a las 16:55

Pablo VI y el cardenal Ratzinger

Juan Martín Velasco: "El aniversario del Concilio es una espléndida oportunidad para la Iglesia en España"

Con la Fuerza del Espíritu de Jesús: 50 años del inicio del Concilio Vaticano II

Ratzinger objetó cinco de los siete esquemas fundamentales del Concilio

Giudizio di Mons. Lefebvre su RatzingerEl Papa celebra su 83 cumpleaños. La vida de Joseph RatzingerComienza encuentro entre el Papa y sus alumnos sobre la hermenéutica del Concilio Vaticano IIil Cardinale Ratzinger diventa Papa Ratzinger

"La fe tiene que salir de su armadura, debe enfrentarse al presente con un nuevo lenguaje, una nueva apertura", sostuvo en esa época

Joseph Ratzinger fue uno de los más jóvenes y audaciosos expertos del Concilio Vaticano II y pasó gran parte de su vida, primero como de-

fensor del dogma católico y luego como Papa, defendiéndolo y rectificando los que considero rinterpretaciones erróneas.

La decisión de convocar un "Año de la Fe", el día del 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II por el papa Juan XXIII, el 11 de octubre, marca a la vez la importancia que el Papa Benedicto XVI le da al Concilio, y la convicción de que este último no dio todos sus frutos.

Por lo tanto, según el Papa, hay que centrarse en lo esencial y dar un nuevo impulso.

El entonces joven "consultor" de 35 años, que acompañó en octubre de 1962 al cardinal Joseph Frings de Colonia al Vaticano, era un profesor de teología lleno de ideas. En esa época participó en Alemania en reflexiones sobre el divorcio y laposibilidad de que los sacerdotes se puedan casar.

Se comprometió plenamente a favor de la liturgia en lenguas vernáculas, y fue uno de los más duros críticos de la Curia y de su "actitud antimodernista".

"La fe tiene que salir de su armadura, debe enfrentarse al presente con un nuevo lenguaje, una nueva apertura", sostuvo en esa época.

Hay un "escándalo cuando bajo el pretexto de defender los derechos de Dios, defendemos sólo una determinada situación social y las posiciones de poder que se han establecido, cuando, bajo el pretexto de proteger la santidad de la fe, defendemos únicamente nuestra propia nostalgia del pasado", sostuvo más tarde, en 1966, después del Concilio.

Pero el año 1968 marcó un cambio, narrado por su amigo y colega de la época, el teólogo suizo Hans Küng: en la facultad católica de Tübingen, donde ambos enseñaban, los estudiantes interrumpían a los profesores y se burlaban de los dogmas en nombre de la revolución.

Mientras que Küng vio consecuencias positivas en esa revuelta, Ratzinger, profesor de dogmá-

tica católica, tomó entonces una posición más conservadora.

"Rebelde Joseph, Papa Ratzinger", tituló la revista alemana Der Spiegel, para poner de relieve esa contradicción.

En 1977, Joseph Ratzinger, calificó al Concilio de "sismo y, al mismo tiempo, de crisis beneficiosa".

Llamado en 1981 por el Papa Juan Pablo II para dirigir la Congregación para la Doctrina de la Fe, el cardenal Ratzinger, un teólogo puntilloso, refrenó a los teólogos de varios continentes, tentados por una interpretación revolucionaria de la Teología de la liberación y por diversas influencias freudianas y marxistas.

Benedicto XVI se construyó así una reputación de tener una mano de hierro cubierta por un guante de terciopelo, ya que el cardenal bávaro es siempre cortés.

Cuando Benedicto XVI fue electo Papa, todos los teólogos contestatarios expresaron su preocupación, a pesar de que el actual Papa sigue la misma línea conservadora que el popular Juan Pablo II.

Un importante debate divide a la Iglesia: ¿el Concilio "rompió" con el pasado o es una "renovación en la continuidad" que respeta dos mil años de tradición? Benedicto XVI apoya la segunda corriente.

Para Benedicto XVI, algunas derivas postconcilio, como el empobrecimiento de la catequesis, deben ser rectificadas.

Pero el Papa apoya los valores de libertad de conciencia, laicismo, respeto de las demás religiones y diálogo con el mundo moderno, adquiridos con el Concilio Vaticano II, diferenciándose así de los ultraconservadores lefebvristas.

<http://www.periodistadigital.com/religion/vaticano>

20. El Dios de la vida no quiere desigualdad

Medardo Gómez, Obispo de la Iglesia Luterana de El Salvador.

El Dios de la vida, que es el Dios que Jesús anunció, odia la desigualdad, porque sabe que está basada en la ambición y el desprecio de la persona humana, expresó hoy el sacerdote católico Antonio Rodríguez.

El religioso se refirió así a la nota editorial de un matutino que, bajo el argumento de que es Dios quien dispone las desigualdades, hace un planteamiento que la justifica, lo que según Rodríguez es parte de una llamada "Teología de la Resignación".

"Esta teología es la que ha permitido que los grupos de derecha, conservadores hayan dominado a las mayorías, recordemos que por mucho tiempo la iglesia estuvo de la mano con el poder económico y político", recordó.

La citada visión fue invalidada en la Iglesia católica a partir del Concilio Vaticano II y posteriormente con los documentos Episcopales de Medellín y Puebla, recordó Rodríguez, por lo que posiciones que se refugian en Dios para justificar las falencias de una sociedad en la que hay ricos, cada vez más ricos, a costa de pobres, cada vez más pobres, son rechazadas por la iglesia.

Esta posición es apoyada por el sacerdote Carlos Mauricio Ramírez, quien aseguró que las desigualdades sociales no son creadas por Dios, sino que por el hombre. "Esta no es la voluntad de Dios, no es lo que Él quiere, sino que es el mismo ser humano que provoca la pobreza, la miseria", indicó.

Rodríguez afirmó que esta fue la manera que por años se usó para mantener sometida a la gente bajo el argumento que había que soportar los sufrimientos en la tierra, porque el premio estaría en el cielo, por eso no había que protestar porque era Dios quien decidía a quien

darle la pobreza y la riqueza. “Esto es perverso”, recalcó.

“Estas son expresiones de personas que quieren mantener el sistema, su posición y su manera de actuar, pero el proyecto de Dios es que se haga justicia y que haya igualdad entre todas las personas”, expresó el obispo luterano, Medardo Gómez.

El Obispo Gómez trajo a cuenta que en países desarrollados como Noruega o Suecia, no existe la pobreza porque hay convencimiento de que todos los ciudadanos deben gozar de iguales beneficios. “Esto es posible inspirados en la Palabra de Dios que pide trabajar por la justicia, la paz y la igualdad humana”, dijo.

El Obispo luterano añadió que si alguien que se atreve a aseverar que Dios es quien permite las desigualdades para justificar un estilo de vida centrado en el egoísmo, seguramente necesita formación cristiana, pero, sobre todo, olvida que somos seres humanos iguales, que sin importar las posesiones o el estatus, morimos por igual, y en esto no hay diferencias.

A estas posiciones, se añade que la enseñanza social de la Iglesia cristiana, sea católica o evangélica, pero inspirada en las enseñanzas de Jesucristo, plantea que los seres humanos sólo somos administradores de los bienes de la creación, no sus poseedores, y por tanto, estos deben distribuirse de manera equitativa, advirtió el sacerdote católico, Mario Romero, de Nuevo Cuscatlán, La Libertad.

“Esto es lo que nos enseña Jesús en el milagro de la multiplicación de los panes, que todos pongan sus bienes en común para que nadie pase hambre y todos coman por igual”, reflexionó.

El padre Antonio recalcó que Dios no creó, ni quiere la pobreza. Rodríguez está consciente que luchar por la igualdad social no es bien visto por quienes ostentan el poder y usan argu-

mentos en los que incluyen al Creador para justificar sus posturas.

Para finalizar y recordar que no es bien aceptado trabajar por la igualdad de los seres humanos, citó al sacerdote brasileño, Helder Cámara: “Cuando alimenté a los pobres me llamaron santo; pero cuando pregunté por qué hay gente pobre me llamaron comunista”.

Presidente Funes reacciona en contra del Editorial

“Me llamó la atención leer un editorial de un reconocido medio de comunicación para información de nuestros amigos que vienen de los Estados Unidos, un periódico conservador, pero que tiene mucha influencia en el país en la generación de opinión pública”, dijo ayer el Presidente Mauricio Funes, en referencia al mencionado editorial.

“Hago referencia al editorial porque lamentablemente esa es la forma de pensar de muchos sectores en el país. Una forma de pensar en la que nosotros no creemos”, agregó el mandatario.

“Para el editorialista del El Diario de Hoy, las desigualdades sociales y económicas son divinas, no son productos de la acción o de las decisiones que toman los hombres, sino que son parte de un orden divino y al contrario deben de seguir existiendo esas desigualdades”, prosiguió el jefe de Estado.

“Vean ustedes que razonamiento. Con esta forma de ver la realidad como gobierno nos deberíamos de quedar de brazos cruzados, Chaltenango, la zona norte del país, según este editorial, por naturaleza divina es desigual al resto del país y por lo tanto, había que haberlo dejado viviendo en el aislamiento”, recriminó el Presidente Funes.

“Bajo esa concepción se gobernó en el pasado, de que había que enfocar la acción del estado en aquellas zonas en aquellos grupos poblacionales que tenían la posibilidad divina de crecer

y desarrollarse más, para que estos grupos una vez concentraran la riqueza generaran bienestar social”, criticó Funes.

“Esa concepción ya no puede seguir existiendo en nuestro país. El Estado, a través del gobierno central, interviene para corregir esas desigualdades; el Estado le da apoyo a los más vulnerables porque son los que más necesitan la intervención del Estado. Esos grupos vulnerables son los niños y las niñas; los jóvenes, especialmente los jóvenes que viven en zonas de alto riesgo; las mujeres particularmente las madres solteras; los adultos mayores de 70 años, que todos aquellos que dedicaron su vida a trabajar pero lo hicieron en el sector informal de la economía, no tienen derecho a una pensión; los discapacitados, las comunidades y pueblos indígenas. Esos son los grupos poblacionales que requieren la atención del gobierno”, finalizó el mandatario.

<http://www.diariocolatino.com/es/20121010/portada/108522/El-Dios-de-la-vida-no-quiere-desigualdad.htm#.UHXeCmy3sw4.facebook>

21. Hans Küng: "Juan XXIII deseaba reformas, pero cedió demasiadas veces"

Küng cree que un Concilio Vaticano III podría mover mucho, tan sólo porque los obispos de todo el mundo se reunirían de nuevo y podrían ver cuántos de ellos desean una modernización de la Iglesia

Obispos valientes, un papa abierto a las reformas y la disposición a un diálogo abierto: cuando el teólogo suizo Hans Küng llega a Roma en 1962 para participar en el Concilio Vaticano II, se muestra fascinado por el espíritu abierto de los pastores de la Iglesia católica.

"Los obispos deseosos de reformas se dieron cuenta de repente de que hay otros que piensan igual que ellos. Era asombroso el cambio que eso suponía", recuerda Küng, de hoy 84 años, en conversación con la agencia dpa en la ciudad alemana de Tubinga.

Sin embargo, rápidamente se desató una lucha de poder entre los obispos de las Iglesias locales que pedían cambios y los representantes conservadores de la curia romana, afirma Küng. Eso acabó por paralizar el concilio, indica.

Küng, quien tenía 34 años al comienzo de la gran asamblea de más de 2,000 obispos, participó en el conflicto como asesor del entonces obispo de Rotemburgo, Joseph Leiprecht. En sus escritos, ya antes del concilio, Küng abogó por cambios sustanciales en la Iglesia católica, tales como la abolición del celibato para los sacerdotes y una reforma de la curia romana, exigencias que generaron un fuerte rechazo.

"Por ello estaba muy escéptico cuando viajaba en mi Volkswagen rumbo a Roma. Y tampoco me hacía mucha gracia tener que pasar semanas con mi uniforme, mi talar", afirma Küng, señalando que por ello le resultó impresionante ver a obispos oponerse abiertamente a la política conservadora de la curia vaticana.

Pero la lucha de poder entre los reformistas y los continuistas se decantó pronto a favor de los conservadores. "Esta minoría tenía el aparato en las manos", explica Küng. En su opinión, el papa Juan XXIII estaba abierto a las reformas, pero no logró imponerse frente a sus colaboradores en la curia.

"Cedió demasiadas veces", lamenta el teólogo, catedrático de la universidad de Tubinga y quien a través de su Fundación Ética Mundial aboga por una relación pacífica entre las naciones y las religiones.

El entonces joven profesor no tuvo ocasión de hablar en el concilio, lo que estaba reservado a los obispos. "Pero nosotros, los teólogos conciliares, escribíamos los discursos de los obispos. El idioma del concilio era el latín, pero la mayoría de los obispos no lo hablaban bien. Así, ganamos una influencia considerable".

Entre 1962 y 1965, los participantes del concilio se reunieron cuatro veces durante varias sema-

nas. Al final, se consiguió mucho, se muestra convencido Küng. Como ejemplos cita la introducción de la misa en idiomas nacionales, el análisis crítico de la Biblia y la apertura a otras religiones.

"Era de repente una Iglesia completamente diferente a la de antes del concilio", afirma. Muy a pesar de fuerzas conservadoras en la Iglesia que desde entonces intentan revisar las decisiones del concilio, opina Küng, para quien Juan Pablo II y su sucesor Benedicto XVI son "papas restauradores".

Küng cree que un Concilio Vaticano III podría mover mucho, tan sólo porque los obispos de todo el mundo se reunirían de nuevo y podrían ver cuántos de ellos desean una modernización de la Iglesia. "Pero tan sólo por ese motivo el papa no convocará ningún concilio en un futuro previsible", teme el teólogo. <http://www.periodistadigital.com/religion/mundo/2012/10/11/hans-kung-juan-xxiii-deseaba-reformas-pero-cedio-demasiadas-veces-religion-iglesia-concilio-razinger.shtml>

22. Requiem por un concilio importante: José Ignacio Gonzalez Faus

- ¡Qué bonita es la primavera!

-Pero dura poco...Este diálogo de "El séptimo sello" de Ingmar Bergman reverdece hoy, 11 de octubre, a los cincuenta años del comienzo del Vaticano II y su fugaz primavera.

Un florecer preparado por años de estudio lento, en los llamados movimientos bíblico, patristico y litúrgico, más la adopción de filosofías distintas de la aristotélica (hegeliana y heideggeriana sobre todo), como instrumental filosófico para la reflexión sobre la fe, por el relieve dado a la historia y a la experiencia personal.

Veamos rápidamente las enseñanzas fundamentales de aquel Concilio.

1.- Lo que llamamos "revelación" no es un puñado de verdades inconexas sino una donación

o comunicación personal de Dios. Por eso hay una jerarquía en las verdades reveladas, que deben formar todas entre si un conjunto orgánico.

2.- La Iglesia no es una sociedad de desiguales sino una comunidad de iguales. Debe llamarse pueblo, pero pueblo "de Dios", reflejando así la comunión igualitaria que define al Dios "Unitrino" según la fe cristiana. La palabra comunión es una de las más frecuentes en los textos conciliares sobre la Iglesia.

3.- La autoridad eclesiástica no está por encima de la Palabra de Dios, sino para servir y obedecer a esa Palabra.

4.- La Iglesia no es la curia romana ni la llamada "jerarquía" sino ese pueblo de Dios: los laicos. La misión que define a la Iglesia (el apostolado) forma parte de la tarea del laicado. Los laicos no existen para que "la iglesia" (entendida ahora como jerarquía) tenga algún campo sobre el que ejercer su poder sagrado.

5.- Precisamente por eso, la Iglesia no es un "poder sobrenatural" superior a este mundo, sino una "señal eficaz" de esa comunión plena a la que también el mundo aspira. Ni pretende a ser escuchada apelando a una autoridad divina exterior a ella, sino por lo que ella misma significa.

6.- La Iglesia quiere actuar en la historia como colaboradora íntima de todo el género humano: sabiendo que no tiene respuesta para todo y que ha aprendido y puede aprender mucho de la historia humana (creyente o increyente). Pero también que tiene algo muy importante y decisivo que aportar a la humanidad.

7.- La liturgia como alma de la Iglesia ha de ser, por eso, más participativa y más asequible para el pueblo de Dios.

8.- Los derechos humanos no son una pretensión orgullosa contraria a los derechos de Dios, sino la forma como Dios quiere que se realicen sus derechos divinos.

9.- En su servicio al mundo la Iglesia sabe que éste aspira también a una comunión plena e igualitaria. Ello significa limitaciones importantes tanto en la concepción de la autoridad como en el llamado derecho de propiedad.

10.- Precisamente por eso, la libertad religiosa es verdad fundamental para el cristianismo: porque Dios quiere de los hombres la bondad; y no puede haber bondad si no brota de la libertad.

No todo es ahí perfecto. Faltan dos puntos importantes: que la Iglesia es "Iglesia de los pobres", y la necesidad de una profunda reforma de la curia romana, que la asamblea conciliar se cansó de reclamar en vano.

Pero, sin ser perfecto, era una prometedora aurora, abortada por el último punto evocado: la curia romana se negó a reformarse. La pelea, fraterna y tácita, que atravesó todo el concilio entre el episcopado universal y la curia, se resolvió a favor de ésta: "los obispos se irán, la curia se queda" había dicho un monseñor cuando los debates conciliares iban desmontando, sistemática y respetuosamente, todo lo preparado por la curia.

Para esta infidelidad manifiesta sirvieron de excusa los años inmediatos al Concilio: las aguas tanto tiempo reprimidas se desbordaron por las brechas abiertas, rompiendo a veces la presa y provocando una breve inundación de descontrol. La sabiduría bíblica y la fe en el Espíritu Santo habrían reclamado de la autoridad eclesial un poco de calma: esperar que las aguas volvieran a sus cauces y acelerar la puesta en acto de las enseñanzas conciliares.

En vez de eso se culpó al Vaticano II de aquel desconcierto; el nuevo Código de Derecho Canónico enterró la colegialidad (concreción práctica de la comunión antes citada); y las reformas conciliares que habían comenzado a ponerse en marcha quedaron desleídas en meros retoques de fachada de eficacia dudosa (caso del sínodo de obispos, por ejemplo).

Cincuenta años después, el resultado es la profunda crisis actual de la Iglesia, principalmente en Europa, porque el Concilio había sido todavía demasiado eurocéntrico. "Si oís Su voz, no endurezcáis el corazón" rezaba el salmista, desobedecido en los cincuenta años siguientes.

Hacia 1969 comenzaron a oírse voces que denunciaban el peligro de una infidelidad o un "invierno eclesial" y una "marcha hacia el gueto" (K. Rahner). Y este mismo 2012 aparece un volumen- antología de textos de todo el mundo (desde 1969 a 2006), que avisaban sobre el rumbo anticonciliar que iba tomando la Iglesia oficial y los peligros que esto podía suponer.

El libro ("Clamor contra el gueto") lleva un apéndice redactado por los editores: "Crónica de una crisis anunciada". Es todo cuanto se podía decir.

Ojalá pues volvamos a oír Su voz y no endurezcamos el corazón...

<http://www.periodistadigital.com/religion/opinion/2012/10/11/requiem-por-un-concilio-importante-iglesia-religion-papa-obispo-sacerdote-vaticano-ii-curia.shtml>

23. "La Iglesia ha perdido el paso en el acompañamiento de los cambios culturales": Andrés Torres Queiruga

Invitado a disertar sobre "Teología y nuevos paradigmas", el profesor Dr. Andrés Torres Queiruga, de la Universidad de Santiago de Compostela, inició su conferencia ayer por la mañana, en el Congreso Continental de Teología, avisando al público que abordaría como tema: la Teología y la Iglesia después del Concilio Vaticano II.

El conferencista dividió su exposición en tres puntos: "la orientación objetiva del Concilio; los grandes temas de la teología postconciliar; y el futuro, las tareas y las esperanzas". Para Queiruga, el Vaticano II tiene una importancia trascendental, cambio de época, que sólo puede

percibirse en una perspectiva largo alcance en la historia.

Para muchas personas, el foco del Vaticano II está la Constitución *Gaudium et Spes*, destacó el ponente. Luego lamentó que la Iglesia haya "perdido paso" en el acompañamiento de los cambios culturales. "Nos damos cuenta que la Iglesia se coloca contra la cultura, demostrando una inercia institucional, la tendencia a ver las cultura desde el poder, una oposición a la modernidad, la democracia y la libertad".

Sin embargo, destacó, no era la Iglesia toda que tomaba esta posición. "Había personas que pensaban diferente. A pesar del enfriamiento del Vaticano II, había personas que trataban de renovar el debate".

Felizmente, continúa "la teología no se resignó, pero tenía que esconderse un poco. En esta situación, nace la teología positiva, como una forma alternativa a la teología oficial, abstracta y escolástica".

Luego, en los años 1950, el Papa Pío XII había frenado esa corriente [de la teología positiva]. "Todo lo que estamos diciendo hoy, en este evento, sería imposible en la época de Pío XII".

En la visión de Queiruga, el Espíritu continúa soplando en la Iglesia y eso es esperanzador.

Y agrega, a pesar de que algunos de los protagonistas del Concilio no pudieron acompañar el proceso posterior, no pudieron ir más allá en sus esfuerzos renovadores. El Vaticano II, "Fue el único concilio que no se propuso definir dogmáticamente nada". El expositor continuó, presentando al público la siguiente pregunta: "¿Habría sido el Concilio la causa de todos los males de la iglesia actual?".

Para Andrés Torres, la modernidad ha colocado a la teología ante una realidad radical. "Este es un legado que la reflexión teológica no puede ignorar", afirma.

Al abordar las grandes cuestiones del Concilio Vaticano II, Queiruga recordó el problema de

mal en la humanidad, así como también el reto de la distribución de los alimentos en el mundo. "El Concilio nos dio la autonomía de las realidades terrenas, que son finitas y nos muestran que el mal es inevitable. Dios podría no haber creado el mundo, pero lo creó y en él aparece el mal. Dios nos convoca a la lucha contra el mal. Él necesita nuestras manos para acabar con el mal. Dios no está en el hambre, ni en la enfermedad; El está en los hambrientos y enfermos. Debemos reflexionar en esto", afirmó.

Fue entonces que el teólogo destacó que la Teología de la Liberación se atrevió a decir: "bienaventurados los pobres". Y argumentó su afirmación: A pesar de todo, Dios está dentro de la Iglesia. No debemos quedar desesperados, sino tener confianza en que unidos tenemos fuerza. El mundo continuará avanzando, porque Dios está con nosotros".

Así expresando esperanza, termino su exposición.

En el tercer día del congreso, las grandes expectativas de las y los participantes en el congreso se cumplieron con las ponencias y las reflexiones de los teólogos: Víctor Codina, Andrés Torres Queiruga, Pablo Richard, Luis Carlos Susin, Eduardo Hoornaert, y la videoconferencia tan esperada de Gustavo Gutiérrez.

Las iglesias en el continente 50 años después del Vaticano II-cuestiones pendientes, fue la conferencia del teólogo Víctor Codina, quien fue preciso, sistemático y propositivo en su planteamiento altamente aplaudido. Codina, presento un esquema importante para analizar la novedad del Vaticano II en América Latina, donde la centralidad está en la eclesiología, la cual ha sido releído desde abajo, desde los pobres. Codina, resaltó aspectos de la eclesiología como núcleos simbólicos.

En esta gran ponencia el teólogo Víctor Codina, recordó de manara enfática la creatividad y relectura con la que AL fue receptora del Vaticano II. Primeramente mencionó esta recepción, no

como simple obediencia, sino desde un aporte y un juicio crítico. Exaltó a las iglesias locales como sujetos activos, las cuales impiden esta recepción desde un esquema piramidal, jerárquico y patriarcal, sino desde un desarrollo novedoso, es decir, las relecturas desde abajo, desde los pobres, desde el reverso de la historia, y también desde el martirio. Sin esta recepción no se hubiera recibido a Medellín y Aparecida, enfatizó en su ponencia.

El Dr. Codina, menciona también la importancia de *Gaudium et spes*, como documento con mejor recepción por su invitación a responder a los signos de los tiempos, signos de la presencia del Espíritu Santo. Con el Vaticano II se da pie a que los obispos en Medellín descubran el grito de los pobres, donde todo lo que tiene que ver con Cristo tiene que ver con los pobres, acentuó el teólogo.

La participación de Codina, concluyo entre otros planteamientos con las respuestas a las preguntas del público entre estas: ¿Qué pensaría de un Vaticano III? Respondió: Sería mejor un Jerusalén II con todas las iglesias cristiana.

En un homenaje a Comblin, la mesa de ponentes resaltó la vida y especialmente los grandes aportes teológicos hechos por Comblin a la iglesia liberadora y a la reflexión teológica.

Para terminar el día la video-conferencia de Gustavo Gutiérrez aportó una gran reflexión sobre el proceso y la recepción de Vaticano II, pero lo que más gustó a la asamblea fue la sencillez y disponibilidad con que abordó el tema. <http://www.periodistadigital.com/religion/america/2012/10/11/congreso-teologia-iglesia-religion-papa-concilio-obispos-vaticano-queiruga.shtml>

24. Cuarenta años de "Jesucristo Liberador"

Entre los días 7 y 10 de octubre se está realizando en São Leopoldo en el Instituto Humanidades de la Unisinos (universidad jesuita en Rio

Grande do Sul), la celebración de los 40 años del surgimiento de la Teología de la Liberación.

Allá se encuentran los principales representantes Latinoamericanos de esta teología, destacando, su primer formulador, el peruano Gustavo Gutiérrez. Curiosamente durante el mismo año 1971, sin que uno supiese de los otros, tanto Gutiérrez (Perú), como Hugo Assman (Bolivia), Juan Luis Segundo (Uruguay) y yo (Brasil), lanzábamos nuestros escritos, tenidos como fundadores de este tipo de teología. ¿No sería la irrupción del Espíritu que soplabla en nuestro Continente signado por tantas opresiones?

Yo, para burlar los órganos de control y represión de los militares, publicaba cada mes del año 1971 un artículo en una revista para religiosas 'Sponsa Christi' (Esposa de Cristo) con el título: Jesucristo Liberador.

En marzo de 1972 reuní los artículos y arriesgué su publicación en forma de libro. Tuve que esconderme durante dos semanas, pues la policía política me buscaba. Las palabras "liberación" y "libertador" habían sido desterradas del lenguaje colectivo y no podían usarse públicamente. Costó mucho trabajo al abogado de la Editora Vozes, quien fuera soldado de las fuerzas brasileñas que combatieron en Italia al nazifascismo, poder convencer a los agentes represivos del régimen, que mi obra, era un libro de teología, con muchos rodapiés y citas de autores alemanes, que no amenazaba al Estado de Seguridad Nacional.

<http://www.periodistadigital.com/religion/opinion/2012/10/11/cuarenta-anos-de-jesucristo-liberador-religion-iglesia-leonardo-boff.shtml>

25. La Teología de la Liberación lucha contra la pobreza y busca la dignidad entre las personas

La "Teología latinoamericana y teología europea: interpelaciones mutuas". Este fue el tema de la Conferencia pronunciada por el profesor. Andrés Torres Queiruga, de la Universidad de

Santiago de Compostela, en el anfiteatro Padre Werner, durante el cuarto día del Congreso Continental de Teología, celebrada en Unisinos, con la participación de más de 700 personas.

Según el profesor, cada vez más la sociedad vive en el marco una cultura global. "Los medios de comunicación, libros etc. están produciendo un contexto cada vez más universal. En este sentido, manifestó que es necesario construir una teología integral", evalúa al precisar que "tenemos que darnos cuenta que una teología será auténtica cuando todo el cuerpo eclesial sea auténtico".

Para Torres Queiruga, toda la sociedad tiene el derecho de hacer teología. "Y sólo habrá una teología cristiana cuando esta sea de a toda la comunidad", explica. Según el profesor, deberíamos pensar en énfasis, en maneras específicas de tratar de vivir la teología que todos queremos hacer. "En este sentido, una teología, como la europea o la latinoamericana, pueden ayudarse mutuamente".

"Jon Sobrino", continúa, "decía que debemos ver la teología como más pensada con la revolución social, o sea, desde la realización de todo aquello que es nuestra fe y actitud de Iglesia. Nuestra fe puede caracterizar una teología más empeñada y más comprometida en asumir los desafíos de la modernidad.

Teología de la Liberación

La Teología de la Liberación, según Queiruga se preocupó por los pobres, "pero no sólo a nivel económico, también, por la realización de la vida humana, principalmente atendiendo a los que más sufren". Para él, hay dos absolutos: Dios y el hambre. Y es verdad que si hay hambre, esto se convertirá para la persona en una necesidad humana ineludible. "Es como decir: en primer lugar vivir, después filosofar".

Según el conferencista, la Teología de la Liberación marcó en la historia, que no se puede hacer teología sin ver que al lado, hay pobres y

personas sufriendo. "Creo que todos nosotros sentimos un peso en la conciencia al ver la pobreza. Pero, la mayoría de nosotros no es capaz de grandes heroísmos. La contribución de la Teología de la Liberación fue mostrarnos esto", afirmó.

"Si miramos lo que el Concilio Vaticano II intentó hacer, que fue poner la Iglesia al día, veremos que realmente se alcanzó. Y fue la TL, que acogió la praxis de la fe; que vio que una fe sin obras es una fe muerta", puntualiza. Y añade: "La Teología de la Liberación lucha contra la pobreza y busca una mayor dignidad entre las personas. Es una aventura en el ámbito histórico, no se apagará jamás en la historia. Y este es su mayor mérito".

El Cambio

Para Queiruga, la Iglesia debe comenzar desde abajo. "Hacer una lectura popular de la Biblia, que movilice a las personas", continúa. Y dice: "este mismo hecho de comenzar desde abajo, de motivar a las personas a participar en la vida social, hace a la religión más cercana. Esto podemos percibirlo desde Europa".

El texto completo está en:

www.unisinos.br/eventos/congresso-de-teologia/pt/o-congresso/noticias/217-a-teologia-da-libertacao-luta-contr-a-pobreza-e-busca-a-dignidade-entre-as-pressoas

26. Del Concilio Vaticano II a la Nueva Evangelización, por Eugenio Nasarre en Páginas Digital

He vuelto a leer, cincuenta años después, el discurso con el que el Papa Juan XXIII abrió el Concilio Vaticano II en la solemne ceremonia de su inauguración. Lo he leído con un punto de emoción, pues pertenezco a una generación que, en cuanto cristianos, ha estado profundamente marcada por el Concilio que vivimos de jóvenes. Nuestra andadura -la de quienes desde dentro hemos seguido las vicisitudes de la Iglesia y de su presencia en el mundo en este medio siglo,

pero también, aunque de otra manera, la de quienes, alejándose de ella, tomaron otros derroteros vitales- no podría entenderse cabalmente sin la huella que dejó en nosotros el Concilio.

Todavía recuerdo las imágenes, en aquellas incipientes televisiones en blanco y negro, de la basílica de San Pedro convertida en aula conciliar, en la que se congregaban los dos mil quinientos prelados venidos de casi todo el mundo, porque todavía -persistía la guerra fría- había regímenes que aplastaban la libertad religiosa. El musicólogo Federico Sopeña comentaba, en una crónica que leída hoy resulta deliciosa, la estética musical de la ceremonia religiosa. En la historia de la Iglesia el arte ha acompañado siempre a la buena liturgia.

Juan XXIII expresó en su discurso el aliento con que el ponía en marcha el Concilio. Me quedo con tres de sus planteamientos. El primero, casi al comienzo de su alocución, es el severo enjuiciamiento de los “profetas de calamidades”, “que se comportan como si nada hubieran aprendido de la historia”, que les conduce a una visión de simple condena y rechazo de los tiempos en los que les ha tocado vivir. Cincuenta años después me atrevo a decir que los “profetas de calamidades” no deben ser nuestra guía; nos equivocáramos si lo fueran, aunque el realismo cristiano nos debe hacer estar con los pies en la tierra y saber escrutar los signos de nuestros tiempos.

El segundo, cuando señala que “el supremo interés del Concilio es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz”, para añadir que “constituye una riqueza abierta a todos los hombres de buena voluntad”. Conservar ese depósito “sin atenuaciones ni deformaciones” - recalca- y ofrecerlo y hacerlo comprender como riqueza humanizadora a los hombres de buena voluntad es la tarea que proponía el buen Papa Juan y que enlaza perfectamente, es la médula, de lo que ahora venimos llamando “nueva

evangelización”. La clave de esta actitud es que el cristiano, alejado de los “profetas de calamidades”, sea capaz de convencerse él mismo que la propuesta cristiana es una “riqueza” para el mundo y así entablar un diálogo de apertura y oferta, a la manera en la que lo hizo el Maestro, con los demás hombres de nuestro tiempo.

El tercero de los planteamientos es el que se refiere a la actitud ante los errores y las “doctrinas falaces”. Juan XXIII reconoce que estamos rodeados de ellos: el siglo XX no fue parco en elaborarlas y lograr la fascinación de muchas gentes hacia ellas. Pero nos formula una indicación. Lo dice así: “la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más bien que renovando condenas”. Hay en este planteamiento un razonable optimismo: la fuerza persuasiva de la verdad, capaz de abrirse paso por los frutos buenos que produce y que el ser humano acaba de desvelar.

A partir de hoy no estaría mal que nos propusiéramos una lectura de los textos conciliares cincuenta años después, con la perspectiva de las vicisitudes vividas por la Iglesia y el mundo en este medio siglo. ¿No sería enriquecedora? ¿No nos proporcionaría claves de reflexión, a la luz de esta triple perspectiva, que me he permitido subrayar en el discurso de Juan XXIII aquel 11 de octubre de 1962?

<http://www.revistaeclesia.com/del-concilio-vaticano-ii-a-la-nueva-evangelizacion-por-eugenio-nasarre-en-paginas-digital-11-10-2012/>

27. La Iglesia que buscó renovarse

Con la puesta en marcha del “Año de la Fe”, la Iglesia Católica Romana conmemora los 50 años del inicio del Concilio Ecuménico Vaticano II, el 11 de octubre de 1962. Mientras esto sucede en Roma, en Sao Leopoldo (cerca de Porto Alegre, Brasil) durante esta semana se celebra, en

la universidad Unisinos (de los jesuitas), un congreso continental de teología con la participación de obispos e importantes teólogos latinoamericanos que también recuerdan el Concilio desde una perspectiva más próxima a la llamada “teología de la liberación”. En el Vaticano todo girará en torno de la figura del papa Benedicto XVI, el mismo Joseph Ratzinger que, como máxima autoridad de la Congregación para la Doctrina de la Fe (ex Santo Oficio), durante el pontificado de Juan Pablo II ordenó silencio al teólogo brasileño Leonardo Boff precisamente porque la Iglesia no aceptó muchas de sus interpretaciones del Concilio. Ahora Boff está en Sao Leopoldo entre los principales expositores del congreso latinoamericano, pero ya no es sacerdote de la Iglesia Católica. Ambos son parte de las dos caras de la misma Iglesia Católica dividida y en crisis a pesar del intento renovador que Juan XXIII inició en 1962 y que luego fue continuado por el papa Pablo VI.

El Concilio, una suerte de asamblea de los obispos de todo el mundo destinada a debatir sobre la situación de la Iglesia y su relación con la sociedad, fue la gran decisión de Juan XXIII (Angelo Roncalli, 1881-1963), el llamado “Papa bueno”, quien tomó la iniciativa de convocar esa instancia buscando “abrir la ventanas para que entraran nuevos aires” a una Iglesia divorciada de la sociedad. Si bien para América latina el Concilio significó una fuerte impronta de renovación —la teología de la liberación puede leerse como un emergente de ello—, los sectores más avanzados señalan hoy que gran parte de las reformas fueron frenadas por los grupos conservadores derrotados en primera instancia en la propia asamblea ecuménica de los obispos.

“Los años pasan, pero la fuerza del Concilio Vaticano II permanece con su carga de deseo de que el Evangelio de Cristo llegue al mundo entero”, dijo ahora el obispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, al anunciar la celebración del “Año de la Fe”. Para gran parte de los católicos,

el Concilio es el hecho institucional más importante del catolicismo contemporáneo y la puerta que abrió expectativas para grandes cambios en la Iglesia. Hoy las opiniones se encuentran enfrentadas. Si bien desde diferentes posiciones se coincide en que el Vaticano II fue un impulso de gran magnitud para la vida eclesial católica, los puntos de vista están divididos entre quienes siguen reivindicando el acontecimiento como una bisagra en la vida institucional y quienes señalan que las reformas que entonces se propusieron quedaron en formulaciones que no llegaron a concretarse y que en no mucho tiempo fueron abortadas por las mentalidades conservadoras que siguen controlando la institución eclesial católica.

En un mensaje radial difundido pocos días antes de iniciarse el Concilio, Juan XXIII decía que “frente a los países subdesarrollados, es decir, frente a la pobreza en el mundo, la Iglesia es y quiere ser una realidad germinal y un proyecto, la Iglesia de todos y, particularmente, la Iglesia de los pobres”.

Aggiornamento (actualización) fue la palabra clave que atravesó los tres años de preparación del acontecimiento eclesial clausurado el 8 de diciembre de 1965 y del que participaron 2450 personas provenientes de todo el mundo, en su inmensa mayoría cardenales y obispos, a quienes se sumaron algunos sacerdotes, religiosos y un puñado de laicos e invitados de otras confesiones religiosas.

A la vista de los cambios en el mundo tras la posguerra y del surgimiento de nuevas corrientes políticas y sociales que poco después tendrían manifestaciones como el “Mayo Francés” (1968), con la realización del Concilio, Juan XXIII alentaba la búsqueda de una reconciliación de la Iglesia con la modernidad y, al mismo tiempo, esclarecer la autonomía entre la Iglesia y los Estados a los que había servido de amparo y patrocinio desde Constantino. Por eso la convocatoria del papa Roncalli fue al “diálogo de la Iglesia con sus fieles, con los hermanos todavía no

unidos visiblemente y con el mundo contemporáneo". El objetivo fue un cambio de paradigma: pasar de una Iglesia que se miraba a sí misma a una Iglesia dispuesta a mirar a la sociedad y abierta a hacerse preguntas a partir de la realidad de las personas. Eran perspectivas que el mismo Papa había adelantado en sus encíclicas *Mater et Magistra* (1961) y *Pacem in terris* (1963). Juan XXIII no pudo ver culminado su propósito. Murió en 1963 antes de que terminara el Concilio, pero su sucesor Pablo VI (Giovanni Montini) tomó la posta y fue un firme impulsor de la iniciativa.

Los intelectuales de la Iglesia aseguran que el Concilio "cambió la forma de hacer teología" (entendida como la reflexión cristiana sobre la práctica) porque reconoció la autonomía de la cultura, de las ciencias humanas y sociales respecto de la religión y, al mismo tiempo, dio libertad para investigar, pensar y expresarse en términos teológicos. También porque el pensamiento teológico dejó de ser exclusividad del ministerio ordenado (sacerdotes y obispos) y se les reconoció a todos los fieles la posibilidad de reflexionar teológicamente.

A ello se sumó la libertad política de los fieles en relación con el pensamiento institucional eclesial, y el reconocimiento de la diversidad y la pluralidad política con la única condición de garantizar "el bien común".

En lo interno, pero a la vista de todos, el Concilio impulsó cambios significativos en la liturgia, la incorporación de las lenguas locales en las celebraciones, la introducción de cantos y gestos más cercanos a la gente.

Pero lo más importante fue introducir la llamada "centralidad de los pobres" en el discurso y, pretendidamente, en la práctica de la Iglesia. Uno de los documentos más importantes del Concilio, *Gaudium et spes* (Gozo y esperanza), comienza afirmando que "los gozos y las esperanzas de este mundo, sobre todo de los más pobres, son los gozos y las esperanzas de los

discípulos de Cristo". Y en el mismo documento se invita a toda la Iglesia a leer "los signos de los tiempos", entendiendo por ello las manifestaciones de la historia que interpelan a los cristianos y a la Iglesia.

Los obispos del Tercer Mundo, en particular los latinoamericanos, tuvieron especial incidencia en afirmar esta perspectiva. Lograron plasmar muchas de estas miradas en los documentos, pero no por esto consiguieron derrotar a los conservadores que, a la muerte de Pablo VI y con la llegada de Juan Pablo II al pontificado (1978), encontrarían un fiel aliado para desandar el camino.

Cincuenta años después del inicio del Vaticano II, la Iglesia se encuentra en crisis por múltiples factores y dividida respecto del aporte del Concilio. Mientras alienta la conmemoración del acontecimiento, el papa Benedicto XVI reafirma el rumbo restaurador ya iniciado por su antecesor Juan Pablo II y que tuvo en el mismo Ratzinger a uno de sus principales ejecutores. Para unos el Vaticano II fue el intento más serio de reformar la Iglesia y ponerla a la altura de los desafíos del mundo moderno. Para otros, los más conservadores, ha sido y sigue siendo una hecatombe institucional.

Lo cierto es que, a la hora del balance, la institucionalidad católica sigue sin resolver su diálogo con la sociedad porque no logra construir mediaciones concretas en cuestiones tales como la moral sexual y familiar, los problemas derivados de la pedofilia de muchos de sus miembros y el celibato sacerdotal. Pero a ello agrega la falta de respuestas sobre temas de género y participación de la mujer en la Iglesia, la ecología y la multiculturalidad, la aceptación de la diversidad en el reconocimiento de sociedades plurales que ya no quieren ni necesitan de la tutela religiosa.

En lo interno la importancia del laicado es más una frase que una realidad y la colegialidad episcopal en la toma de decisiones se diluye a

manos de un centralismo vaticano cada vez más acentuado.

Medio siglo después del Concilio del aggiornamento, la involución eclesial católica está en marcha. Lo asumen los propios teólogos e intelectuales católicos. El alemán K. Rahner habla de "invierno eclesial"; el brasileño J. B. Libanio, de "la vuelta a la gran disciplina"; el italiano G. Zizola, de "restauración eclesial", y el español J. González Faus, de "la noche oscura" de la Iglesia.

Pero probablemente los problemas y las dificultades hoy van más allá de la interpretación del Concilio e incluso trascienden la institucionalidad católica. Seguramente tienen que ver con los grandes interrogantes que se plantean a todas las religiones para dar respuestas a los desafíos de la actualidad.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/3-205335-2012-10-11.html>

28. A 50 años de la gran reforma: reclaman más cambios a la Iglesia

ROMA.- ¿Revolución o reforma? ¿Ruptura o continuidad? El 11 de octubre de 1962, hace 50 años, tuvo su inicio el Concilio Ecuménico Vaticano II, evento histórico que significó un antes y un después para la Iglesia Católica.

Inspiración de Juan XXIII, un papa anciano que debía ser de transición, pero que con su intuición terminó sacudiendo a la Iglesia Católica, el concilio fue anunciado por el "papa bueno" ante un grupo de cardenales que se quedaron boquiabiertos el 25 de enero de 1959. Pero arrancó el 11 de octubre de 1962, cuando unos 3000 obispos de todo el mundo -2090 de Europa y del continente americano, 408 de Asia, 351 de África y 74 de Oceanía-, atravesaron la Plaza de San Pedro en una procesión solemne hacia la Basílica de San Pedro, sede de los trabajos. Muerto el "papa bueno" en junio de 1963, fue su sucesor, Pablo VI, quien condujo el Concilio hasta su fin, el 8 de diciembre de 1965.

Evento histórico que desató tensiones y que aún suscita fuertes discusiones sobre su interpretación -¿provocó una ruptura, una reforma o fue el origen de la crisis del catolicismo de las últimas décadas?-, el Concilio Vaticano II marcó la apertura de la Iglesia Católica al mundo moderno, en su intento de aggiornarse al hombre contemporáneo, para salir de un encierro casi medieval.

Campo de batalla entre tradicionalistas y progresistas hace 50 años -y aún hoy-, el Concilio produjo cambios revolucionarios. El más importante, el de la liturgia: antes de él, la misa era en latín y el sacerdote la celebraba de espaldas a los fieles.

Pero fueron muchas otras las reformas: antes del Concilio la Biblia era un objeto desconocido para gran parte de los fieles, pocos tenían un ejemplar en su casa o se sentían capaces de leerla. Los que no eran católicos y las otras religiones eran vistos con desconfianza y sospecha. Antes del Concilio había menos diálogo entre el clero y los fieles, y ni el Tercer Mundo ni los pobres estaban en el centro de atención de la Iglesia.

A partir del Concilio, que inyectó gran esperanza, hubo fuertes avances. No sólo en la renovación de la liturgia -que también derivó en abusos-, sino también en el diálogo tanto ecuménico (con las otras iglesias cristianas), como interreligioso y especialmente con los judíos, antes definidos "pérfidos". La nueva relación con los marginados del mundo -impulsada en el Concilio por el obispo brasileño Helder Cámara- dio lugar en América latina al movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo y a la después castigada Teología de la Liberación.

Los vientos de cambio que comenzaron a soplar con el Concilio Vaticano II también dieron lugar en 1996 al cisma de los ultratradicionalistas lefebvrianos, que nunca digirieron cuatro puntos centrales de aquél: la nueva liturgia, el diálogo

con las otras religiones, el ecumenismo y la libertad religiosa.

Tal como recordó ayer en la audiencia general de los miércoles, como joven teólogo, asistente del arzobispo de Colonia Joseph Frings, Joseph Ratzinger fue testigo del Concilio Vaticano II, que definió como "un gran evento eclesial, cuyos documentos siguen siendo una brújula para nuestro tiempo". Entonces, cuando vivió una "experiencia única" y fue testigo de "una Iglesia viva, esperanzada y alegre", el futuro papa alemán se encontraba entre los peritos progresistas alemanes. No por nada en una entrevista de 1977 Ratzinger dijo que el Concilio fue "un terremoto y al mismo tiempo una crisis saludable". Décadas más tarde, como papa de clara línea conservadora, habló de otra forma. En su primer discurso a la Curia para los saludos navideños de 2005 -y al cumplirse el 40° aniversario del fin del Concilio-, Benedicto XVI admitió que en gran parte de la Iglesia fue "difícil" la recepción de este evento. "Todo depende de la justa interpretación del Concilio o, como diríamos hoy, de su justa hermenéutica, de su justa llave de lectura y de su aplicación", dijo. Y explicó que los problemas comenzaron desde el momento en que dos hermenéuticas contrarias -la "de la discontinuidad y la ruptura" y la "de la reforma, de la renovación en continuidad"- se enfrentaron.

Más allá de las interpretaciones, vastos sectores de la Iglesia Católica sienten que aún deben cosecharse los frutos sembrados en el Concilio Vaticano II.

"Como la Iglesia oficial se hizo resistente al espíritu del Vaticano II, muchos católicos encontraron una manera para trabajar desde la Iglesia siendo fieles al cambio que ellos pensaban que era lo que el Vaticano II pretendía: una Iglesia colegiada y democrática; pluralismo y diálogo dentro de la Iglesia; igualdad de género y aceptación de diversas orientaciones sexuales; la ordenación de las mujeres y de personas casadas para el servicio del pueblo de Dios y no

para propiciar un nuevo clericalismo; la separación de la religión y el Estado", dijo Vittorio Bellavite, del movimiento católico progresista Somos Iglesia.

Decepcionado ante la falta de reformas, un movimiento de sacerdotes austríaco lanzó en 2006 un llamado a la desobediencia -denominado "Pfarrer initiative "-, que reclama, entre otras cosas, el sacerdocio femenino, la comunión a los divorciados vueltos a casar, la abolición de la obligación del celibato y la apertura de los laicos. El movimiento rebelde se ha expandido también en Alemania, creando gran preocupación en Roma.

Nadie tampoco olvida que en octubre de 1999, durante el Sínodo de Obispos para Europa, el recientemente fallecido cardenal Carlo Maria Martini -ícono del ala progresista de la Iglesia- creó gran revuelo al manifestar la necesidad de un nuevo concilio. ¿Temas a tratar? La falta de sacerdotes ordenados, el papel de la mujer, la sexualidad, la disciplina del matrimonio y la praxis de la penitencia.

Antes de morir, a fines de agosto, Martini volvió a expresar la misma urgencia. "La Iglesia se ha quedado atrasada unos 200 años", clamó el intelectual jesuita en su última entrevista. "Las preguntas sobre la sexualidad y sobre todos los temas que involucran el cuerpo son un ejemplo. Debemos preguntarnos si la gente aún escucha los consejos de la Iglesia en materia sexual. ¿La Iglesia es todavía en este campo una autoridad de referencia o sólo una caricatura de los medios?", dijo. Y precisó: "Nunca hablé de un Vaticano III, sino de un nuevo Concilio que cada veinte años pueda discutir, analizar y deliberar sobre algunos temas concretos y no omnibus rebus (sobre todas las cosas) como el Vaticano II". <http://www.lanacion.com.ar/1516167-a-50-anos-de-la-gran-reforma-reclaman-mas-cambios-a-la-iglesia>

29. **A medio siglo del Concilio que le cambió la cara a la Iglesia**

Fue considerado una revolución cultural que “aggiornò” la doctrina católica

Los católicos celebran hoy el 50 aniversario del Concilio Vaticano II, el evento eclesial que revolucionó a la Iglesia Católica y la encaminó hacia el tercer milenio.

Medio siglo después, son muchos los que piensan que la riqueza de los documentos emanados entre 1962 y 1965 todavía no ha sido asimilada. El mismo papa Benedicto XVI, que participó en el concilio, dijo ayer que los textos hay que volver a leerlos, pero liberándoles de “una masa de publicaciones que muchas veces en vez de permitir que se conozcan los han escondido”.

El Vaticano II, uno de los eventos que marcaron el siglo XX, fue un concilio ecuménico que superó todas las expectativas, ya que rompió con cuatro siglos de Iglesia tridentina y cambió sus relaciones con la sociedad y con las otras religiones.

Nadie esperaba que Juan XXIII, que tenía 77 años cuando en 1958 fue elegido papa y a quien muchos le consideraban de transición, convocase un evento de tal envergadura para enfrentarse a las muchas tendencias que agitaban a la Iglesia, que vivía en una sociedad marcada por la Guerra Fría y dividida por el Telón de Acero.

Sin embargo, Angelo Roncalli, ese papa bonachón con aspecto de cura de pueblo, sorprendió al mundo sólo tres meses más tarde de ser elegido. Era el 25 de enero de 1959 cuando en la basílica romana de San Pablo Extramuros convocó al Vaticano II.

Lo convocó 90 años después de que se celebrase bajo el pontificado de Pío IX el Vaticano I, que tuvo que clausurarse de manera anticipada debido al clima de guerra que vivía Roma en aquellos años.

El Vaticano I proclamó la autenticidad de la doctrina católica y la infalibilidad del Papa, por lo que muchos pensaron, dada esa infalibilidad, que no había razón para un nuevo concilio.

Ayer, Benedicto XVI recordó que en anteriores concilios se trataron errores de fe, para corregirlos o condenarlos, pero que el Vaticano II lo convocó Juan XXIII sin que hubieran específicos problemas de doctrina o disciplina de clarificar. De ahí, señaló, la sorpresa que causó el anuncio.

El papa Roncalli creía que había que renovar la Iglesia, ponerla al día en su lenguaje, ritos y rezos y en sus relaciones con la sociedad y otras culturas y religiones. La palabra en uso en aquellos días romanos era “aggiornare”, es decir, poner al día.

“Juan XXIII lo convocó -dijo Benedicto XVI- porque estaba convencido de que la fe tenía que hablar de una manera renovada”.

Era el 11 de octubre de 1962 y duró hasta el 8 de diciembre de 1965. La apertura fue solemne, en la basílica de San Pedro y con la presencia de 2.540 obispos de todo el mundo. Juan XXIII no pudo clausurarlo porque murió el 3 de junio de 1963, enfermo de cáncer, y le tocó a su sucesor, Pablo VI.

<http://www.eldia.com.ar/edis/20121011/a-medio-siglo-del-concilio-le-cambio-cara-iglesia-informaciongeneral0.htm>

30. **Gustavo Gutiérrez: "Hoy la mejor respuesta teológica que podemos dar a es la solidaridad con los pobres"**

En el cuarto día del Congreso Continental de Teología de la Liberación, realizándose en la Universidad jesuita Unisinos, de San Leopoldo, Brasil, acontecieron las participaciones magistrales de otros tantos exponentes de la teología de la liberación, entre los que contamos a Leonardo Boff y Luis Carlos Susín, así como del teólogo vietnamita radicado en Estados Unidos Pe-

ter C. Phan y del reconocido teólogo español Andrés Torres Queiruga.

Para estos momentos, las y los participantes se sienten desbordados por tantas reflexiones y experiencias vertidas en este inédito encuentro, no sólo por la titánica síntesis de pasado y presente de la Teología de la Liberación (TL) que las conferencias magistrales han ofrecido, sino por su multiplicada de rostros, nuevos enfoques, nuevas preguntas y horizontes compartidos en un sinnúmero de talleres y paneles abiertos realizados de manera simultánea por las tardes de cada uno de los días del congreso: teología, economía y política; lectura popular de la Biblia, teología y sujetos emergentes, teología del buen vivir, espiritualidades liberadoras, teología y género, diálogo ecuménico e interreligioso, interculturalidad, teología de la liberación y posmodernidad, migración, mujeres, teología afro-americana; fueron algunos de los tantos temas abordados.

Las conferencias del día hicieron eco a los planteamientos del teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, cuya vigencia y lucidez de pensamiento volvió a hacerse patente la noche anterior, en el siempre repleto anfiteatro P. Werner, sede de las principales conferencias del Congreso.

Este año Gustavo se encuentra Estados Unidos impartiendo teología en la Universidad de Notre Dame, y por razones de salud no pudo viajar a Brasil para encontrarse con sus amigos y contemporáneos teólogos de la liberación, pero ello no impidió a la asamblea mostrarle su afecto y recibirlo con un prolongado aplauso al inicio de su intervención por video conferencia desde su departamento en Indiana.

"Nosotros queremos decir que existimos" fueron algunas de las primeras palabras del considerado padre de la teología de la liberación, refiriendo a la voz de los pueblos oprimidos del continente y cuya irrupción en la historia durante las dictaduras militares latinoamericanas de la década de los sesenta, motivó el compromiso

de muchos cristianos con los procesos humanizadores y liberadores, los hizo atentos a la dimensión social y política del mundo de los pobres y a reconocer mejor las causas de la pobreza.

También provocó el nacimiento de un histórico proceso eclesial, que partió de la afirmación de la iglesia de los pobres por parte

de Juan XIII en el anuncio del Concilio Vaticano II y se concretó en la teología de la liberación, de cuyo transcurrir Gutiérrez hizo un análisis general.

Afirmó que en América Latina se dio la primera y más completa aplicación del Concilio Vaticano II por parte de las iglesias, sobre todo a partir de la segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano de Medellín en 1968.

La pobreza, reiteró el ahora fraile dominico, no es una desgracia, es una injusticia, es resultado de manos humanas y por consiguiente esas manos pueden terminar esa situación humana y antievangélica. Llamó a no ignorar las causas de la pobreza, a veces calladas, escondidas, pero que siguen siendo causa de la marginación de tantas personas en nuestro continente, haciéndolas insignificantes, no-personas. También enfatizó que injusticia y sufrimiento están enteramente vinculados, y no podemos dejar de lado este sufrimiento y las pobrezas ocultas.

Habló sobre el reto de hablar del Dios de la vida en una realidad marcada por la muerte, afirmando que esta pregunta supera nuestra capacidad de respuesta, que es una cuestión en

la que no hay respuesta. Habló en cambio de la espiritualidad como una manera de vivir y de la pobreza como algo más que un elemento puesto en lo social, como aquello que afirma la inferioridad humana de otras personas, matándolas, e invitó a las y los cristianos a ser testigos de la resurrección mediante la afirmación de la vida y contra la pobreza causada por una forma de muerte que llamamos pecado.

Dijo que la teología de la liberación siempre ha sido colectiva, nunca una labor personal, y que en ella el aporte de los teólogos protestantes ha sido fundamental, por lo que es también ecuménica. También planteó importantes retos para esta teología, diciendo que hoy la mejor respuesta teológica que podemos dar a es la solidaridad con el mundo de los pobres, que un criterio importante para saber si estamos cerca de Dios es si estamos cerca de los pobres, no como algo ocasional, de fin de semana, sino de manera permanente.

Habló, en este sentido, de tres grandes desafíos para el cristiano y cristiana: atender la fe, alimentar su vivencia de la fe y luchar contra la pobreza. Abordó el tema del diálogo con la modernidad, que ha globalizado el pecado y creando dos mundos, y resaltó el aporte esperanzador de las religiones para construir en la humanidad una nueva conciencia ecológica y global.

Al término de su intervención Gustavo Gutiérrez se dio aún la oportunidad de intercambiar con la asamblea, en la voz de algunos de sus amigos teólogos como Leonardo Boff y Lucio Gera, con quienes habló de la tierra, recordó a José Comblin y Ronaldo Muñoz, habló del importante papel de los jóvenes y las mujeres para la teología de la liberación.

Desde estos ejes, temas, preocupaciones colocadas la noche del 9 de octubre, el día siguiente fue inaugurado por la esperada participación de Leonardo Boff, quien habló de la tierra como la gran pobre y explotada, violentada, y llamó a una nueva conciencia global que incluya el respeto de la humanidad y el respeto de la naturaleza, enfatizando que nos encontramos en un momento de crisis global que ponen en peligro al planeta entero y que esta vez no habrá un arca de Noé para salvarnos, porque ella es nuestra pachamama.

A media jornada, en conferencia de prensa, él, Jon Sobrino y la teóloga colombiana Socorro Vi-

vas respondieron a preguntas de diversos medios internacionales que cubren el evento y dijeron con firmeza que no es la vigencia de teología de la liberación la que importa, que nunca han hablado o dado cursos sobre ella, sino lo que sigue siendo urgente y está en el centro de sus preocupaciones es la opción por lo pobres (y ahora de la naturaleza) contra la pobreza y la explotación.

Socorro Vivas, por su parte, hizo una crítica profunda a las lógicas patriarcales aún presentes en la iglesia católica y en la misma teología de la liberación y de la invisibilización de la teología hecha por las mujeres.

El día culminó con la conferencia de Andrés Torres Queiruga en torno a las interpelaciones mutuas entre la teología latinoamericana y la teología europea, en la que afirmó que sólo hay dos absolutos en este mundo: Dios y el hambre, y por lo tanto no podemos hacer teología si no nos preocupamos por la pobreza; esta intuición teológica latinoamericana es la que ha dado otra posibilidad de reflexión a otras teologías, como la europea. Dijo que uno de los mayores méritos de la teología de la liberación ha sido su contante puesta al día como una teología que lucha por la dignidad de las personas: eso es realmente hacer teología, enfatizó el ponente.

En otros aportes enfatizó que la espiritualidad que ha creado la teología de la liberación es una espiritualidad que se hace realidad, encarnándose en las realidades. Este es un estilo propio de la teología de la liberación, así como el poner en pie eclesial a todo el pueblo. Dijo además que la reflexión sobre el cuidado de la tierra madre es una teología que ha revitalizado la TL.

Torres Queiruga, dijo que la TL ha obligado a la teología a no olvidar a los pobres, como una necesidad de la Iglesias. La pobreza, como tema central de la TL, fecunda a la teología europea como a otras teologías. Estamos en un mundo, continuó, donde todo lo que sucede a nivel físico, empírico es causado por el mundo, por la

humanidad. Es decir, la autonomía de lo que pasa en el mundo debe ser respetada. Y la Teología de la Liberación se basa en esto y debe responder a los procesos de secularización. Por lo tanto el intervencionismo divino se ha acabado. Dios, impulsa a que la persona haga todo lo posible para sanar las necesidades, y si no lo hacemos Él no lo hará, apuntó el teólogo español.

Finalmente, sobre el tema de la pachamama, dijo que sacralizar la tierra no es ponerla como Dios. Allí se manifiesta, pero la tierra no es una diosa-dios, afirmó, en contra de lo que han afirmado otros teólogos como Leonardo Boff y el mexicano Eleazar López, importante exponente de las teologías indígenas. Dios ha creado todo en vista a alcanzar la creación de la humanidad, por lo tanto la creación culmina en la humanidad y no se puede poner a Dios y la naturaleza al mismo nivel, remató Torres Queiruga.

Finalmente explicó que la humanidad es la única capaz de trascenderse a sí misma, y mirar a Dios cara a cara y desde allí mirar a la pachamama. Ver a todas las cosas transparentando a Dios es válido. Los derechos los tienen las personas, no la tierra o cuidar los derechos de la tierra tendría que ser pensando desde lo humano. La culminación de la evolución concluye en la persona humana, terminó.

El Congreso va llegando así a su culminación aún con muchas expectativas futuras. Consecuentes con su propio método, las y los participantes de este importante encuentro que ha causado el malestar de los sectores conservadores de la jerarquía católica, no han eludido la autocrítica y se han permitido poner al descubierto sus propias limitaciones, señalar sus errores históricos, siendo tal vez el más evocado, el de la exclusión de las mujeres en la misma teología de la liberación, habiendo tenido sólo dos participaciones magistrales en el Congreso.

Por ello, en la segunda de ellas, a cargo de la mexicana y doctora en teología Marilú Rojas, se hizo un reconocimiento público a todas las mujeres teólogas presentes en el congreso, quienes de pie recibieron un aplauso de la asamblea.

Se espera que la conclusión de los trabajos, en el día y hora en que hace cincuenta años se inauguraba el Concilio Ecuménico Vaticano II, sea asimismo la apertura de una renovada etapa para las teologías de la liberación presentes en el continente latinoamericano y caribeño

La intervención de Queiruga

"Teología latinoamericana y teología europea: interpelaciones mutuas". Este fue el tema de la Conferencia pronunciada por el profesor. Andrés Torres Queiruga, de la Universidad de Santiago de Compostela, en el anfiteatro Padre Werner, durante el cuarto día del Congreso Continental de Teología, celebrada en Unisinos, con la participación de más de 700 personas.

Según el profesor, cada vez más la sociedad vive en el marco una cultura global. "Los medios de comunicación, libros etc. están produciendo un contexto cada vez más universal. En este sentido, manifestó que es necesario construir una teología integral", evalúa al precisar que "tenemos que darnos cuenta que una teología será auténtica cuando todo el cuerpo eclesial sea auténtico".

Para Torres Queiruga, toda la sociedad tiene el derecho de hacer teología. "Y sólo habrá una teología cristiana cuando esta sea de a toda la comunidad", explica. Según el profesor, deberíamos pensar en énfasis, en maneras específicas de tratar de vivir la teología que todos queremos hacer. "En este sentido, una teología, como la europea o la latinoamericana, pueden ayudarse mutuamente".

"Jon Sobrino", continúa, "decía que debemos ver la teología como más pensada con la revolución social, o sea, desde la realización de todo

aquello que es nuestra fe y actitud de Iglesia. Nuestra fe puede caracterizar una teología más empeñada y más comprometida en asumir los desafíos de la modernidad.

Teología de la Liberación

La Teología de la Liberación, según Queiruga se preocupó por los pobres, "pero no sólo a nivel económico, también, por la realización de la vida humana, principalmente atendiendo a los que más sufren". Para él, hay dos absolutos: Dios y el hambre. Y es verdad que si hay hambre, esto se convertirá para la persona en una necesidad humana ineludible. "Es como decir: en primer lugar vivir, después filosofar".

Según el conferencista, la Teología de la Liberación marcó en la historia, que no se puede hacer teología sin ver que al lado, hay pobres y personas sufriendo. "Creo que todos nosotros sentimos un peso en la conciencia al ver la pobreza. Pero, la mayoría de nosotros no es capaz de grandes heroísmos. La contribución de la Teología de la Liberación fue mostrarnos esto", afirmó.

"Si miramos lo que el Concilio Vaticano II intentó hacer, que fue poner la Iglesia al día, veremos que realmente se alcanzó. Y fue la TL, que acogió la praxis de la fe; que vio que una fe sin obras es una fe muerta", puntualiza. Y añade: "La Teología de la Liberación lucha contra la pobreza y busca una mayor dignidad entre las personas. Es una aventura en el ámbito histórico, no se apagará jamás en la historia. Y este es su mayor mérito".

El Cambio

Para Queiruga, la Iglesia debe comenzar desde abajo. "Hacer una lectura popular de la Biblia, que movilice a las personas", continúa. Y dice: "este mismo hecho de comenzar desde abajo, de motivar a las personas a participar en la vida social, hace a la religión más cercana. Esto podemos percibirlo desde Europa".

<http://www.periodistadigital.com/religion/america/2012/10/12/el-congreso-continental-de-teologia-reafirma-la-vigencia-de-la-opcion-preferencial-por-los-pobres-iglesia-religion-teologia-liberacion-boff-queiruga-gutierrez.shtml>

31. José Luis Martín Descalzo: "La primavera ha venido"

El Concilio Vaticano I concluyó con una impresionante tempestad. El Vaticano II ha tenido como prólogo un, al parecer, inacabable aguacero. Toda la tarde de ayer -después de unos deliciosos días otoñales- el cielo de Roma se vio oscurecido por una lluvia cerrada y espesa. Como si la Providencia tratase de encadenar este Concilio con el precedente.

-Si sigue así, mañana la lluvia deslucirá el cortejo de la plaza- comenta alguien.

-¡Bah!- responden a mi lado-; esto lo arregla Juan XXIII con rezar diez minutos.

Yo no sé si el Papa rezaría o no por este asunto. Lo cierto es que esta mañana, al abrir mi ventana, a las siete, el suelo estaba aún húmedo, de lluvia reciente; pero ya en el cielo un sol tibio luchaba con la blanda neblina mañanera.

Media hora después todas las calles adyacentes a San Pedro vomitaban caravanas de peregrinos. Y, entre ellos, andando, en coche, con blancos roquetes, con rojos capisayos, con simples sotanas y los ornamentos bajo el brazo, obispos, cardenales, patriarcas, mujerucas, chiquillos, embajadores, se encaminaban hacia la basílica.

Ante mí se cruzan las sandalias de unas Hermanitas de Foucauld y la resplandeciente púrpura del cardenal Quiroga, un chavaleta arrastrado por su madre y una vieja periodista americana, a la que empujan en un carrito de ruedas. Hay en todos los ojos una centelleante alegría, en la que se mezclan el gozo de asistir a un inolvidable acontecimiento sobrenatural con la prisa de conseguir un buen puesto en la basílica.

Cuando nuestros carnets de Prensa nos abren paso hacia el interior, quienes deberán quedarse en la plaza nos miran con envidia. Falta una hora para la ceremonia y hay ante la basílica unas cien mil personas.

El interior de San Pedro era un prodigio de luz y de color. ¿Excesivo? Sí, un poco excesivo; pero no íbamos sólo a celebrar una liturgia, sino también una fiesta. Un algo de decorado teatral le iba casi bien.

En el Aula Conciliar algunos monseñores revisaban los últimos detalles. Los miembros de las 85 misiones iban llegando con sus bandas nacionales, con sus entorchados levemente fuera de sitio. Y, ante la tribuna de las embajadas, los 28 observadores, en los que se posan todos los ojos en este momento. ¿Qué pensarán estos hombres ahora? ¿Qué sentirán ante este prodigioso espectáculo de unidad? ¿Sabrán adivinar, tras el esplendor de los cortinajes, la sencillez del Pescador, la de todos los verdaderos católicos?

A través de un pequeño transistor intentamos seguir la ceremonia que está celebrándose en estos momentos, en la Capilla Sixtina. Apenas lo conseguimos. La basílica está materialmente cubierta de cables eléctricos y telefónicos que convierten en ruido las emisiones de Radio Vaticana. Logramos al fin oír el "Ave Maris Stella", con el que comienza la ceremonia. Son las ocho y treinta y cinco. Bajo la invocación de María, la esposa del carpintero, comienza la más solemne aventura del siglo. Buena estrella del mar va a conducirnos.

Un río de mitras blancas ha comenzado a entrar en la basílica. Una procesión de un kilómetro de largo, semejante a un desfile de blandos en el mar. Vistas desde la cúpula nos darían, después, una impresión de antorchas oscilantes.

Y al fin -son las nueve y media- el Papa llega en la silla gestatoria. Todos lo hemos visto: entró llorando. Sus hermosos ojos alegres brillaban

hoy más que nunca entre las lágrimas de la felicidad.

Toda la basílica se puso entonces en pie. Un cardenal pidió los prismáticos a su secretario y los dirigió hacia la figura del Papa. A cuatro de los observadores les pudo la curiosidad, abandonaron su sitio y se precipitaron materialmente hacia el centro para ver la llegada del Papa. Y los inflexibles guardias suizos, quizá por primera vez, rompieron la ceremonia dejándoles pasar.

Los obispos dudaban si aplaudir al pasar el Papa ante ellos; alguno lo hacía como con miedo a faltar el respeto a la mitra que tenía entre las manos. Los prelados se miraban un poco indecisos unos a otros, como sin saber qué hacer. "A la hora de la verdad, en esto de los Concilios somos todos novatos", me decía ayer uno. Cientos de fotógrafos improvisados disparaban sus máquinas. Y los profesionales, con sus teleobjetivos, largos como cañones, apuntaban sin cesar hacia todos lados como si de un momento a otro se les fuera a terminar el Concilio.

Luego volvió la calma a la basílica y comenzó la más solemne misa que recuerde la Historia. Sólo la presencia personal de Jesús hizo más soberanamente importante la del primer Jueves Santo. ¿O quizá era simplemente la misma ceremonia que se prolongaba veinte siglos después? Sí, esto era lo más hermoso que allí estaba sucediendo. No el esplendor, no el número, ni las luces, ni los colores.

Uno sentía que lo importante de la ceremonia a la que estaba asistiendo era el calor que nos unía a todos, los unos a los otros, los vivos con los muertos, subiendo a lo largo de la historia de los veinte Concilios hasta llegar al día en que Jesús envió a sus apóstoles a predicar.

Uno sentía allí, viva como nunca, la alegría de ser hijo de la Iglesia. Y veía a esta Madre, más hermosa que nunca, adornada, no con oro, ni colgaduras, ni tapices, sino con las cuatro joyas únicas de su unidad, de su santidad, de su cato-

licidad, de su empalme directo con los apóstoles.

La procesión de los obispos, el rezo unánime del Credo cantaban la unidad de la Iglesia; todos hermanados en una misma fe, en una inalterable devoción hacia el Romano Pontífice, hacia el anciano que, bajo el baldaquino, reía entre lágrimas. ¿Qué pensarían, al contemplar esto, los 28 observadores? ¿No cruzaría por su corazón la más viva nostalgia de la unidad perdida? ¿Qué sintieron en el momento en que Juan XXIII se detuvo ante ellos e, inclinándose, les saludó con los brazos abiertos, con el corazón mucho más abierto que los brazos?

Allí estaba la Iglesia santa. A lo largo de la misa observé tenaz, curiosa, inquisitorialmente casi, los rostros de los obispos. Eran hombres que sabían orar, os lo aseguro. Pero oraban sin tensión, sin posturas falsamente ascéticas, naturales, humildes. Una santidad feliz, tanto que, cuando durante el rezo de las letanías los nombres de los santos recorrieron la basílica, subieron a lo largo de los muros, lamiendo las estatuas de los santos fundadores, uno no sentía división entre la Iglesia militante que nosotros formamos y la Iglesia triunfante que ellos constituyen. Eran ambas dos Iglesias triunfantes, una, que ya descansa en el triunfo definitivo, y otra que, día a día, construye el humilde triunfo de Dios sobre la tierra.

Allí estaba también la Iglesia católica, la que no distingue de razas, de naciones, de colores, de pueblos, de edades, de modos de ser ni de pensar. Durante el desfile íbamos reconociendo a las figuras más egregias o conocidas del Episcopado: "Aquel es el obispo de Hiroshima". "Aquel es el de Argel." "Aquél, el de Nueva Orleans, que hace poco condenó a los racistas." "Aquel es monseñor Mendoza, el obispo peruano, benjamín del Concilio con sus treinta y cuatro años," "Aquél, monseñor Carinci, que el 9 de noviembre cumplirá los cien años."

Allí estaban todos, jóvenes muchos, nacidos más de la mitad en nuestro siglo, con una larga ancianidad los otros; con muchos años de episcopado bastantes, dos nombrados hace tan sólo cuatro días. Todos allí: los cercanos obispos de la Curia romana, y el lejanísimo de Nueva Zelanda que recorrió miles de kilómetros con el cuerpo, pero que no precisó traer su corazón, que siempre estuvo junto al de Pedro.

Allí estaba la Iglesia apostólica. En el lugar de honor de la basílica, la estatua de bronce del apóstol-piedra, coronada con la triple corona y el anillo del Pescador enfilado en el dedo. Allí su pie, gastado por el beso de los católicos desde hace ocho siglos, unidos, empalmados todos a los viejos apóstoles, a los doce pescadores que un día abandonaron las redes y comenzaron la locura de predicar las bienaventuranzas por el mundo y que han tenido desde entonces millones y millones de hijos locos en la fe. Allí las tumbas de los Papas contemplarían con gozo esta Iglesia por la que ellos lucharon, mas esplendorosa, más crecida que nunca, en la figura de los 2.488 preladados que asistieron a la apertura esta mañana.

Sí, uno sentía, como nunca ha sentido, la alegría de ser católico, la felicidad, jamás merecida, de haber sido llamado a esta casa de todos que es Roma.

Y en verdad que nunca ha sido Roma tan casa de todos como hoy, a las once y cinco de la mañana, mientras los cardenales, obispos, abades y patriarcas prestaban la obediencia a Juan XXIII. ¿Pero acaso era aquello una ceremonia de "obediencia"? El Papa los abrazaba a todos, les daba palmaditas en el hombro, les hablaba uno a uno, les contaba quién sabe qué cosas divertidas, veíamos brillar los blancos dientes de monseñor Rugamwa entre la risa, y las lágrimas resbalando por las mejillas del cardenal Wyszynski, lágrimas alegres, como las que disimuladamente se secó por segunda vez el Papa. ¿Y esto es la "obediencia" entre los católicos? ¿No hay ninguna solemnísima, seria, adusta inclina-

ción? No, nada de eso, hasta el beso a los pies se hacía gesto casero, graciosamente filial ante la humanidad impresionante del hombre que Dios ha puesto al frente de su Iglesia.

Comenzaron después las letanías. Durante ellas dí una vuelta por las naves laterales de la basílica. En uno de los rincones había un gentilhombré que parecía una estampa arrancada del siglo XVI, con su vestido barroco, con su gorguera blanca. No se creía visto por nadie. Rezaba. Allí, lejos de la solemnidad, del colorido de la nave central, en una pequeña capilla arrinconada, un cristiano rezaba simplemente. En él sentí representados a los miles y millones de cristianos que habrán vivido esta mañana "su" concilio desde "su" rincón. Las monjas de clausura, los misioneros que en Africa sueñan aún con conocer la televisión, el labrador que esta mañana ha tenido que salir a arar los campos.

He salido después a la plaza.

Son ya más de las doce y hay aún unas 50.000 personas que esperan la salida de los Padres. El cielo está abierto, clarísimo, en uno de estos días otoñales que justamente han hecho famosos los octubres romanos cuando el sol es alegre y todas las cosas toman "un color de hoja seca".

La Oficina de Prensa está llena de periodistas que no han podido entrar en la basílica y siguen por televisión la ceremonia. Muchos de ellos - los que escriben para periódicos de la tarde- la ven ante la máquina de escribir, redactando sus crónicas al mismo ritmo que los acontecimientos se producen. Al fondo suenan los telex, comunicando ya con todas las redacciones del mundo. Hay un periodista a quien oigo redactando su crónica para Ginebra por teléfono. Otros hojean el discurso del Papa, que acaban de entregarles ya traducido, antes incluso de que el Papa lo pronuncie, con el compromiso de honor de no transmitirlo a sus periódicos hasta que no haya sido pronunciado.

Con el discurso en una mano y un pequeño transistor en la otra, me alejo de la basílica y me interno en las calles de Roma. El centro de la ciudad sigue su vida cotidiana. Los comercios abiertos, la gente sentada a las puertas de los bares. "Los romanos -dicen- ya lo han visto todo." Y son muchos los hijos de la Iglesia que aún no han descubierto lo que está sucediendo.

Oigo las palabras del Papa sobre este trasfondo de autobuses, de hombres precipitados que van a sus negocios, pasando ante un bar desde el que atruena la última canción de moda. Y pienso que nunca he comprendido mejor la necesidad de este Concilio. Una inyección de fe es necesaria. Sonríe al ver a una viejecilla que vende lotería en un rincón y que está escuchando, como yo, el discurso desde su transistor. "¿Usted no va a San Pedro, reverendo? -me pregunta- Yo -añade- ya hubiera querido ir, pero... hay que ganar para comer."

Vuelvo a encaminarme hacia San Pedro, ahora más feliz. Quizá muchos de los que están lejos tienen el corazón más cerca de lo que pensamos. Y el discurso del Papa me va calando dentro. Estoy casi pálido de alegría de las cosas maravillosos que oigo. Sí, esto habrá que releerlo despacio, minuciosamente. Porque no es un discurso de cumplido, es todo el programa para un mundo distinto, un siglo en el que el mundo y la Iglesia no volverán a ser enemigos. Habrá que releerlo, reestudiarlo, saborearlo, sí.

Y heme aquí ya de nuevo en la basílica, justo a tiempo de recibir la última bendición del Papa. Es la una y veinte de mediodía. El Papa, traza sobre el mundo su bendición, y luego sus manos hacen un gesto curiosísimo: las echa hacia adelante, como si tratase de empujar su bendición para que llegara más lejos.

Después se aleja sobre la silla gestatoria, bendiciendo aún más, íntegramente feliz, con los ojos luminosos, sin lágrimas ahora.

El Concilio ha empezado. Releo ahora la preciosa oración que San Isidoro de Sevilla escribió

para los Concilios de Toledo y que esta mañana ha rezado el Papa como apertura de este Vaticano II: "Hémos aquí, Señor, Espíritu de Santidad, cargados bajo el peso del pecado, pero reunidos en vuestro nombre. Venid y quedaos entre nosotros. Purificad nuestros corazones; inspirad nuestros actos y nuestra conducta; mostradnos lo que debemos hacer para, con vuestra ayuda, hacer en todo lo que vos queráis. No permitáis que faltemos a la justicia, vos que sois la misma equidad. Que la ignorancia no nos haga errar, ni la simpatía nos desvíe. Que ni el interés ni el favoritismo nos conduzcan al mal. Atanos con la eficacia de tu Gracia para que en nada nos apartemos de la verdad".

Dios no podrá menos de escuchar esta humilde oración que toda la Iglesia ha levantado a El hace unas horas. Su Evangelio, como único guía, ha sido el centro de esta asamblea, colocado en un hermoso trono, más solemne, más central que el del mismo Pontífice. Porque el Evangelio dará al mundo la luz que el mundo necesita ahora que la Iglesia se dispone a mirarse en él como en un espejo. "Se dice que el mundo envejece -decía hace unas fechas el Papa-. No es verdad en absoluto, no envejece. Cristo lo rejuvenece todos las mañanas."

Así es como un once de octubre de 1962, en medio del otoño, para la Iglesia nació una nueva e inesperada primavera. El sol que brilla en las alturas en el momento de escribir estas líneas, el hermoso cielo romano que ha recogido por vez primera bajo su cúpula a 2.500 obispos de todo el mundo, son testigos: la primavera ha venido. La nave del Concilio ha comenzado a bogar.

<http://www.periodistadigital.com/religion/vaticano/2012/10/13/jose-luis-martin-descalzo-la-primavera-ha-venido-iglesia-religion-papa-obispos-juan-xxiii-concilio-vaticano.shtml>

32. "Algunos piensan que en la Iglesia Católica hay una contra reforma en marcha"

En diálogo con LT10, Fortunato Malimaci, sociólogo especializado en historia del catolicismo, expresó que "los ecos del Concilio Vaticano II resuenan por las memorias y las lecturas que se hacen. Es muy importante recordarlo a pesar que cada uno recuerda solo algunas partes del mismo. Algunos olvidan algunas partes del Concilio Vaticano II y otros prefieren no hablar porque consideran que en aquel momento hubo demasiada apertura. Algunos consideran que fue una apertura que fracasó y otros que hubo muchos excesos".

Consultado sobre si la Iglesia Católica debería profundizar sus reformas, Fortunato Malimaci sostuvo que "las instituciones deben reformarse para perseverar. El problema es en qué líneas se reforman y hacia donde van. Algunos hablan que en la Iglesia Católica hay una contra reforma".

En este sentido, el sociólogo especializado en historia del catolicismo manifestó que "algunos consideraron que la apertura del Vaticano II disolvió la autoridad, la identidad y la pertenencia. Muchos compararon el Vaticano II con lo que luego ocurrió en los países socialistas que terminaron implosionando. Continúa la discusión sobre si la Iglesia Católica tiene que estar del lado de los poderosos o de las víctimas, los perseguidos y los humildes. Algunos quieren volver a tener más autoridad, no darle espacio a las mujeres y detenerse solo en los temas sexuales. Todos somos consientes que tanta represión sexual llevó a los abusos a menores en manos de los religiosos".

Consultado sobre el impacto que tuvo el concilio Vaticano II en la Iglesia Argentina, Fortunato Malimaci explicó que "el Vaticano II tenía por objetivo darle una respuesta a la modernidad capitalista liberal en Europa. Seis años después, en América Latina, en Medellín, se reunieron

los obispos que habían participado y cambiaron el eje. La idea de los obispos latinoamericanos fue hablar de los pobres y denunciar las injusticias sociales. Allí nacieron los curas del Tercer Mundo. En Santa Fe, ustedes tiene a José Serra que fue protagonista de aquellos años”.

Finalmente, el sociólogo especializado en historia del catolicismo remarcó que “tener en cuenta la memoria del Concilio Vaticano II y a los sacerdotes del Tercer mundo es central para todos aquellos que quien tener un catolicismo que acompañe a la democracia y sea liberador y quebrador de culpas”.

<http://www.lt10digital.com.ar/noticia/idnot/156478/algunospiensanqueenlaiglesiaticoliahayunacontrareformaenmarcha.html>

33. Papa: "Aggiornamento no significa ruptura con la tradición"

(VIS).-El Santo Padre recibió esta mañana a los obispos que participaron en el Concilio Ecu­mé­nico Vaticano II y a los presidentes de las conferencias episcopales presentes en el Sínodo sobre la Nueva Evangelización. Hace 50 años ya eran obispos. Todos ellos obispos muy jóvenes que participaron en el Concilio Vaticano II.

Benedicto XVI se reunió con ellos y recordó la emoción y las inquietudes que entonces vivieron en Roma. El cardenal Arinze fue el encargado de dirigir unas palabras al Papa en nombre de los 69 padres conciliares que aún viven.

Benedicto XVI recordó a todos aquellos que por enfermedad o por su avanzada edad no pudieron acudir a Roma a celebrar el 50 aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II.

El Papa, que tomó parte en el Vaticano II como perito conciliar, dijo a los Padres venidos a Roma: "Son tantos los recuerdos que afloran a nuestra mente -y que cada uno tiene muy grabados en el corazón-, de aquel período tan vivaz, rico y fecundo que fue el Concilio; pero como no quiero prolongarme mucho (...) me gustaría recordar solamente cómo una palabra,

lanzada por el beato Juan XXIII, casi de forma programática, retornaba continuamente en los trabajos conciliares: la palabra "aggiornamento" (actualización n.d.r)".

"Cincuenta años después de la apertura de aquella solemne asamblea de la Iglesia, alguien se preguntará si aquella expresión no haya sido, quizás desde el principio, completamente apropiada. Pienso que sobre la elección de las palabras se podría discutir durante horas y se encontrarían pareceres continuamente discordantes, pero estoy convencido de que la intuición que el beato Juan XXIII compendió con esta palabra fue y es todavía exacta. El cristianismo no debe considerarse como "algo del pasado", ni debe vivirse mirando perennemente "hacia atrás" porque Jesucristo es ayer, hoy y para la eternidad. El cristianismo está marcado por la presencia del Dios eterno, que entró en el tiempo y está presente en todo tiempo, porque todo tiempo brota de su potencia creadora, de su "hoy" eterno".

"Por eso el cristianismo es siempre nuevo. No tenemos que considerarlo como un árbol completamente desarrollado partiendo del grano de mostaza evangélico que crece, da fruto y ,un buen día, envejece y pierde su energía vital. El cristianismo es un árbol que, por así decir, (...) es siempre joven. Y esta actualidad, este "aggiornamento" no significa ruptura con la tradición, sino que expresa su vitalidad continua; no significa reducir la fe rebajándola a la moda de la época, al metro de lo que nos gusta o de lo que le gusta a la opinión pública; sino todo lo contrario: exactamente como hicieron los Padres conciliares tenemos que llevar el "hoy" que vivimos a la medida del evento cristiano; tenemos que llevar el "hoy" de nuestro tiempo al "hoy" de Dios".

"El concilio ha sido un tiempo de gracia en que el Espíritu Santo nos ha enseñado que la Iglesia, en su camino en la historia, debe hablar siempre a la humanidad contemporánea, pero esto puede ocurrir solo con la fuerza de los que tie-

nen raíces profundas en Dios (...) y viven con pureza su fe; no ocurre merced a los que se adecuan al momento que pasa, a los que eligen el camino más cómodo. El concilio lo tenía muy claro cuando en la constitución dogmática sobre la Iglesia "Lumen Gentium" afirmaba que en la Iglesia todos están llamados a la santidad (...) la santidad muestra el rostro verdadero de la Iglesia".

"La memoria del pasado-concluyó el Papa- es preciosa pero no se agota en sí misma. El Año de la Fe que hemos empezado nos sugiere el mejor modo para recordar el concilio y conmemorarlo: concentrarnos en el corazón de su mensaje que, por otra parte, no es otro que el mensaje de la fe en Cristo, único salvador del mundo, proclamada a la humanidad de nuestra época. Hoy también lo que es importante y esencial es llevar el rayo del amor de Dios al corazón y a la vida de cada hombre y cada mujer, y llevar a los hombres y mujeres de cualquier época y lugar a Dios".

Terminada la audiencia el Papa almorzó con los Padres que toman parte en el Sínodo sobre la nueva evangelización, con los obispos participantes en el Concilio Vaticano II, y con los presidentes de las conferencias episcopales. También estuvieron presentes el patriarca ecuménico de Constantinopla, Bartolomé I y el arzobispo de Canterbury y primado de la Comunión Anglicana Rowan Williams.

<http://www.periodistadigital.com/religion/vaticano/2012/10/12/papa-aggiornamento-no-significa-ruptura-con-la-tradicion-iglesia-religion-papa-concilio-veteranos-arinze.shtml>

34. La luna contempló el espectáculo

(RV).- El 11 de octubre de 1962, con el ingreso solemne de los padres conciliares en la basílica de San Pedro, se inauguró el concilio Vaticano II. Juan XXIII había fijado para ese día el inicio del concilio con la intención de encomendar la gran asamblea eclesial que había convocado a

la bondad maternal de María, y de anclar firmemente el trabajo del concilio en el misterio de Jesucristo.

Aquella noche, mas de cien mil personas se congregaron en la plaza San Pedro llevando antorchas; esta celebración espontánea era una elocuente imagen de la Iglesia pueblo de Dios. Mons. Capovilla invitó al Papa a mirar a través de las cortinas. El Pontífice se asomó y quedó sobrecogido. "Abre la ventana, daré la bendición, pero no hablaré", le dijo a su secretario.

Los reflectores de la plaza estaban apagados porque no se preveía ninguna celebración, pero el gran murmullo y las luces de las velas y de las antorchas que se levantaron al aparecer el Santo Padre indicaban la presencia de una gran multitud.

Entonces Juan XXIII, iluminado por la luz del pueblo de Dios y bajo una esplendida luna de octubre, improvisó aquel famoso discurso que completó aquel día memorable.

Texto completo del discurso de la Luna de Juan XXIII

Queridos hijitos, queridos hijitos, escucho vuestras voces. La mía es una sola voz, pero resume la voz del mundo entero. Aquí, de hecho, está representado todo el mundo.

Se diría que incluso la luna se ha apresurado esta noche, observadla en lo alto, para mirar este espectáculo. Es que hoy clausuramos una gran jornada de paz; sí, de paz: "Gloria a Dios y paz a los hombres de buena voluntad" (cf. Lc 2,14).

Es necesario repetir con frecuencia este deseo. Sobre todo cuando podemos notar que verdaderamente el rayo y la dulzura del Señor nos unen y nos toman, decimos: He aquí un saboreo previo de lo que debiera ser la vida de siempre, la de todos los siglos, y la vida que nos espera para la eternidad.

Si preguntase, si pudiera pedir ahora a cada uno: ¿de dónde venís vosotros? Los hijos de Roma, que están aquí especialmente represen-

tados, responderían: "¡Ah! Nosotros somos vuestros hijos más cercanos; vos sois nuestro obispo, el obispo de Roma".

Y bien, hijos míos de Roma; vosotros sabéis que representáis verdaderamente la Roma caput mundi, así como está llamada a ser por designio de la Providencia: para la difusión de la verdad y de la paz cristiana.

En estas palabras está la respuesta a vuestro homenaje.

Mi persona no cuenta nada; es un hermano que os habla, un hermano que se ha convertido en padre por voluntad de nuestro Señor. Pero todo junto, paternidad y fraternidad, es gracia de Dios. ¡Todo, todo!

Continuemos, por tanto, queriéndonos bien, queriéndonos bien así: y, en el encuentro, prosigamos tomando aquello que nos une, dejando aparte, si lo hay, lo que pudiera ponernos en dificultad.

Fratres sumus! La luz brilla sobre nosotros, que está en nuestros corazones y en nuestras conciencias, es luz de Cristo, que quiere dominar verdaderamente con su gracia, todas las almas.

Esta mañana hemos gozado de una visión que ni siquiera la Basílica de San Pedro, en sus cuatro siglos de historia, había contemplado nunca.

Pertenece, pues, a una época en la que somos sensibles a las voces de lo alto; y por tanto deseamos ser fieles y permanecer en la dirección que Cristo bendito nos ha dejado. Ahora os doy la bendición. Junto a mí deseo invitar a la Virgen santa, Inmaculada, de la que celebramos hoy la excelsa prerrogativa.

He escuchado que alguno de vosotros ha recordado Éfeso y las antorchas encendidas alrededor de la basílica de aquella ciudad, con ocasión del tercer Concilio ecuménico, en el 431. Yo he visto, hace algunos años, con mis ojos, las memorias de aquella ciudad, que recuerdan la proclamación del dogma de la divina maternidad de María.

Pues bien, invocándola, elevando todos juntos las miradas hacia Jesús, su hijo, recordando cuanto hay en vosotros y en vuestras familias, de gozo, de paz y también, un poco, de tribulación y de tristeza, acoged con buen ánimo esta bendición del padre. En este momento, el espectáculo que se me ofrece es tal que quedará mucho tiempo en mi ánimo, como permanecerá en el vuestro. Honremos la impresión de una hora tan preciosa. Sean siempre nuestros sentimientos como ahora los expresamos ante el cielo y en presencia de la tierra: fe, esperanza, caridad, amor de Dios, amor de los hermanos; y después, todos juntos, sostenidos por la paz del Señor, ¡adelante en las obras de bien!

Regresando a casa, encontraréis a los niños; haceldes una caricia y decidles: ésta es la caricia del papa. Tal vez encontraréis alguna lágrima que enjugar. Tened una palabra de aliento para quien sufre. Sepan los afligidos que el papa está con sus hijos, especialmente en la hora de la tristeza y de la amargura. En fin, recordemos todos, especialmente, el vínculo de la caridad y, cantando, o suspirando, o llorando, pero siempre llenos de confianza en Cristo que nos ayuda y nos escucha, procedamos serenos y confiados por nuestro camino.

A la bendición añado el deseo de una buena noche, recomendándoos que no os detengáis en un arranque sólo de buenos propósitos. Hoy, bien puede decirse, iniciamos un año, que será portador de gracias insignes; el Concilio ha comenzado y no sabemos cuándo terminará. Si no hubiese de concluirse antes de Navidad ya que, tal vez, no consigamos, para aquella fecha, decir todo, tratar los diversos temas, será necesario otro encuentro. Pues bien, el encontrarse cor unum et anima una, debe siempre alegrar nuestras almas, nuestras familias, Roma y el mundo entero. Y, por tanto, bienvenidos estos días: los esperamos con gran alegría.

<http://www.periodistadigital.com/religion/vaticano/2012/10/12/la-luna-contemplo-el->

[espectaculo-iglesia-religion-papa-juan-xxiii-concilio-vaticano-roma.shtml](#)

35. Bartolomé I : "El Concilio, piedra angular y transformadora"

(VIS).-En el curso de la ceremonia de inauguración del Año de la Fe, el patriarca ecuménico Bartolomé I de Constantinopla pronunció ante los miles de fieles reunidos en la Plaza de San Pedro un discurso del que ofrecemos amplios extractos:

"Hace cincuenta años en esta plaza una celebración solemne y significativa arrebató el corazón y la mente de la Iglesia Católica Romana, llevándola a través de los siglos, hasta el mundo contemporáneo. La apertura del Concilio Vaticano II, piedra angular y transformadora, estuvo inspirada por el hecho fundamental de que el Hijo y el Logos encarnado de Dios está donde hay dos o tres reunidos en su nombre y de que el Espíritu que procede del Padre nos guiará hacia toda la verdad".

"En el curso de las últimas cinco décadas, los logros de esta asamblea han sido diversos, como demuestran una serie de constituciones, declaraciones y decretos importantes e influyentes. Hemos asistido a la renovación del espíritu y al "regreso a las fuentes" a través del estudio de la liturgia, la investigación bíblica y las enseñanzas patrísticas. Hemos apreciado el esfuerzo por liberarse gradualmente de la limitación del rígido escolasticismo para llegar a la apertura del encuentro ecuménico que ha desembocado en la revocación recíproca de las excomuniones del año 1054, el intercambio de saludos, la restitución de las reliquias, el inicio de diálogos importantes y las visitas recíprocas a las sedes respectivas".

"Nuestro camino no ha sido siempre fácil o exento de sufrimientos y desafíos (...) La teología fundamental y los temas principales del Concilio Vaticano II - el misterio de la Iglesia, la sacralidad de la liturgia y la autoridad del obispo- son difíciles de aplicar con esmero y su asimilación

es una tarea que requiere una entera vida y la labor de toda la Iglesia".

"Prosiguiendo nuestro camino, damos gracias y alabamos al Dios vivo -Padre, Hijo y Espíritu Santo- porque la misma asamblea episcopal ha reconocido la importancia de la reflexión y del diálogo sincero entre nuestras "iglesias hermanas". Nos unimos "en la espera que derrocado todo muro que separa la Iglesia occidental y la oriental, se hará una sola morada, cuya piedra angular es Cristo Jesús, que hará de las dos una sola cosa".

"Nuestra presencia aquí significa y sella nuestro compromiso de testimoniar juntos el mensaje de salvación y sanación para nuestros hermanos más pequeños: los pobres, los oprimidos, los olvidados en el mundo que Dios creó. Recemos por la paz y la salud de nuestros hermanos y hermanas cristianos que viven en Oriente Medio. En el torbellino de violencia, separación y división que se extiende cada vez más a los pueblos y las naciones, puedan servir de modelo para el mundo el amor y el deseo de armonía que aquí profesamos y la comprensión que buscamos mediante el diálogo y el respeto mutuo. Y que la humanidad pueda tender la mano "al otro" y aunar sus esfuerzos para vencer el dolor de los pueblos en cualquier lugar, sobre todo por hambre, enfermedades, calamidades naturales y por la guerra que, al final, afecta a todas nuestras vidas".

"A la luz de cuanto tiene que hacer todavía la Iglesia en el mundo y, con gran aprecio por todo el progreso que hemos compartido, nos sentimos honrados de haber sido invitados a participar y -humildemente llamados a hablar- en esta solemne y gozosa conmemoración del Concilio Vaticano II. No es mera coincidencia que esta ocasión marque en vuestra Iglesia la inauguración del Año de la Fe, dado que la fe constituye una señal evidente del camino que hemos recorrido juntos a lo largo del sendero de la reconciliación y de la unidad visible". Bartolomé I : "El Concilio, piedra angular y transformadora"

Hemos asistido a la renovación del espíritu y al "regreso a las fuentes" VIS, 11 de octubre de 2012 a las 16:22 Bartolome I reconoce ante el Papa la capacidad de unir del Concilio Vaticano II El patriarca Bartolomé I en el Sínodo "La fe constituye una señal evidente del camino que hemos recorrido juntos a lo largo del sendero de la reconciliación y de la unidad visible" (VIS).- En el curso de la ceremonia de inauguración del Año de la Fe, el patriarca ecuménico Bartolomé I de Constantinopla pronunció ante los miles de fieles reunidos en la Plaza de San Pedro un discurso del que ofrecemos amplios extractos: "Hace cincuenta años en esta plaza una celebración solemne y significativa arrebató el corazón y la mente de la Iglesia Católica Romana, llevándola a través de los siglos, hasta el mundo contemporáneo. La apertura del Concilio Vaticano II, piedra angular y transformadora, estuvo inspirada por el hecho fundamental de que el Hijo y el Logos encarnado de Dios está donde hay dos o tres reunidos en su nombre y de que el Espíritu que procede del Padre nos guiará hacia toda la verdad". "En el curso de las últimas cinco décadas, los logros de esta asamblea han sido diversos, como demuestran una serie de constituciones, declaraciones y decretos importantes e influyentes. Hemos asistido a la renovación del espíritu y al "regreso a las fuentes" a través del estudio de la liturgia, la investigación bíblica y las enseñanzas patrísticas. Hemos apreciado el esfuerzo por liberarse gradualmente de la limitación del rígido escolasticismo para llegar a la apertura del encuentro ecuménico que ha desembocado en la revocación recíproca de las excomuniones del año 1054, el intercambio de saludos, la restitución de las reliquias, el inicio de diálogos importantes y las visitas recíprocas a las sedes respectivas". "Nuestro camino no ha sido siempre fácil o exente de sufrimientos y desafíos (...) La teología fundamental y los temas principales del Concilio Vaticano II - el misterio de la Iglesia, la sacralidad de la liturgia y la autoridad del obispo- son difíciles de aplicar con esmero y su asimilación es una

tarea que requiere una entera vida y la labor de toda la Iglesia". "Prosiguiendo nuestro camino, damos gracias y alabamos al Dios vivo -Padre, Hijo y Espíritu Santo- porque la misma asamblea episcopal ha reconocido la importancia de la reflexión y del diálogo sincero entre nuestras "iglesias hermanas". Nos unimos "en la espera que derrocado todo muro que separa la Iglesia occidental y la oriental, se hará una sola morada, cuya piedra angular es Cristo Jesús, que hará de las dos una sola cosa". "Nuestra presencia aquí significa y sella nuestro compromiso de testimoniar juntos el mensaje de salvación y sanación para nuestros hermanos más pequeños: los pobres, los oprimidos, los olvidados en el mundo que Dios creó. Recemos por la paz y la salud de nuestros hermanos y hermanas cristianos que viven en Oriente Medio. En el torbellino de violencia, separación y división que se extiende cada vez más a los pueblos y las naciones, puedan servir de modelo para el mundo el amor y el deseo de armonía que aquí profesamos y la comprensión que buscamos mediante el diálogo y el respeto mutuo. Y que la humanidad pueda tender la mano "al otro" y aunar sus esfuerzos para vencer el dolor de los pueblos en cualquier lugar, sobre todo por hambre, enfermedades, calamidades naturales y por la guerra que, al final, afecta a todas nuestras vidas". "A la luz de cuanto tiene que hacer todavía la Iglesia en el mundo y, con gran aprecio por todo el progreso que hemos compartido, nos sentimos honrados de haber sido invitados a participar y -humildemente llamados a hablar- en esta solemne y gozosa conmemoración del Concilio Vaticano II. No es mera coincidencia que esta ocasión marque en vuestra Iglesia la inauguración del Año de la Fe, dado que la fe constituye una señal evidente del camino que hemos recorrido juntos a lo largo del sendero de la reconciliación y de la unidad visible".

www.periodistadigital.com/religion/vaticano/2012/10/11/bartolome-i-el-concilio-piedra-

angular-y-transformadora-iglesia-religion-papa-pariarca-ortodoxos.shtml

36. El Concilio Vaticano II: un asunto inconcluso para el papa Benedicto XVI

Esta semana, el Vaticano celebra el 50 aniversario del Concilio Vaticano II (a menudo conocido como Vaticano II), convocado por el papa Juan XXIII en 1959 para reformar e insuflarle nueva vida a la Iglesia Católica como preparativo para el inicio del tercer milenio cristiano.

Los 2.800 obispos católicos del mundo se reunieron en Roma en cuatro ocasiones -en el otoño de cuatro años consecutivos a partir del 11 de octubre de 1962- para participar en una serie de debates aparentemente robustos.

Pero una lectura atenta de los registros históricos de lo que realmente ocurrió revela que los nobles objetivos del Concilio nunca se cumplieron. El papa Juan XXIII murió un año después de la primera sesión. Cuando su sucesor Pablo VI asumió el control del Concilio, la visión inicial de Juan y sus ímpetus se habían debilitado.

La Curia Romana -el pequeño cuerpo de cardenales y obispos que controlan la política de la Iglesia bajo la guía del Papa- había tenido suficiente tiempo para prepararse para el encuentro. El anuncio de la convocatoria del 21º Concilio en los 2.000 años de historia de la Iglesia inicialmente los había tomado por sorpresa.

Entre enero de 1959, cuando el Papa Juan XXIII anunció por primera vez la convocatoria del Concilio, y octubre de 1962, cuando se celebró la primera sesión en el suntuoso marco de la Basílica de San Pedro, la Curia redactó una serie de textos preparatorios con la intención de que los obispos los refrendaran con sus sellos de goma.

Pero los obispos rápidamente encontraron su propia voz una vez que arribaron a Roma. Estos dejaron en claro que estaban allí para conducir, para participar en una genuina renovación de las políticas de la Iglesia, no para seguir ciega-

mente las instrucciones de la Curia conservadora.

Obispos de 116 países, más que la cantidad de miembros de las Naciones Unidas, se reunieron para la apertura.

"Detrás de los tiempos" Papa Benedicto XVI

Para Benedicto, el Concilio Vaticano II no fue una ruptura con el pasado, sino una renovación de las tradiciones de la Iglesia.

Ladislav Orsy, un abogado jesuita de derecho canónico de 91 años de edad, que fue un experto asesor en el Concilio, recuerda con cuánta rapidez con que los obispos aprendieron a ejercer su poder colectivo.

"Ellos fueron educados en un sistema que no sabía nada de colegiatura y fueron entrenados para obedecer al Papa, pero en un tiempo muy, muy corto -quizás dos o tres semanas- con audacia, pero suavemente, desecharon los materiales preparatorios", le dijo a Robert Mickens del semanario católico británico The Tablet.

Algunos cambios generales, pero significativos, efectuados por el Concilio se refirieron al idioma -a partir de ahora la misa no se diría en latín- y al ritual -en adelante, el sacerdote daría la misa de frente a su congregación en lugar de darle la espalda.

También, las relaciones con otras religiones se hicieron más cordiales, en particular con musulmanes y judíos.

El Papa Benedicto XVI, hablando en una misa de aniversario en la Plaza de San Pedro -al que asistió un pequeño grupo de clérigos supervivientes que, como él, realmente participaron en las labores del Concilio-, deploró lo que llamó una "desertificación" de la vida espiritual durante los años que han transcurrido desde el final del Concilio en 1965.

"En aquel tiempo", dijo el Papa, "ya era posible saber, a partir de unas pocas páginas trágicas de la historia, cómo sería la vida sin Dios".

"Ahora", añadió, "la vemos a nuestro alrededor".

Desde su elección como Papa hace siete años, Benedicto ha tratado de corregir lo que considera una mala interpretación del Concilio Vaticano II, insistiendo en que no se trató de una ruptura revolucionaria con el pasado, como consideran los católicos liberales, sino más bien una renovación de las mejores tradiciones de la Iglesia antigua.

El Papa ha puesto en marcha un Año de la Fe, a partir de este mes, tratando de traer de vuelta a la Iglesia a católicos bautizados que se han alejado del redil durante las décadas recientes.

Los críticos de Benedicto lo acusan de no mantenerse acorde con los tiempos.

Hans Kueng, un distinguido teólogo católico y antiguo amigo cercano del Papa, ha acusado a Benedicto XVI y sus compañeros de que su espiritualidad sigue anclada en la Edad Media, mientras que el cardenal Carlo María Martini, un erudito bíblico italiano recientemente fallecido, escribió en su lecho de muerte que la Iglesia Católica sigue necesitando una reforma radical y que está "200 años detrás de los tiempos".

Desdentado

Los 2.800 obispos católicos del mundo se reunieron en Roma durante cuatro años consecutivos a partir de 1962.

El papa Benedicto XVI sostiene que el Concilio representa la continuidad, no una revisión radical de la enseñanza de la Iglesia para los tiempos modernos.

En su deseo de traer de vuelta a los católicos disidentes a la Iglesia, el papa Benedicto XVI ha estado negociando con un grupo católico tradicionalista con sede en Suiza, conocido como la Sociedad de San Pío X, que rechaza rotundamente las reformas del Concilio Vaticano II.

Hace dos años el Papa restituyó a algunos de los obispos de la Sociedad que habían sido excomulgados por su predecesor, el papa Juan Pablo II.

Pero luego las negociaciones se estancaron - aunque Benedicto XVI les ha concedido a los católicos nostálgicos de la misa en latín, abandonada en la mayor parte del mundo después del Vaticano II, la posibilidad de volver al antiguo misal en latín.

El debate sobre la interpretación de los textos aprobados por los Padres del Concilio parece destinado a continuar.

Pese a ello, la posibilidad de convocar un tercer Concilio Vaticano (el primero se celebró en 1870) ha sido desestimado por el Papa como inoportuno.

El Sínodo de los Obispos -un encuentro regular de los representantes de las conferencias episcopales de todo el mundo- inventado por el Papa Pablo VI como una señal de que la Curia Vaticana continúa más para escuchar que para gobernar- ha decepcionado a muchos de sus participantes a través de los años.

El sínodo actual, que el próximo mes se celebrará en Roma para discutir La Nueva Evangelización, no tiene competencias colegiadas reales.

Se trata de un órgano consultivo sin dientes, y su agenda y declaración final están estrechamente controladas por la Curia romana, pese a la presencia cosmética, por vez primera, de una obispa metodista -una mujer negra estadounidense- como uno de los cuidadosamente seleccionados observadores extranjeros.

Los cambios en el mundo católico desde 1960 han sido enormes. El eje de la Iglesia se ha desplazado hacia el sur. La edad promedio de sacerdotes y monjas sigue creciendo de forma alarmante mientras que las nuevas vocaciones sacerdotales se han marchitado en países otra fuertemente católicos de Europa.

La población católica del mundo durante esa década se estimaba entre 700 millones y 800 millones y hoy supera los 1.300 millones con los mayores incrementos registrados en África y América Latina, según las estadísticas del Vaticano.

Y los obispos católicos del mundo casi se han duplicado en número, de 2.800 a más de 5.000. Es dudoso que siquiera puedan caber en la Basílica de San Pedro si alguna vez se fuesen a reanudar los asuntos inconclusos en 1965.

http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2012/10/121012_concilio_vaticano_cincuenta_aniversario_benedico_msd.shtml

37. Impacto regional del CVII

Para la Iglesia Católica en América latina el Concilio fue un hito muy importante. En primer lugar porque consolidó la idea de latinoamericanidad. Los obispos de la región que compartieron durante tres años las sesiones en Roma aunar perspectivas y construyeron un pensamiento común.

Esto tuvo su manifestación más clara en la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Medellín (Colombia) en 1968. Allí los obispos no sólo buscaron una actualización del Vaticano II sino que reafirmaron la “opción por los pobres” e instauraron la palabra “liberación” como parte del vocabulario eclesial. Entre varios protagonistas de ese momento eclesial latinoamericano estuvo el obispo y después cardenal argentino Eduardo Pironio (1920-1998).

Se generó un pensamiento teológico propio de América latina que, a partir del libro del peruano Gustavo Gutiérrez (Teología de la Liberación. Perspectivas, 1972), comenzó a denominarse “Teología de la Liberación”. La Iglesia y los católicos se comprometieron en los movimientos revolucionarios y de liberación, pero también en los movimientos estudiantiles, campesinos y

obreros inspirados en ese pensamiento liberacionista.

En Argentina, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo fue una expresión del compromiso político y militante de ese sector de la Iglesia y tuvo también su mártir en el sacerdote Carlos Mugica, asesinado por la Triple A en 1974. Pero no fue solo Mugica, sino también otros sacerdotes y laicos comprometidos con la juventud estudiantil, agraria y obrera quienes se sintieron alentados por los aires conciliares.

Muchos obispos latinoamericanos se pusieron a la cabeza y al servicio de reivindicaciones populares. Los mexicanos Samuel Ruiz y Sergio Méndez Arceo, el ecuatoriano Leonidas Proaño, los brasileños Helder Camara y Aloisio Lorscheider, para mencionar tan solo algunos. Y quizá los más significativos para la historia son los asesinados como consecuencia de su compromiso cristiano con los pobres: Oscar Romero (El Salvador, 1917-1980) y Enrique Angelelli (Argentina, 1923-1976).

Pero, como bien lo señala el teólogo salvadoreño Jon Sobrino, lo que cambió la forma de actuar de muchos en la Iglesia fue, más que los textos y los documentos, el hecho de poner la mirada sobre la realidad. “Creo que a mí no me cambió el texto del Concilio Vaticano II, ni el texto de Medellín, ni las reflexiones teológicas. Pienso que fue la realidad salvadoreña de los pobres y de los compañeros que se entregaban a ellos lo que me llevó a cambiar y ver que sí hay formas de ser cristianos junto al pobre. A partir de esa realidad entendí mejor los textos de obispos y teólogos que acompañaban a los pobres”, sostiene Sobrino.

<http://www.pagina12.com.ar/diario/sociedad/subnotas/3-60767-2012-10-11.html>

38. El elogio de los masones al Concilio: "Nos enseñó el valor del diálogo"

El elogio de los masones al Concilio. “El Vaticano II enseñó a los creyentes el valor del diálogo

como método que hace posible el encuentro entre los hombres, más allá de cualquier credo o pertenencia; a sentirse parte de una comunidad en movimiento. A nosotros los laicos, nos enseñó a reconocer la humanidad de la Iglesia. Después de 50 años, este mensaje de paz, de concordia y de fraternidad entre todos los hombres está más vivo que nunca y es necesario para reaccionar a la crisis de valores que amenaza a nuestro mundo moderno”, dijo Gustavo Raffi, gran maestro del Gran Oriente de Italia, al recordar el aniversario de la apertura de los trabajos del Concilio Ecuménico Vaticano II.

“El Concilio -indicó- obligó a los hombres de Iglesia a afrontar a la sociedad en el momento en el que se estaba abriendo a la modernidad. Entre los resultados, una nueva concepción de una institución que corría el riesgo de permanecer encerrada en la torre de marfil de la doctrina y que en cambio decidió abrir las puertas a los hombres. Es triste tener que constatar que en estos días este gran impulso hacia una visión más humana de la Iglesia haya sido sustituida con un enroque dogmático, con una actitud cerrada”, subrayó. “La Masonería, desde hace ya siglos, enseña a ver más allá de los horizontes de los dogmas y de las diferencias -explicó Raffi-, abriendo el corazón al encuentro con el otro, con una nueva disposición de conocimiento y de respeto. Esperamos que la Iglesia vuelva a abrirse al mundo, inspirándose justamente en esa breve y valiente primavera que representa el Concilio Vaticano y en el ejemplo, a menudo olvidado, del Papa Montini, para que acepte dialogar, sin prejuicios, con todos los hombres de buena voluntad”.

La historia de las relaciones entre la Iglesia y la masonería está marcada por momentos de enorme cerrazón, fases de apertura y de diálogo. El problema se encuentra en las cuestiones más delicadas que afectan a la Iglesia. Se trata de una historia poco conocida, llena de condenas pontificias (sobre todo en los siglos XVIII y

XIX), pero también con momentos contradictorios en el siglo XX. El primer pronunciamiento papal sobre la masonería se debe a Clemente XII, que el 28 de abril de 1738 (a 21 años del nacimiento oficial de este grupo), promulgó la bula “In eminenti”, con la cual indicó la incompatibilidad entre la Iglesia y la masonería. A partir de entonces se ha venido desarrollando un recorrido muy problemático a lo largo de la historia.

<http://www.intereconomia.com/noticias-gaceta/iglesia/elogia-los-masones-concilio-nos-enseno-valor-dialogo%E2%80%9D-20121012>

39. El Patriarca de Constantinopla alaba los frutos ecuménicos del Concilio Vaticano II

«Hace cincuenta años en esta plaza una celebración solemne y significativa arrebató el corazón y la mente de la Iglesia Católica Romana, llevándola a través de los siglos, hasta el mundo contemporáneo. La apertura del Concilio Vaticano II, piedra angular y transformadora, estuvo inspirada por el hecho fundamental de que el Hijo y el Logos encarnado de Dios está donde hay dos o tres reunidos en su nombre y de que el Espíritu que procede del Padre nos guiará hacia toda la verdad».

«En el curso de las últimas cinco décadas, los logros de esta asamblea han sido diversos, como demuestran una serie de constituciones, declaraciones y decretos importantes e influyentes. Hemos asistido a la renovación del espíritu y al `regreso a las fuentes´ a través del estudio de la liturgia, la investigación bíblica y las enseñanzas patrísticas. Hemos apreciado el esfuerzo por liberarse gradualmente de la limitación del rígido escolasticismo para llegar a la apertura del encuentro ecuménico que ha desembocado en la revocación recíproca de las excomuniones del año 1054, el intercambio de saludos, la restitución de las reliquias, el inicio de diálogos importantes y las visitas recíprocas a las sedes respectivas».

«Nuestro camino no ha sido siempre fácil o exento de sufrimientos y desafíos (...) La teología fundamental y los temas principales del Concilio Vaticano II - el misterio de la Iglesia, la sacralidad de la liturgia y la autoridad del obispo- son difíciles de aplicar con esmero y su asimilación es una tarea que requiere una entera vida y la labor de toda la Iglesia».

«Prosiguiendo nuestro camino, damos gracias y alabamos al Dios vivo -Padre, Hijo y Espíritu Santo- porque la misma asamblea episcopal ha reconocido la importancia de la reflexión y del diálogo sincero entre nuestras `iglesias hermanas´».

Nos unimos «en la espera que derrocado todo muro que separa la Iglesia occidental y la oriental, se hará una sola morada, cuya piedra angular es Cristo Jesús, que hará de las dos una sola cosa».

«Nuestra presencia aquí significa y sella nuestro compromiso de testimoniar juntos el mensaje de salvación y sanación para nuestros hermanos más pequeños: los pobres, los oprimidos, los olvidados en el mundo que Dios creó. Recemos por la paz y la salud de nuestros hermanos y hermanas cristianos que viven en Oriente Medio. En el torbellino de violencia, separación y división que se extiende cada vez más a los pueblos y las naciones, puedan servir de modelo para el mundo el amor y el deseo de armonía que aquí profesamos y la comprensión que buscamos mediante el diálogo y el respeto mutuo. Y que la humanidad pueda tender la mano al otro y aunar sus esfuerzos para vencer el dolor de los pueblos en cualquier lugar, sobre todo por hambre, enfermedades, calamidades naturales y por la guerra que, al final, afecta a todas nuestras vidas».

«A la luz de cuanto tiene que hacer todavía la Iglesia en el mundo y, con gran aprecio por todo el progreso que hemos compartido, nos sentimos honrados de haber sido invitados a participar y -humildemente llamados a hablar- en esta

solemne y gozosa conmemoración del Concilio Vaticano II. No es mera coincidencia que esta ocasión marque en vuestra Iglesia la inauguración del Año de la Fe, dado que la fe constituye una señal evidente del camino que hemos recorrido juntos a lo largo del sendero de la reconciliación y de la unidad visible».

<http://infocatolica.com/?t=noticia&cod=12948>

40. Vaticano II, una puerta que nosotros debemos mantener abierta

Juan XXIII convocó el Concilio con fines pastorales, no dogmáticos, a diferencia de lo que solía suceder en los primeros tiempos de la Iglesia. Su finalidad no era corregir errores o condenar doctrinas falsas, sino exponer la fe común y animar la vida de los creyentes en las nuevas condiciones culturales y sociales de la modernidad.

Lo convocó sin metas preconcebidos, llamando a los obispos de la Iglesia católica e invitando a teólogos de diversas tendencias (algunos de los cuales habían sido condenados en tiempo de Pío XII), y quiso que se celebrara ante observadores de otras iglesias y comunidades cristianas, como un encuentro de la Iglesia consigo misma y con el mundo. Quizá no sabía del todo lo que podía ser, pero se arriesgó... y fue el mayor acontecimiento cristiano de los últimos siglos.

Se celebró bajo la presidencia del Papa (Juan XXII y después Pablo VI), con gran libertad cristiana, aunque, como es lógico, en medio de tensiones, que aún siguen abiertas. Comenzó hace cincuenta años (11 de Octubre de 1962), y fue inmensamente renovador, aunque tuvo que hacer “concesiones” a los grupos más tradicionales, para lograr un consenso.

Fue una semilla de evangelio, que todavía (tras cincuenta años) no ha logrado fructificar, pues hay varios grupos que han querido y quieren impedirlo, especialmente los “poderes establecidos” del sistema de la Curia Vaticana, que

quieren mantener su privilegios y sus estructuras de hace mil años (desde la Reforma Gregoriana del siglo XI d. C.).

Quizá lo hacen “por bien” (es lo que conocen, quieren conservarlo), pero da la impresión de que no quieren arriesgarse (convertirse: Mc 1, 14-16) y vivir el evangelio en pleno mundo, como quiso la mayoría de los “padres” del Vaticano II, cuyas sesiones, documentos y temas quiero hoy recordar, en homenaje a lo que el Concilio ha sido y sigue siendo para nosotros, los que nacimos con él a la vida adulta del cristianismo.

En ese sentido digo que el Concilio ha sido y sigue siendo una puerta abierta, que nadie logrará cerrar, como sabe y dice Ap 3, 8. Una puerta que nosotros, cristianos del siglo XXI, debemos mantener abierta

Sesiones.

– 1ª sesión 1962. Documentos inadecuados. Se empezaron estudiando y votando esquemas de tipo tradicional, sobre liturgia (De sacra liturgia que luego se llamará Sacrosanctum concilium), revelación (De fontibus revelationis, que luego será Dei Verbum) e Iglesia (De Ecclesia, que luego se llamará Lumen Gentium) etc. Pero los padres conciliares se hallaban divididos, tanto por la amplitud como por el sesgo de los documentos, que parecían de tipo clerical y jurídico, en una línea teológica antigua. Por eso, tras largas y acaloradas discusiones, con apoyo del Papa Juan XXIII, se decidió preparar unos esquemas distintos, de tipo pastoral, ajustados a la nueva situación del mundo y de la Iglesia.

– 2ª sesión. 1963. Liturgia y medios de comunicación. El 3 de junio del 1963 murió Juan XXIII, y el 21 de ese mismo mes fue elegido papa el cardenal Montini, que tomó el nombre de Pablo VI, anunciando que el concilio continuaría, como sucedió, del 29 de septiembre al 4 de diciembre. En esta segunda sesión, ya en la línea de las indicaciones anteriores (con nuevos esquemas básicos), se discutieron los temas referentes a la Iglesia y al ecumenismo. Sólo se

aprobaron los documentos que parecían entonces menos conflictivos (aunque ahora, año 2012) resultan centrales, aunque quizá necesitan ser retomados y retocados: Sobre la liturgia y sobre los Medios de comunicación.

– 3ª sesión 1964. Libertad religiosa, nueva visión de la iglesia. El Concilio decidió que el tema de la Virgen María no fuera objeto de un documento independiente, sino que se incluyera en el de la Iglesia. Se aprobaron las bases del documento sobre la Revelación, en línea ecuménica, y se estudió de manera apasionada el “Esquema XIII”, sobre la Iglesia en el mundo (que sería aprobado en la sesión final con el título Gaudium et Spes). Se discutió también con dureza, el tema de la libertad religiosa, que marcó un hito en la visión del cristianismo: la mayoría de los padres quiso que en vez de partir de la autoridad de la Iglesia se empezara tratando de la libertad de las personas (como en la Constitución USA del año 1776). Antes que el derecho (y tarea) de la iglesia está el de las personas. Al final de la sesión se aprobaron varios documentos esenciales: la constitución Lumen gentium (sobre la Iglesia) y los decretos sobre el ecumenismo y las Iglesias orientales.

– 4ª sesión. 1965. Una iglesia distinta. Esta sesión se extendió del 14 de septiembre al 8 de diciembre. Se discutieron de nuevo los documentos sobre la Libertad religiosa y sobre la Iglesia en el mundo actual, hasta su aprobación. Pero la mayoría de los documentos (que indicaré a continuación) habían sido preparados ya de tal forma que no necesitaban mayores discusiones, sino que pudieron aprobarse por una mayoría conciliar, cuya visión del mundo y de la Iglesia había ido cambiando sensiblemente, a lo largo de cuatro años de sesiones e “inter-sesiones”, con una gran aportación de las comisiones teológicas. El conjunto de los obispos acabaron pensando de un modo distinto: En cuatro años había cambiado el rostro jerárquico de la Iglesia, de manera que muchos obispos habían descubierto cosas que antes no sabían,

en actitud de ecumenismo, de apertura al mundo actual y de búsqueda de bases evangélicas.

Documentos

Se distinguen en Constituciones, de más valor doctrinal (que tratan de la revelación y de la vida de Iglesia), Decretos (que se ocupan de algunos aspectos particulares de la estructura de la Iglesia) y Declaraciones (que tratan en especial de las relaciones de la Iglesia con el mundo).

Constituciones dogmáticas, principios del cristianismo

1. Dei Verbum: Sobre la Divina Revelación, trata básicamente de la Escritura y de su recepción en la Iglesia.

2. Lumen Gentium: Sobre la Iglesia, defiende los principios del Vaticano I, pero los amplía en línea de colegialidad y de conciliaridad.

3. Sacrosanctum Concilium: Sobre la Sagrada Liturgia, ratifica la reforma las celebraciones, que ha de hacerse en las lenguas vivas de las comunidades, adaptada a las nuevas circunstancias culturales y sociales.

4. Gaudium et Spes: Sobre la Iglesia en el mundo actual. Éste es quizá el texto básico del Vaticano II: El concilio acepta la realidad del mundo moderno, con el que la Iglesia debe dialogar, superando así casi quinientos años de "recelo" y oposición a la modernidad.

Decretos, temas de Iglesia

1. Ad Gentes: sobre la actividad misionera de la Iglesia en las nuevas circunstancias políticas, culturales y sociales; el primer texto conciliar de este tipo en la historia de la Iglesia.

2. Presbyterorum Ordinis: sobre el ministerio y vida de los presbíteros.

3. Apostolicam actuositatem: sobre el apostolado de los laicos.

4. Optatam Totius: sobre la formación sacerdotal.

5. Perfectae Caritatis: sobre la adecuada renovación de la vida religiosa.

6. Christus Dominus: sobre el ministerio pastoral de los Obispos.

7. Unitatis Redintegratio: sobre el ecumenismo, en línea de ofrecimiento de paz y comunión, a las iglesias ortodoxas, sobre todo a las de tradición bizantina.

8. Orientalium Ecclesiarum: sobre las Iglesias orientales católicas, es decir, vinculadas a Roma; es un texto que debe vincularse con el anterior.

9. Inter Mirifica: sobre los medios de comunicación social.

Declaraciones, temas universales:

1. Gravissimum Educationis : Sobre la Educación Cristiana. Plantea el tema de la maduración humana, dentro de las nuevas realidades sociales y culturales, con la exigencia de un cambio cultural en la Iglesia; sus propuestas aún no han sido desarrolladas plenamente.

2. Nostra Aetate: Sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas. Los temas de fondo de este documento se encuentran actualmente en el centro de las discusiones y diálogos de los cristianos con hombres y mujeres de otras tradiciones espirituales, dentro de un mundo plural e interconectado, donde el diálogo se vuelve imprescindible.

3. Dignitatis Humanae: Sobre la libertad religiosa. Fue quizá el documento más discutido del Concilio, pues una parte considerable de los padres conciliares eran contrarios al tipo de libertad religiosa exigido por la modernidad, desde la ilustración; pero al fin se aprobó, sobre bases evangélicas. Este documento se ha convertido en punto de partida del nuevo camino de la Iglesia, aunque tampoco ha sido desarrollado todavía.

Un Concilio abierto

Fue un acontecimiento de gracia. Se celebró en el momento preciso, cuando era ya imposible seguir viviendo del pasado, como vio Juan XXIII, papa carismático, confiando en la capacidad de renovación de la Iglesia y, sobre todo, en el impulso creador de una humanidad en la que Dios está actuando. Supo que el papado era importante, tenía un función única, pero sólo en la medida en que recogía y ratificaba las voces de toda la iglesia (o, quizá de todas las iglesias, incluidas las no católicas), en línea de apertura y de diálogo con el mundo, es decir, con la historia. Éstos son los temas que siguen abiertos tras la celebración del Concilio, pasados cincuenta años:

Colegialidad.

Ésta fue quizá la experiencia clave del Concilio, el encuentro concreto de unos obispos que, en otro contexto, habían parecido totalmente dependientes del Papa. Reunidos en Concilio, ellos se sintieron responsables de toda la Iglesia, herederos de los «apóstoles», descubriendo así que Pedro (el Papa) no se encuentra fuera, sino dentro del Colegio. Ésta fue una experiencia que debía expresarse en los diversos niveles de la Iglesia:

a. Comunión y compromiso de todos los cristianos, que no son simplemente “auditores”, oyentes, de una palabra ajena, sino portadores de la palabra de Dios, con una capacidad de decisión que nunca debían haber perdido. En esa línea, el Vaticano II descubrió que, en principio, la Iglesia puede y debe superar su organización piramidal (con una autoridad desde lo alto), para recuperar una estructura comunitaria, propia del evangelio, conforme a la doctrina tradicional del “sensus fidelium”, con la certeza de que el conjunto de los cristianos van a mantener vivo el evangelio.

b. Colegialidad de los obispos con el Papa. Éste es un tema que había quedado pendiente desde el Concilio de Constanza (1414-1418), y que ha vuelto a ser central en el Vaticano II. Su texto

clave, *Lumen Gentium*, declara que obispos y Papa son inseparables: ni el Papa puede hablar o actuar por sí mismo (aislándose de los obispos), sino sólo en nombre de ellos; ni los obispos podrán tener autoridad si rompen la unidad de las iglesias, expresada en concreto por el Papa. En esa línea, los responsables de la Iglesia son los obispos, que forman el colegio apostólico, y no los cardenales, que pierden importancia, pues sólo son consejeros y electores del Papa (conforme al Derecho actual).

Dos lecturas del Concilio.

Acabó el año 1965, pero quedaron planteadas y abiertas desde entonces dos “lecturas”, que no pueden oponerse, aunque en principio resultan muy diferentes.

a. Línea más tradicional. Es propia de aquellos que entienden el Concilio como acontecimiento importante, aunque pasajero, de manera que las aguas han de volver a los cauces anteriores, y que así insisten en la autoridad doctrinal y disciplinar del Papa y en el mantenimiento de las estructuras milenarias de una Iglesia que tomó su forma actual en la Reforma Gregoriana (siglo XI). Ésta es la línea que ha triunfado con el Catecismo (CEC) y con el Código de Derecho Canónico (CIC), que no asumen en realidad el Concilio, sino que se oponen a su desarrollo, por miedo, por falsa tradición (o por deseo de control de la Curia Vaticana). Todo ha podido cambiar con el Vaticano II, pero todo ha tendido a quedar igual, por causa del Derecho Canónico (que en ciertos ambientes parece mucho más importante que el Evangelio).

b. Línea de fidelidad conciliar. Otros han entendido el Concilio como experiencia y principio de transformación, es decir, como un esfuerzo por recuperar las raíces de la Iglesia, tal como se fueron expresando en las diversas etapas del primer milenio, no para copiar estructuras e impulsos anteriores, sino para retomar el modelo de vida del Evangelio. Son los que quieren seguir en la línea de la actualización bíblica, de

la recuperación de todas las tradiciones, de fidelidad a los signos de los tiempos, desde el impulso de Jesús, en el principio de la Iglesia. Son los que creen que nadie podrá cerrar la puerta del Evangelio.

Dentro de un mundo en cambios.

Se estaban iniciando entonces algunos de los cambios más significativos que han marcado la segunda mitad del siglo XX y el comienzo del XXI:

a. Superación del colonialismo eclesial, vinculado, a la conclusión de una forma de dominación política. En ese contexto hay que hablar de la nueva autonomía (e importancia) de las iglesias de América (y también, en parte, de Asia y de África). El predominio del catolicismo europeo y occidental está tendiendo a desaparecer, con unas consecuencias que pueden implicar el fin de mil seiscientos años de historia helenística y latina.

b. Fin de la cultura única de la Iglesia. Los Padres del Vaticano II fueron al Concilio con la herencia de una cultura casi monolítica, de tipo greco-latino y europeo (occidental). Pero al final de su celebración ellos sabían que, aun habiendo estado vinculada por siglos a la cultura de occidente, con sus valores y defectos, la Iglesia tenía que volverse universal, en diálogo con las diversas culturas de la tierra.

c. Un reto social. El Concilio había querido centrarse en unas afirmaciones “dogmáticas”, en línea teológica (como mostraban los documentos preparatorios), pero al final triunfaron las “preocupaciones” sociales y culturales, de presencia en el mundo y de diálogo humano, en medio de una historia dividida entre el capitalismo y las diversas formas de socialismo/comunismo, en un momento fuerte de guerra fría. La Iglesia volvió a saber que tenía un mensaje trascendente (de presencia de Dios), pero supo que ese mensaje resultaba inseparable de la presencia y acción de los cristianos en el mundo.

En ese contexto quedaba (y sigue quedando) abierto no sólo el tema del papado, por lo que significa y lo que ha realizado en los últimos quince siglos de historia cristiana, sino la autonomía real de cada una de las iglesias católicas. El conjunto de la Iglesia ha descubierto que ella debe plantear el tema de su unidad y diversidad de otra manera.

El Vaticano II no ha terminado todavía... Sigue abierto, y seguirá, aunque algunos quieran cerrarlo. La semilla está echada, es semilla de evange-

lio. <http://blogs.periodistadigital.com/xpikaza.php/2012/10/12/vaticano-ii-un-concilio-abierto-que-algu>

41. El Congreso Continental de Teología vuelve a leer la realidad a la luz del Concilio Vaticano II

Definitivamente ésta no es una iglesia callada frente a la violencia sistémica que nos asola. Entre la espada (del poder económico mundial) y la pared (de la institución eclesiástica) ha levantado la voz para denunciar la voracidad de los poderosos y anunciar que otro mundo es posible, necesario y urgente.

Siglo XX, Potosí 12 de Octubre 2012 (Tomado de Adital).- El escritor uruguayo Eduardo Galeano nos recuerda que ‘recordar’ es más que recordar, es más profundamente volver a pasar por el corazón.

Esto pasa en el Congreso Continental de Teología: 50 años de caminar eclesial han pasado de un jalón por los corazones de las y los más de setecientos congresistas, cargándolos de gozos y esperanzas tanto como de angustias y tristezas, las que movieron a las iglesias católicas a abrirse al mundo aquella primavera de principios de los sesenta.

Pero también las esperanzas que provocaron años después en el corazón de la iglesia latinoamericana el despertar de liberación frente a la opresión y la injusticia; y, digamos, también

las convocan en Sao Leopoldo, Brasil, y urgen de nueva cuenta una respuesta de las iglesias latinoamericanas y caribeñas frente a un inesperado y catastrófico escenario mundial.

En ese escenario se ha entronizado la exclusión y la explotación de la humanidad por la humanidad misma, colocándonos al borde de la destrucción global.

El congreso un alboroto de teologías de la liberación contra los poderosos.

En el congreso hay un alboroto creciente entre tan animosos y animosas participantes.

Al calor primaveral del sur del continente se suma el calor humano de la congregación, su colorido, su ruidosidad.

Definitivamente ésta no es una iglesia callada frente a la violencia sistémica que nos asola. Entre la espada (del poder económico mundial) y la pared (de la institución eclesial) ha levantado la voz para denunciar la voracidad de los poderosos y anunciar que otro mundo es posible, necesario y urgente.

Con esta voz, en aumento, dice que la teología latinoamericana sigue viva pues más viva que nunca está la pobreza y la necesidad de liberación; y para angustia de las jerarquías vaticanas y latinoamericanas, estas voces del congreso, como el barullo de los pájaros que nos despiertan por la mañana, dicen también que no son de una sola teología de liberación, sino de muchas teologías que se han ido gestando.

Teologías que se han reinventado frente a la involución eclesial y la crisis del mundo, naciendo de las prácticas de muchas mujeres y hombres comprometidas con la justicia en nuestro continente y el mundo. Y ahora se han congregado muchas, aunque no todas ellas.

Aportes tempraneros para seguir renovando la Iglesia Católica

Hechas las interpelaciones y preguntas que el mundo actual hace a las teologías de liberación,

se han anticipado importantes aportes, múltiples acercamientos y lecturas de la realidad, certeras interpretaciones de las causas económicas de la debacle mundial.

No se había dado antes un encuentro de tan amplia confluencia y representatividad, donde se han congregado quienes vivieron la experiencia conciliar, con quienes la continuaron con creatividad en América Latina y quienes en la actualidad la mantienen viva.

Resulta alentador descubrir la presencia de muchas y muchos jóvenes que a tantas décadas de distancia se encuentran contagiados de las ideas conciliares y mejor aún, contagian a la teología de la liberación de nuevas fuerzas, expresiones, intenciones. A excepción de Gustavo Gutiérrez, Pilar Aquino e Ivone Gebara, ausentes por circunstancias diversas ajenas a sus voluntades, se han congregado todas y todos los considerados máximos representantes de las teologías de liberación en América Latina.

Entre ellos: Leonardo Boff, Pedro Trigo, Jon Sobrino, Elsa Tamez, María Clara Bingemer, Víctor Codina, Jung Mo Sung, Pablo Richard, Paulo Suess, Maricarmen Bracamontes, José Oscar Beozzo, Chico Whitaker, Carlos Mesters, Eleazar López, José María Vigil, Joao Batista Libanio... Así como teólogos europeos y norteamericanos: Andrés Torres Queiruga, Juan Carlos Scannonne, Peter Phan entre otros y otras.

Las propuestas de renovación son inagotables

Es de este diálogo intergeneracional e intergénero que fecundan las teologías de la liberación, se abren paso entre la madeja de pensamientos sociales y científicos contemporáneos y postmodernos y nos ofrecen un colorido e inacabado tejido de propuestas cristianas presentes en el Congreso Continental de Teología y todo el continente latinoamericano y caribeño.

Lo que pasa aquí es, en palabras de Pedro Trigo, un momento de gracia, kairós evangélico, signo de esperanza para la praxis de liberación y las

teologías que nacen de ella, oportunidad para que el mundo crea y la iglesia no eluda más su compromiso por un mundo justo.

El espíritu ecuménico del Concilio Vaticano Segundo se está derramando en la asamblea, no sólo por la oración abierta y diversa de cada día, sino sobre todo por la presencia de diversas confesiones cristianas, de movimientos y organizaciones sociales junto a sacerdotes, religiosas, laicos y laicas católicas, por la actitud de escucha, diálogo y apertura que se respira, también por la forma como enfrentamos el miedo y nuestras diferencias, y sin embargo permanecemos juntas y juntos.

[http://www.radiopio12.com/noticia/El Congreso Continental de Teología vuelve a leer la realidad a la luz del Concilio Vaticano II](http://www.radiopio12.com/noticia/El_Congreso_Continental_de_Teologia_vuelve_a_leer_la_realidad_a_la_luz_del_Concilio_Vaticano_II)

42. ¿Nueva Evangelización de la Iglesia Católica?

El mayor enemigo del Evangelio y de esa gloriosa fe no ha sido el comunismo, la filosofía atea, otras religiones o la Ciencia, sino "el otro evangelio"

14 DE OCTUBRE DE 2012

¿De qué se trata? El Papa pide alentar las peregrinaciones... para que los fieles puedan dirigirse con "particular devoción" a María; fortalecer la Jornada Mundial de la Juventud; y "la restauración de la unidad entre todos los cristianos". La gran ofensiva para una "nueva evangelización" desde Roma...

El 11 de octubre de 1962 Juan XXIII inauguraba el Concilio Vaticano II ante la sorpresa del Mundo y el enfado de gran parte de la Curia. El 'Papa Bueno', uno de los más carismáticos de la Historia, sabía que la Iglesia Católica necesitaba profundos cambios si quería 'pintar' algo en una sociedad posmoderna que cambiaba a pasos agigantados.

Aquel encuentro de más de 2.500 obispos, que duró unos 3 años y fue clausurado por Pablo VI

(por el cáncer de estómago que acabó con Juan XXIII), no trajo todos los cambios que se esperaban, aunque acercó la liturgia católica a sus fieles, y trasladó un mensaje aperturista al Mundo.

Sin embargo, se oyeron voces conservadoras muy críticas con la línea de Juan XXIII y con las conclusiones del encuentro. Una de ellas fue la de Ratzinger quien (paradojas de la vida) ahora se ve en la obligación de celebrar su 50 aniversario y tener que alabar las bondades del Concilio. En palabras del propio Ratzinger, "El mensaje que surgió fue el de llevar el Evangelio a los confines de la tierra". Y ahora, Benedicto XVI llama a la 'Nueva Evangelización' del Mundo.

EL CONTEXTO DE AHORA Y DE HACE 50 AÑOS

Una de las inquietudes de Juan XXIII y de Pablo VI era "el olvido y la sordera" hacia Dios y la necesidad de volver a repasar la primera lección, la fe en Dios. Ellos estaban muy conscientes de la pérdida de influencia galopante de la Iglesia de Roma, a pesar de liderar a 1.100 millones de católicos. Querían abrirse a una forma más moderna y cercana de entender la fe para conectar con el hombre de su tiempo.

Sin embargo, la debilidad del catolicismo ha seguido creciendo, y entre los escándalos que han salpicado últimamente a la Santa Sede destaca el de Paolo Gabriele, mayordomo del Papa, por robar la correspondencia privada de Joseph Ratzinger. Algo que ha vuelto a evidenciar las miserias de la Curia. Para Pablo Ordaz, corresponsal en Roma de El País, los líderes de la Iglesia Católica han "perdido la brújula y el norte en medio de las guerras de poder".

¿Y cuál es la ofensiva de Benedicto XVI para cambiar el mundo? ¿Qué entiende él y el resto de la jerarquía católica por 'Nueva Evangelización'? Ahí va la receta (aguanten la respiración y busquen una silla para no caerse de la emoción): Más peregrinaje; más devoción a María; una actividad masiva para jóvenes; y un deseo de unidad en el cristianismo, que no es otra co-

sa sino ecumenismo teórico e intrascendente. ¿Con esta estrategia piensan impactar la sociedad? ¿Eso es llevar el Evangelio?

MÁS PREGUNTAS

Coincidiendo con la celebración del sonado aniversario Benedicto XVI ha proclamado el 'Año de la Fe' que comenzó el 11 de octubre de 2012 y terminará el 24 de noviembre de 2013. Pero ¿de qué fe estamos hablando? Tengamos en cuenta que el Papa sigue siendo el líder cristiano de mayor peso y relevancia (al menos el más popular). ¿Qué fe es la que se quiere recuperar para que Dios no caiga en el olvido?

Desde luego que no estamos hablando de la "fe que una vez fue dada a los santos" (Judas 1:3). Hace ya mucho tiempo, desde el siglo IV, que el catolicismo se apartó de aquella fe pura y viva. La fe que el hombre necesita viene por el oír, y el oír de la Palabra de Dios (Romanos 10:17). No por seguir mandamientos de hombres y credos religiosos adulterados.

La fe de nuestro Señor Jesucristo es algo que viene de lo alto pues es don de Dios (Efesios 2:8), tiene frutos, como el arrepentimiento, la adoración única al Dios Trino, la obediencia a Jesús como el Señor de toda nuestra vida, y no se compromete con los sistemas religiosos (sean de la índole que sean) sino que nos hace deudores de la gracia, enamorados de Jesús y esclavos de su verdad.

HAGAMOS UNA EVALUACIÓN SINCERA

¡Cuánto daño ha hecho la Religión! Me refiero al espíritu religioso y al sistema de hombres que reconocemos como Religión. Esas instituciones y organizaciones que intentan abanderar el cristianismo y la fe han favorecido indirectamente el ateísmo, la indiferencia y la falta de credibilidad ante el evangelio. ¿Cómo hablar de 'Nueva Evangelización' si se lleva el mismo sistema de creencias que por siglos ha apartado a los hombres del verdadero evangelio? Porque el catolicismo ha difundido un evangelio de obras, mez-

clado y humanizado. ¿Llamaremos a eso evangelio?

¡NO HAY OTRO EVANGELIO!

El apóstol Pablo escribió a los Gálatas (capítulo 1, versos 6 al 10): Me maravillo de que tan pronto hayáis abandonado al que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente; que en realidad no es otro evangelio, sólo que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciara otro evangelio contrario al que os hemos anunciado, sea anatema. Como hemos dicho antes, también repito ahora: Si alguno os anuncia un evangelio contrario al que recibisteis, sea anatema. Porque ¿busco ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O me esfuerzo por agradar a los hombres? Si yo todavía estuviera tratando de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.

El problema vuelve a ser el mismo: hombres que siguen a hombres; doctrinas extrañas; búsqueda de prestigio, poder o influencia (teniendo que agradar al hombre para lograrlo); lo humano dañando lo divino... Pero Dios está sacando a su Pueblo de la Religión. Sus ovejas están oyendo su voz y el pastor las está conduciendo fuera de Babilonia (llámese como se llame, catolicismo, judaísmo, humanismo, protestantismo, etc.). Hay una Iglesia que Él va a venir a buscar a la Tierra y que el Espíritu Santo está formando para que sea santa, pura, gloriosa (Efesios 5: 26-27).

Creo que hace falta una Nueva Evangelización en la Tierra, es cierto. Y llevar a los hombres la fe primigenia. Pero no es algo que tenga nada que ver con sínodos, concilios, denominaciones o estructuras religiosas. Hace falta el Evangelio del Reino (Mateo 24:14), el evangelio que es poder de Dios (Romanos 1:16), predicado por hombres y mujeres que lo están viviendo en espíritu y verdad (Juan 4:23).

El mayor enemigo de ese Evangelio y de esa gloriosa fe no ha sido el comunismo, la filosofía atea, otras religiones o la Ciencia, sino el otro evangelio (el religioso manipulado y controlado por el hombre) y la fe mezclada con dogmas de hombres.

Autores: Juan Carlos Parra Valero

<http://www.protestantedigital.com/ES/Magacin/articulo/5042/Nueva-evangelizacion-de-la-iglesia-catolica>

43. El Vaticano II, que lanzó la Iglesia hacia el tercer milenio, cumple 50 años

CIUDAD DEL VATICANO (EFE).- Los católicos celebran mañana el 50 aniversario del Concilio Vaticano II (1962-1965), el evento eclesial que revolucionó a la Iglesia Católica y la encaminó hacia el tercer milenio.

Medio siglo después, son muchos los que piensan, al igual que el papa Benedicto XVI, que la riqueza de los documentos emanados entre 1962 y 1965 todavía no ha sido asimilada.

El mismo Joseph Ratzinger, que participó en el concilio, dijo hoy que los textos hay que volver a leerlos, pero liberándoles de “una masa de publicaciones que muchas veces en vez de permitir que se conozcan los han escondido.

El Vaticano II, uno de los eventos que marcaron el siglo XX, fue un concilio ecuménico que superó todas las expectativas, ya que rompió con cuatro siglos de Iglesia tridentina y cambió sus relaciones con la sociedad y con las otras religiones.

Nadie esperaba que Juan XXIII, que tenía 77 años cuando en 1958 fue elegido papa y a quien muchos le consideraban de transición, convocase un evento de tal envergadura para enfrentarse a las muchas tendencias que agitaban a la Iglesia, que vivía en una sociedad marcada por la Guerra Fría y dividida por el Telón de Acero.

Sin embargo, Angelo Roncalli, ese papa bonachón, con aspecto de cura de pueblo, que pedía a los padres que besaran siempre a sus hijos, sorprendió al mundo sólo tres meses más tarde de ser elegido. Era el 25 de enero de 1959 cuando en la basílica romana de San Pablo Extramuros convocó el Vaticano II.

Lo convocó 90 años después de que se celebrase bajo el pontificado de Pío IX el Vaticano I, que tuvo que clausurarse de manera anticipada debido al clima de guerra que vivía Roma en aquellos años.

El Vaticano I proclamó la autenticidad de la doctrina católica y la infalibilidad del Papa, por lo que muchos pensaron, dada esa infalibilidad, que no había razón para un nuevo concilio.

Hoy, Benedicto XVI recordó que en anteriores concilios se trataron errores de fe, para corregirlos o condenarlos, pero que el Vaticano II lo convocó Juan XXIII sin que hubieran específicos problemas de doctrina o disciplina de clarificar. De ahí, señaló, la sorpresa que causó el anuncio.

El papa Roncalli creía que había que renovar la Iglesia, ponerla al día en su lenguaje, ritos y rezos y en sus relaciones con la sociedad y otras culturas y religiones.

La palabra en uso en aquellos días romanos era “aggiornare”, es decir, poner al día.

Juan XXIII lo convocó -dijo hoy Ratzinger- porque estaba convencido de que la fe “tenía que hablar de una manera renovada, más incisiva, porque el mundo estaba cambiando rápidamente, pero manteniendo intactos sus contenidos perennes, sin ceder y sin compromisos”.

Con ese espíritu, “de alegría, de cambio, de una iglesia viva que miraba al mundo”, según recordó hoy Benedicto XVI, se abrió el Vaticano II, el concilio número 21 de la historia de la Iglesia.

Era el 11 de octubre de 1962 y duró hasta el 8 de diciembre de 1965. La apertura fue solemne,

en la basílica de San Pedro, y con la presencia de 2.540 obispos de todo el mundo.

Juan XXIII no pudo clausurarlo ya que murió el 3 de junio de 1963, enfermo de cáncer, y le tocó a su sucesor, Pablo VI.

Desde el primer momento se impusieron dos tendencias, la conservadora, liderada por obispos españoles e italianos, y la renovadora, integrada por obispos de Centroeuropa y América.

El Vaticano II emanó 16 documentos, entre ellos "Gaudium et Spes", con la que se pasaba de una Iglesia encerrada en sí misma a una que se sentía parte del mundo.

Otro documento es "Nostra Aetate", con el que se retiraron las acusaciones contra los judíos, al cancelar la acusación histórica de deicidio.

El Vaticano II reformó la liturgia, cuyo cambio más visible fue el de adaptarla a las lenguas vernáculas, para que los fieles pudieran dirigirse a Dios en sus propios idiomas, y el que los sacerdotes oficiase de cara a los fieles, sin darles la espalda.

El Vaticano II dio mayor papel a los laicos, aunque todavía hoy, 50 años después, quedan por dar respuesta a asuntos como el celibato o el sacerdocio de la mujer, que parece seguirán, de momento, sin respuesta.

http://yucatan.com.mx/internacional/el-vaticano-ii-que-lanzo-la-iglesia-hacia-el-tercer-milenio-cumple-50-anos/#.UICA_oVFInc

44. Vaticano II: reforma e involución

El concilio Vaticano II, inaugurado hoy hace 50 años, no fue un punto de llegada sino de partida, un "nuevo comienzo" el "principio del principio", en expresiones de Karl Rahner, uno de los teólogos más influyentes en él. Pero enseguida se abandonó para seguir otra dirección. El concilio puso en marcha una reforma moderada de la Iglesia católica que nunca se llevó a la práctica o se quedó a medio camino. Hubo, ciertamente, cambios importantes. Negarlos

sería muestra de ceguera y falta de rigor en el análisis.

He aquí algunos de los más significativos: de la Iglesia como sociedad perfecta, a la Iglesia como comunidad de creyentes; del mundo como enemigo del alma, al mundo como espacio privilegiado donde vivir la fe cristiana; de la condena de la modernidad, a la consideración como "hermanos separados" de los cristianos de las iglesias no católicas; y de los anatemas contra las religiones no cristianas, al diálogo con la cultura y la ciencia, superando etapas anteriores de enfrentamientos.

Pero hay muchos más cambios: de la condena de los derechos humanos como contrarios a la ley natural a su reconocimiento por Juan XXIII en la encíclica *Pacem in terris* y por el concilio en la Constitución sobre la Iglesia en el Mundo Actual; de la crítica de la secularización como contraria al cristianismo, a la defensa de la misma entendida como autonomía de las realidades temporales en cuyo clima es necesario vivir la experiencia religiosa; de la Iglesia "siempre la misma", inmutable, a la Iglesia en permanente reforma; de la consideración de la Iglesia católica como única religión verdadera, al reconocimiento de las otras religiones como caminos de salvación; del autoritarismo pino (Pío: Pío IX, X, XI y XII) al gobierno conciliar de Juan XXIII; de la cristiandad como única forma de realización de la fe en Jesús de Nazaret, al cristianismo en sus plurales expresiones culturales; del pensamiento único, la actitud preilustrada y la conciencia precrítica, al pluralismo, la aceptación de la Ilustración y del pensamiento crítico; de la pertenencia a la Iglesia como condición necesaria para la salvación, a la libertad religiosa como derecho humano fundamental.

Mas, a pesar de todos estos cambios, la estructura jerárquico-piramidal y la organización patriarcal se mantuvieron intactas. El Vaticano II definió a la Iglesia como pueblo de Dios y afirmó la igualdad de todos los cristianos por el bautismo, pero, al mismo tiempo, ratificó la

"Constitución jerárquica de la Iglesia" y el primado del romano pontífice y su magisterio infalible como objeto firme de fe.

La propia colegialidad de los obispos, que parecía una aportación fundamental del concilio se vio neutralizada por la nota explicativa, impuesta por Pablo VI, que aparece al final de la Constitución Luz de las Gentes y refuerza el poder papal. El mantenimiento de la estructura jerárquico-piramidal y de la organización patriarcal hizo imposible la reforma de la Iglesia.

Tampoco el diálogo que defendió el Vaticano II fue real y simétrico, sino un diálogo de mitrados que solo se representaban a sí mismos, con la exclusión de laicos, sacerdotes, religiosos, religiosas. Afirmó la diferencia esencial, "no solo de grado", entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico y estableció la división de funciones entre sacerdotes y laicos. Sin llegar a afirmar el viejo principio excluyente del "fuera de la Iglesia no hay salvación", el Vaticano II defiende que la Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia católica y sigue empleando el lenguaje preconiliar de "hermanos separados" (decreto sobre ecumenismo, 12). Hay, por tanto, una actitud de superioridad que impide el diálogo simétrico.

Las mujeres estuvieron ausentes del aula conciliar. En una de las sesiones fueron nombradas auditoras, como la española Pilar Bellosillo y la uruguaya Gladys Parentelli, pero sin voz ni voto. No se abordó el tema del sacerdocio de las mujeres, como tampoco su acceso a espacios de responsabilidad en la Iglesia católica.

Cuando posteriormente crecieron las reivindicaciones del sacerdocio femenino y surgieron estudios bíblicos, teológicos e históricos favorables al mismo, los papas Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI zanjaron el tema alegando que la exclusión de las mujeres del sacerdocio era voluntad de Jesús y, por tanto, de Dios mismo. ¡La discriminación de la mujer en la Iglesia católica, voluntad divina!

Con razón afirman algunos intérpretes, como Giovanni Franzoni, que en cierta medida la involución comenzó con el propio Pablo VI, que domesticó el concilio y enfrió el posconcilio.

Director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones de la

Universidad Carlos III de Madrid.

http://www.elperiodicodearagon.com/noticias/opinion/vaticano-ii-reforma-e-involucion_797928.html

45. Aquella primavera que quería Juan XXIII

Se han cumplido estos días los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II por Juan XXIII. Este Papa quería que el Concilio fuese el signo anunciador de una nueva primavera de la Iglesia. Aquel sueño es todavía válido en estos tiempos difíciles en tantos aspectos de la vida. Todos hemos de trabajar para que la Iglesia realice cada día mejor su misión en medio de nuestro mundo y dé aquellos frutos que Jesucristo le prometió: "No me habéis escogido vosotros a mí, sino que soy yo que os he escogido a vosotros y os he confiado la misión de ir por todo el mundo y dar fruto, un fruto que permanezca para siempre".

La llamada que el Señor nos hace para dar fruto culmina en su discurso sobre la vid verdadera. Hay algo que es necesario para poder dar fruto. Jesús, vid verdadera, nos dice que "así como los sarmientos, si no están unidos a la vid, no pueden dar fruto, tampoco vosotros no podéis dar fruto si no estáis en mí" (Jn 15,4).

Disponer a la Iglesia para que pueda aportar los frutos que ha de dar al mundo de hoy es también el objetivo principal del Santo Padre actual, Benedicto XVI. Por esto ha querido celebrar el Año de la Fe. La Iglesia florece con frutos abundantes si vive intensamente la fe. Hemos de reemprender la reflexión y la acción inspirada en los textos del Concilio Vaticano II, que re-

presentan un verdadero puente entre el hoy cristiano y la gran tradición de la Iglesia.

Como cristianos, estamos llamados a amar este tiempo nuestro y a creer que es posible comunicar el Evangelio ahora, en medio de estos hombres y mujeres, en medio de estos jóvenes y niños de hoy. Es significativo que el Santo Padre haya querido, coincidiendo con los 50 años del inicio del Concilio Vaticano II, un sínodo sobre la nueva evangelización, que estos días se está celebrando en Roma. Efectivamente, el sentido del Concilio –como decía Pablo VI- fue el de comunicar mejor el Evangelio a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.

El nuestro no es un tiempo de cautividad para el Evangelio. Es –eso sí- un tiempo en el que estamos llamados a vivir y a testimoniar, con alegría y humildad, nuestra fe. Esto nos pide permanecer muy unidos a Jesucristo, como el Papa nos invita a hacer al decirnos: “Durante este tiempo tendremos la mirada fija en Jesucristo, que inició y completó nuestra fe”. Este Año ha de ser una ocasión para que comprendamos más profundamente que el fundamento de la fe cristiana es “el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, 1).

Ciertamente, como decía el gran teólogo y cardenal John Henry Newman, beatificado por Benedicto XVI, “la fe no es alguna cosa. La fe es Alguien. La fe no es cualquier alguien. La fe es Jesucristo”.

Toda la acción evangelizadora pide que los cristianos tengamos como centro a Jesucristo. Conocer mejor, amar más intensamente e imitar más fielmente a Jesucristo; aquí radica la esencia de la vida cristiana y de aquí ha de surgir el dinamismo que impulse a los cristianos a dar testimonio de su fe, tanto personal como comunitariamente, al servicio de la Iglesia y del mundo.

<http://blogs.periodistadigital.com/religiondigital.php/2012/10/14/aquella-primavera-que-queria-juan-xxiii->

46. Teologías Indígenas en las Iglesias Cristianas – Congreso Continental de Teología

10 octubre, 2012

¿Podemos los indígenas ganar en ellas el lugar que merecemos?

Cuando en el relato del Nican Mopohua, la Virgen de Guadalupe envía al indio Juan Diego a entrevistarse con el primer obispo de México, Juan de Zumárraga, -que ya se había aposentado en la antigua capital azteca convertido, después de la conquista, en sede del poder colonial-, la reacción inmediata de Juan Diego fue: “¡Señora y Niña mía, me mandas a un lugar donde no ando y no paro!” (Nican Mopohua). Por Eleazar Lopez

Texto completo: <https://evangelizadorasdelosapostoles.wordpress.com/2012/10/10/teologias-indigenas-en-las-iglesias-cristianas-congreso-continental-de-teologia/>

47. Jóvenes teólogos relacionarán discurso de la Teología de Liberación con nuevos aspectos de la sociedad, dice estudiante de teología

Adital

Seminarios, semanas teológicas y congresos en América Latina conmemoran, en 2012, los 50 años del Concilio Vaticano II y las cuatro décadas de la publicación del libro Teología y Liberación. Perspectivas, de Gustavo Gutiérrez. En los últimos meses, Brasil viene siendo escenario de varios eventos con esta temática, tales como la II Semana Teológica Padre José Comblin, realizada en septiembre pasado en João Pessoa, Paraíba, y el Congreso Continental de Teología, ocurrido entre los días 7 y 11 de octubre en São Leopoldo, Río Grande do Sul.

João Facundo, estudiante de teología de la Facultad Católica de Fortaleza, estuvo presente en los dos eventos y evaluó positivamente las discusiones y los debates presentados en las actividades. Se destacaron las reflexiones de los jóvenes teólogos ya formados o que se están formando.

De acuerdo con él, el Congreso Continental de Teología, realizado la semana pasada en São Leopoldo, llamó la atención sobre la necesidad de continuar discutiendo la Teología de Liberación y de convocar a las personas para que asuman el "compromiso con Dios y con los pobres". "Los primeros pensadores señalaron que ya cumplieron el papel [de dar el impulso inicial]. Ahora la pelota la tienen los nuevos teólogos", comenta.

Para Facundo, es necesario que los jóvenes perciban la importancia del impulso inicial dado a partir del Concilio Vaticano II y del libro de Gustavo Gutiérrez, pero es preciso ir más allá. "Los jóvenes no pueden dejar de lado ese impulso inicial, pero no podemos quedarnos en ese primer impulso", destaca.

A causa de ello, el joven afirma que los nuevos teólogos deben continuar estudiando y apropiándose de los pensamientos de liberación ya presentados, pero que también deben estar atentos a las "señales de los tiempos". "El desafío es pensar la liberación en todos los aspectos: económico, de género, de etnia...", enumera, recordando que la intención es seguir pensando y actuando de acuerdo con Gutiérrez: primero observar la realidad para después actuar, teniendo siempre el pensamiento en Dios.

El estudiante también comenta que los nuevos teólogos deben pensar la Iglesia a partir de dos perspectivas: cómo mira la Iglesia hacia dentro de sí, y cómo se comporta la Iglesia ante los diversos desafíos de la sociedad. "Es preciso observar que la fe cristiana en Jesús de Nazaret es un cristianismo vinculado con las cuestiones humanitarias y que es preciso pensar el discurs-

so de Dios a partir de las minorías, mostrar que, incluso donde parece que sólo hay desesperanza, el rayo de luz puede brillar", resalta.

Para él, la "nueva generación" de teólogos necesita relacionar el discurso inicial de la Teología de Liberación con los nuevos aspectos de la sociedad, siendo siempre fiel al evangelio y estando al lado de los pobres y de las minorías. "La Teología de la Liberación asume la dimensión teológica de ser una iglesia de Dios y el desafío es intentar establecer un discurso y una práctica de una iglesia al lado de las minorías explotadas y de los pobres", comenta, agregando que los jóvenes "no pueden tener miedo de asumir la fidelidad al evangelio, de decir de qué punto parten y cuál es el objetivo que tienen".

Encuentro de Jóvenes Teólogos del Nordeste

La nueva generación de teólogos no fue tema de reflexión sólo en el Congreso Continental de Teología. El movimiento de jóvenes también se destacó en la II Semana Teológica Padre José Comblin, realizada el mes anterior en Paraíba. En la ocasión, cerca de 50 personas participaron en el Encuentro de Jóvenes Teólogos del Nordeste.

De acuerdo con João Facundo, estudiante de teología, el encuentro fue una reunión de presentación: quiénes son los nuevos teólogos del Nordeste, qué están haciendo, cuáles son sus producciones, entre otros puntos. De la misma manera, los participantes, según Facundo, acordaron agendas comunes para los próximos dos años y la realización de actividades en varias ciudades de la región.

<http://www.adital.com.br/site/noticia.asp?lang=ES&cat=92&cod=71299>

48. Entrevista: Ermanno Allegri habla sobre sus impresiones del Congreso Continental de Teología

Adital

El director ejecutivo de la Agencia de Información Frei Tito para América Latina –ADITAL– Ermanno Allegri habla sobre sus impresiones acerca del Congreso Continental de Teología, que terminó el último día 11, en São Leopoldo, Río Grande do Sul.

Adital -Terminó el Congreso y todos volvieron a sus trabajos cotidianos. ¿Cuáles son sus impresiones generales de estas Jornadas Teológicas?

Ermanno Allegri - Fueron días llenos de fuertes emociones, de fuertes ideas y de grandes perspectivas para el futuro. Pero el primer aspecto que quiero destacar es que este Congreso me dejó una felicidad profunda por el contacto directo con los teólogos de América Latina. Esos pensadores que algunos ven como ‘peligrosos’ transmiten una sensación de profunda humanidad. Son personas de una extrema simplicidad con las que usted se relaciona fácilmente: conversa, se saca fotos, hace la fila con ellos para tener el plato de almuerzo, se sienta a su lado en los momentos de oración. Muchos tienen un destacado sentido del humor que bromean con sus colegas sobre los títulos de estudio, sobre ideas e libros condenados, sobre sus cabellos blancos que ya no pueden esconder...

Un momento general de conmoción profunda fue la disertación que Gustavo Gutiérrez [autor del título Teología de la Liberación, que cumple 40 años de edición] nos proporcionó vía internet. Este ‘padre de la teología de liberación’ hablaba con el corazón como si estuviese allí, en la sala, en nuestro medio. Los tres minutos de aplausos que siguieron fueron como una consagración general de aquella persona, de su vida, de sus escritos. Sentí en aquellos minutos de aplausos una empatía profunda de sentimientos con Gustavo Gutiérrez y la conciencia de que lo que nació en América Latina fue verdaderamente fruto del Espíritu. Es un nuevo aire que no puede ser encerrado en ninguna jaula.

Adital - ¿Entonces la Teología de Liberación es la irrupción de una novedad en la iglesia de nuestro continente?

Ermanno Allegri - Y no sólo de nuestro continente. Hoy nos damos cuenta que la Teología de Liberación es verdaderamente universal, no en el sentido que todos van a recibirla como una nueva doctrina para ser estudiada de aquí en adelante, sino en el sentido de que descubrió el sentido profundo de la vida humana más sufrida y del motivo de la encarnación de Jesucristo en la historia de la humanidad. Los polos: Jesucristo (el verdadero, el histórico y no lo que siempre se dijo de él o se imaginó de él) y los pobres (excluidos) se encuentran y nace la chispa que prende fuego en la historia y provoca nuevas relaciones, nuevos caminos de libertad y solidaridad.

Al mismo tiempo en que es universal esta teología es también reinventada en cada cultura y momento histórico. No está hecha ni fijada por reglas y dogmas para los próximos 500 años, sino que se recrea en una dinámica permanente, porque se mueve dentro de la vida que está siempre en movimiento, es dinámica permanente.

Adital - La Teología de Liberación, a pesar de haber sido hostilizada, continúa viva y llegó a otros continentes...

Ermanno Allegri - Es un movimiento que no tiene retorno, a pesar de las embestidas de los que no perciben su valor humano y evangélico. Hay una nueva y profunda vivencia de la fe expresada en la Teología de Liberación. Por esta fe, para crear una humanidad más justa, miles de personas fueron víctimas de la persecución de gobiernos civiles, militares y hasta eclesiales. Quien cree en ella, no para, no vuelve atrás.

Un momento álgido del Congreso fue el descubrimiento, que hicieron muchos, de que la Teología de Liberación también es fuertemente vivida y producida en Asia: en India, en Vietnam, en Taiwán, en Filipinas, desarrollando con más

fuerza la teología feminista. El teólogo vietnamita Peter Phan recordó que la necesidad de reflexionar la fe dentro de la vida fue el terreno natural para nacer a una nueva teología. Países sufridos y explotados en Asia repensaron su fe y el contexto de la teología latinoamericana fue como la continuación natural del proyecto local de pensar una fe cristiana auténticamente asiática.

Adital - ¿Y cómo será la continuidad de ese Congreso? Los primeros y más conocidos teólogos tienen ya cierta edad...

Ermanno Allegri - Ellos tienen conciencia de esto, tanto que la noche en que escuchamos la conferencia de Gustavo Gutiérrez, ellos se llamaron a sí mismos 'los dinosaurios' presentes de la teología, y se sacaron una foto muy simpática y alegre.

Pero dentro del Congreso hubo un grupo de una centena de jóvenes, teólogos y estudiantes de teología, que asumieron compromisos serios para encontrarse, estudiar y producir material popular y académico, para dar continuidad a esta línea teológica procurando involucrar siempre a más iglesias. Quedó claro que, lo que interesa, no es una doctrina, sino lo que ella significa: una fe encarnada para que Jesucristo de Nazaret, concreto e histórico, continúe siendo esperanza para las masas que sobran dentro de un modelo social excluyente y asesino.

Adital - ¿La Teología de Liberación será siempre una voz que no encaja, que discrepa?

Ermanno Allegri - Algunos teólogos dejaron en claro que el verdadero desastre social es cuando en el sistema dominante hay armonía entre economía, cultura, política, medios de comunicación. Cuando no hay más contradicciones y hay consenso generalizado es porque ocurre que el totalitarismo de la economía de mercado domina y quien no entra en este esquema que se embrome. En ese panorama sombrío y de barbarie, ¿cuál es el lugar de las religiones, de la fe? ¿Queremos ser funcionales al sistema, dejar

las conciencias adormecidas y toparnos con un Jesús transformado en pop star? ¿Quién acepta el desafío de Jesucristo de vivir al lado de los pobres de hoy? Ellos son miles de millones...

<http://www.adital.com.br/site/noticia.asp?lang=ES&cat=82&cod=71286>

49. Crónica del Congreso Continental de Teología

ECLESALIA, 18/10/12.- Congreso que se realizó en San Leopoldo, a 30 km de Porto Alegre, en el Estado de Rio Grande do Sul, Brasil, del 7 al 12 de octubre de este 2012. Como motivo de los 50 años del Concilio Vaticano II y de los 40 de la Teología de la liberación.

Como aspectos destacados de este Congreso es, en primer lugar, su preparación a lo largo del año 2011, que con la animación y organización de Amerindia se tuvieron Jornadas teológicas por regiones que abarcaron todo el continente latinoamericano.

En el mismo Congreso se vio la enorme convocatoria al reunir alrededor de 750 participantes de todo el continente entre teólogos sacerdotes, algunos de ellos testigos vivos del Concilio, jóvenes, mujeres teólogas, teólogos de teologías emergentes como la teología india, feminista, ecológica... Y algunos de los padres, todavía vivos, de la Teología de la liberación. También asistieron unos 22 obispos entre Brasil, Chile y México y tres obispos anglicanos, que nos dirigieron palabras muy oportunas.

También la metodología del Congreso es importante de destacar ya que marcó el ritmo de las conferencias y de los talleres por temas específicos, que se tenían todas las tardes. Es el tradicional VER-JUZGAR-ACTUAR, pues se parte de la realidad vista y vivida y del contacto con los pobres y con el sufrimiento.

El 7 de octubre La conferencia inaugural fue a cargo de una joven teóloga, doctora en teología, Geraldina Céspedes y el teólogo Jon Sobrino

sobre el tema “Un nuevo Congreso y un Congreso nuevo”.

El 8 de octubre, el Dr. Pedro Ribeiro de Oliveira nos habló sobre “La situación sociocultural, económica y política del Continente en el contexto mundial”. El Dr. Jung Mo Sung de la facultad metodista con su ponencia Economía y Teología. Y la conferencia sobre “Otro mundo es posible en el contexto latinoamericano” por el fundador de los Foros Sociales Mundiales, Prof. Chico Witaker.

El día 9 y después de un momento de oración, como todos los días, otras conferencias para reflexionar esa realidad del día anterior, el Juzgar, con eminentes teólogos como los profesores y doctores Victor Codina y Andrés Torres Queiruga con “Temas pendientes de la teología” y “Nuevos paradigmas de la teología” respectivamente. Y por la noche el Dr. Gustavo Gutiérrez “Una teología Latino-Americana: Trayectoria y Perspectivas”.

El día 10 Leonardo Boff sobre Ecoteología con toda su sabiduría y ciencia. Y el día 11 dedicado al Actuar, tuvimos como un verdadero broche de oro la ponencia del Dr. João Batista Libanio de la Facultad jesuita de filosofía y teología de Belo Horizonte, que nos habló de Los Nuevos desafíos y tareas para la teología en América latina y el Caribe hoy, a partir de las contribuciones del Congreso.

Verdadera inyección de esperanza y entusiasmo en medio de la crisis que azota a las iglesias cristianas, en especial a la católica. Y en particular para la Teología de la Liberación. (Eclesialia Informativo autoriza y recomienda la difusión de sus artículos, indicando su procedencia).

<http://eclesialia.wordpress.com/2012/10/18/cronica-del-congreso-continental-de-teologia/>

50. Destacada presencia claretiana en Congreso Continental de Teología Latinoamericana

18 OCTUBRE, 2012 1:41 PM ADMIN 3
COMENTARIOS

Durante el Congreso Continental de Teología Latinoamericana se desarrollaba un panel animado por José Marins y Teo, genuinos propulsores de las Comunidades Eclesiásticas de Base (CEBS) en América Latina y el mundo, cuando Rafael, un brasileño que vivió en Buenos Aires varios años, se presentó con su nombre y su identidad: laico claretiano. En ese momento Marins sostuvo: “Es una constante en todas partes que claretianos y claretianas tienen un estilo de misión abierta y de vanguardia, comprometida con los pobres”. Esto fue una palabra de aliento por parte de alguien que conoce mucho sobre la vida eclesial en América y el mundo.

Quizás este punto de partida diga algo sobre la presencia de claretianos y claretianas, religiosos, laicos y laicas, de diferentes partes de nuestra América en este Congreso Continental de Teología: algunos que enseñan en los centros de la provincia, otros que trabajan en diversos compromisos en Justicia Paz e Integridad de la Creación, comunidades, equipos de Biblia, etc.

Participaron Marta Boiochi, Mónica Córdoba, José M. Vigil, José maría Flores, Rafael Atuati, Alicia de Souza y José Pablo Cardozo, Juan José Chaparro y muchos otros claretianos más.

El Congreso tuvo como objetivo reunir a teólogos y teólogas (especialistas, docentes, populares) de América Latina y el Caribe, pero también de Norte América, junto a actores sociales de diferente origen con motivo de los 50 años del inicio del Concilio Vaticano II y 40 años de la obra “Teología de la Liberación” de Gustavo Gutiérrez. Les acompañaron más de 20 obispos católicos, (entre ellos el Obispo Pirez de 94 años y participante en el Concilio Vaticano II, quien

de una manera lúcida hizo memoria de ese acontecimiento providencial), y varios obispos anglicanos.

La cita fue en San Leopoldo, Brasil, en la Universidad Jesuita Unisinos, desde el 7 al 11 de octubre y fue organizada por varias organizaciones eclesiales como Amerindia, Soter, Clar, Pontificia Universidad Javeriana, Adital, Red Teológica Pastoral y otras, formando un total de 750 congresistas, mayoritariamente de América.

La situación de los distintos pueblos, en lo político, económico y social, fue el punto de partida de la reflexión, para recordar luego algunas intuiciones fundamentales del concilio Vaticano II convocado, de una manera sorprendente por Juan XXIII. Luego se analizó la recepción del Concilio de manera tan creativa en nuestro Continente, especialmente, a partir de Medellín, haciéndose eco de la realidad de nuestros pueblos, cristianos y empobrecidos.

El surgimiento de la teología de la liberación, y los desafíos para la teología hoy, siguiendo con la gran intuición que expresó Juan XXIII un mes antes del inicio del Concilio: “la Iglesia es y debe ser la Iglesia de todos, especialmente de los pobres”.

También hubo ocasión de reflexionar por dónde continuar profundizando esa teología, que es lo mismo que decir, cómo continuar siendo Iglesia en este continente, para seguir este camino de valentía y creatividad que nuestra teología ha realizado.

La presencia, por medios virtuales, de Gustavo Gutiérrez, fue un momento de mucha luz y

emoción, para nosotros y para él mismo, de este teólogo que aún hoy se mantiene en esta lucha por reflexionar la práctica eclesial.

Las grandes figuras de la teología latinoamericana, como Leonardo Boff, J. B. Libanio, Pedro Trigo, Víctor Codina, Elsa Támez y tantos otros y otras, muchos de los cuales son familiares a los claretianos por haber visitado y acompañado nuestros itinerarios. También de generación intermedia e incluso más jóvenes, acompañaron la reflexión en Talleres y Paneles, los que permitieron reflexionar entre todos y todas estos grandes temas que nos preocupan: teología y política, teología y género, sociedad de la información y teología, teología y espiritualidad, teología y renovación eclesial, teología y ecología, teología y buen vivir, etc.

Toda la jornada fue acompañada por momentos de oración, en los que se hizo memoria de tantos mártires que dieron testimonio de esta lucha por la vida de nuestros pueblos y alimentamos nuestro seguimiento de Jesús según su manera de vivir y anunciar el Reino.

Con espíritu agradecido a Dios los presentes participaron de este Congreso, reconociéndonos en esta Iglesia que asumió y asume este compromiso con los más empobrecidos, y renovando el compromiso de seguir trabajando en nuestras comunidades.

<http://www.claretianosdelsur.org/destacada-presencia-claretiana-en-congreso-continental-de-teologia-latinoamericana/>